ELENA DE LA CRUZ



Cavaré dos Tumbas



Serie Héctor Laska 2

CAVARÉ DOS TUMBAS

Serie Héctor Laska - 2

ELENA DE LA CRUZ

Octubre 2025
Derechos de autor ©Elena de la Cruz, 2025
Sello: Independently published
Fotos de portada: obtenidas imágenes en Pixabay (imagen rostro MpirePics)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyrigth*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler público.

Instagram: @elenacruzmar

«Si vas a buscar venganza más te vale cavar dos tumbas,
porque una de ellas será para ti».

Proverbio chino

«El verdadero modo de vengarse de un enemigo
es no parecérsele».

Marco Aurelio

SINOPSIS

Kara Landon sufrió lo indecible. Su vida siempre estuvo marcada por el acoso, las amenazas y las burlas debido a su físico poco agraciado para los estándares que la sociedad considera aceptables. Prejuicios y estereotipos estigmatizantes que la llevaron al límite en unas vacaciones en Port Angeles cuando sólo tenía dieciséis años.

¿Qué ocurrió con Kara Landon hace doce años?

Muchas incógnitas por descubrir, mientras otros casos se cruzan en el día a día de los detectives impidiéndoles avanzar.

Mientras tanto, la relación entre la abogada Pamela Sanders y el detective Héctor Laska parece volver a su cauce, aunque no se librarán de algunos altibajos.

Como dice un viejo proverbio: «Antes de emprender un viaje de venganza, cava dos tumbas. Porque la venganza es muy costosa, porque su búsqueda suele cansar a quien la anhela.»

PRÓLOGO

Año 2013 - Kara Landon

Port Angeles

Kara Landon no podía dejar de correr, a pesar de que le faltaba el aire y le parecía que sus pulmones iban a colapsar en cualquier momento. No ayudaba el hecho de que las lágrimas casi no le dejaran ver dónde colocaba los pies, ni que el estrecho sendero pedregoso fuera escarpado y ascendente. Tampoco le favorecían sus kilos de más y la falta de ejercicio, ya que ambos le impedían ser más liviana y correr más rápido.

Lo ocurrido hacía tan solo unos minutos se repetía en bucle en su cabeza; aún escuchaba sus risas burlonas, sus sarcasmos y desprecios, sus humillantes insultos. Sus voces arrogantes desprendían superioridad, como si el hecho de ser guapos y deportistas los convirtiera en seres superiores que podían mirar a sus súbditos con altanería y soberbia. Ahora los odiaba con toda su alma.

Lo peor de todo era haberles creído, llegar al punto de sentirse tan traicionada. Zach supo ser convincente; era un mentiroso experto, ahora lo entendía. Sus cómplices, Ron y Sandy, no se quedaban atrás. Kara estaba segura de que lo habían planeado todo mientras se burlaban de ella en secreto y eso le revolvía el estómago y le producía arcadas.

Cierto era que estaba acostumbrada a no tener muchos amigos, solía ser la diana perfecta para las bufonadas de los demás. La mayoría de los que decían serlo, sólo se acercaban a ella debido a la gran fortuna de su padre, para después criticarla a sus espaldas. Era una niña rica, sí; pero eso no era tan fácil de sobrellevar cuando sólo veía a su padre muy de tarde en tarde y se pasaba la vida rodeada

de sirvientes que siempre le daban la razón por ser quien era. Su madre había muerto durante el parto y nunca la conoció, un pecado que su padre le hacía pagar con su constante ausencia, castigándola como si ella hubiera tenido la culpa de la desgracia. La distancia que siempre impuso entre ellos fue muy difícil de entender para Kara, tanto como su indiferencia cuando estaban cerca.

Estaba veraneando en Port Angeles con su anciana abuela, como hacía cada año desde muy pequeña. A la pobre mujer se le iba la cabeza y la verdad era que no tenían demasiado en común, pero a Kara le gustaba el lugar. Era un entorno hermoso. Al menos era una distracción que la alejaba del odioso internado donde estudiaba el resto del año. Estaba acostumbrada a estar sola y, a sus dieciséis años, esa era su condición natural. O le hacían el vacío, o se burlaban de ella por su «desafortunado» aspecto físico. Era una víctima del *bullying* fuera dónde fuera y eso había minado su confianza, tanto en sí misma como en el resto del género humano.

Ese verano creyó de verdad que todo había cambiado. Por fin había dado con un pequeño grupo de amigos y casi no podía creerlo: Zach, Ron y Sandy. No lo había visto venir, ¡habían sido tan taimados y buenos actores! Eran algo mayores que ella, pero se había sentido incluida y valorada. Ahora tenía claro que debería haber desconfiado de ellos, pero se había comportado como una incauta.

Salidas por la noche, mañanas en la playa, juegos… y esas miradas de Zach que la habían hecho sentirse especial por una vez en su vida. Por primera vez, de hecho.

Nunca un chico mayor como él, que ya había cumplido los diecinueve, la había mirado con deseo.

¡Qué ilusa había sido! ¡Qué ingenua! ¿Cómo se había dejado engañar? Todo había formado parte de una gran mentira, una patraña bien orquestada. Se merecía un óscar, tanto él como sus amigos.

Kara seguía corriendo, jadeando, sollozando y lamentándose; la vista nublada, las lágrimas resbalando por su barbilla, tropezando y

cayendo de rodillas para volver a levantarse y seguir un paso más. Le faltaba el aliento. Una arcada la hizo frenar para vomitar lo poco que quedaba en su estómago.

En realidad, al día siguiente debía volver a Seattle, había dado comienzo el mes de septiembre y regresaba al internado. Estaba teniendo un final de vacaciones nefasto. Solo pensar en ello hizo que el cielo le pareciera más oscuro, las nubes más sombrías y el viento más frío.

Volvió a caer y no fue capaz de levantarse, sus rodillas sangraban debido a los arañazos producidos por los cantos afilados de las piedras. Miró a su alrededor y no reconoció el lugar. Ni siquiera se había fijado por dónde andaba, solo quería alejarse de aquellos imbéciles que tanto daño le habían hecho.

Se suponía que estaban disfrutando de una larga excursión antes de que ella volviera a su ciudad, una especie de despedida hasta el próximo verano. Caminaron durante gran parte del día en sentido ascendente. Cuando se hallaron lejos de la vista de cualquier otra persona, empezaron las burlas y los insultos, el verdadero motivo de aquella larga caminata.

Primero fueron los sustos y algunos empujones para «ayudarla» en el ascenso, luego meterse con su peso haciendo un sondeo para averiguar quién se acercaba más a él. Después, cuando Kara ya estaba al borde del llanto al sentir aquel cambio brusco en los que creía que se habían convertido en sus amigos, éstos empezaron a buscar parecidos de su perfil de nariz aguileña con los picos de los loros y las águilas, riendo sin parar entre ellos, señalándola con el dedo.

En cuanto se quejó y los acusó con voz temblorosa de ser malos amigos, aún se rieron más, sin entender cómo no había visto que su compañía no era más que una apuesta entre ellos. Había ganado Zach, claro. De ahí su supuesto interés en ella; algo que ahora le parecía ridículo. Sólo había que mirarlo a los ojos para detectar su maldad.

Pero no por eso dolía menos. Le había creído, se había sentido bien por una vez en su vida y ahora esto.

Se levantó intentando orientarse, empezaba a oscurecer y se encontraba en un extenso bosque del Parque Olympic.

Aquel espacio era enorme y ella solo conocía algunos puntos concretos de los más turísticos. En ese momento ni siquiera era capaz de adivinar el peligro. Si oscurecía y no encontraba el camino de vuelta, iba a tener serios problemas; por la noche la temperatura bajaba mucho.

Pasó la manga del jersey por su nariz y por la cara, intentando secarla, mientras no dejaba de hipar. Miró su móvil y gimió al ver que no tenía cobertura. Ni siquiera podía pedir auxilio, estaba totalmente incomunicada y le quedaba poca batería.

Pensó que lo mejor era desandar sus pasos, pero en cuanto empezó a caminar, casi sin fuerzas, supo que estaba completamente perdida. Todo lo que veía alrededor eran árboles, rocas, colinas y montañas; todos los tonos de verde, que en ese momento le parecían iguales. Ni siquiera tenía un mínimo de orientación y menos en la montaña.

Escuchó un sonido que le hizo levantar la cabeza de golpe, a la vez que su corazón galopaba aún más rápido en su pecho. Era grave, ronco y sostenido. ¿Eso era un rugido?

Se quedó inmóvil, casi sin respirar, haciendo un esfuerzo hercúleo por no ponerse a chillar, que es lo que le pedía el cuerpo.

Otro sonido, el que hacían las pisadas sobre las hojas secas; ligeros crujidos casi imperceptibles arrullados por el sonido del viento. La angustia aumentó, ahora por motivos distintos; el terror se unió al dolor del desprecio sufrido. Kara contuvo el aliento, sus ojos se abrieron como platos. Se giró lentamente, buscando la fuente del sonido en medio de los árboles altos y sombríos. Fue entonces cuando lo vio.

Un puma, majestuoso, bello y aterrador a la vez, emergió de la penumbra sobre una loma. Sus ojos eran dos faros amarillos que brillaban con una intensidad escalofriante, fijos en ella, evaluando a su presa. Su cuerpo rojizo, ágil y musculoso, se movía con una elegancia depredadora, lentamente. Las garras afiladas salieron de

sus patas mientras se acercaba con sigilo, dejando huellas ligeras sobre la hojarasca y el barro. Un rugido grave, casi un susurro, brotó de su garganta, reverberando en el aire, como un eco cercano.

Kara sintió un escalofrío recorrerle la espalda, erizando todo el vello de su cuerpo; su instinto de supervivencia luchaba contra la parálisis del miedo. Cada fibra de su ser le gritaba que debía moverse, que debía correr, alejarse; pero sus pies estaban anclados al suelo, incapaces de reaccionar. La criatura se acercaba más, cada vez más, hasta que la distancia entre ellos fue ínfima. Le enseñó los colmillos y Kara no pudo resistir más la tensión y empezó a gritar, agarrando piedras del suelo y tirándolas hacia el felino con las pocas fuerzas que le quedaban.

El puma saltó hacia ella a gran velocidad, seguramente sintiéndose atacado. En ese instante, Kara adivinó su final. Lo último que vio fueron las fauces del animal sobre su rostro, a la vez que un alarido salía de su garganta y los colmillos se hundían en su carne.

La tensión, el agotamiento, el dolor y el pánico consiguieron que se rindiera y la arrastraron hacia la total inconsciencia.

1

2025 – Port Angeles

Héctor estaba hecho polvo. Eve había viajado desde Seattle, se había presentado en su piso de buena mañana y se había topado con Pam, mientras él estaba en la ducha.

Cuando salió y se encontró a la mujer que no veía desde hacía meses en su salón, y constató que la que había pasado la noche con él estaba desaparecida, le entraron todos los males. Aquello no pintaba nada bien.

Mantuvo una larga conversación con Eve, con la que tuvo una aventura en Seattle antes de trasladarse a Port Angeles, hasta que consiguió convencerla de que no había nada que hacer para recuperar su antigua relación, ya que no significó lo mismo para cada uno. Para él no fue más que un arreglo agradable para ambos: sexo y compañía, nada más.

Eve se lo había tomado más seriamente y había estado planificando su vida en común. La falta de comunicación al respecto no había hecho más que desencadenar situaciones violentas para ambos, que ahora habían incluido a Pam, la mujer con la que se suponía que estaba saliendo y con la que quería estar.

Le confesó a Eve que se había enamorado de Pamela, esperando que por fin se diera por aludida y no volviera a meterse en su vida. Eve se ofendió, pero entendió que había perdido.

Al menos le había puesto las cosas difíciles a Héctor, un mínimo consuelo tras el chasco que le había supuesto su ruptura. Se largó a Seattle con ganas de matar a alguien y echando fuego por los ojos.

Héctor hizo el intento de hablar con Pam. Eve había aparecido en su piso por sorpresa y Pam conoció su existencia de la peor

manera, a pesar de que, para él, sólo fuera parte de su pasado. Eso había provocado su huída, sin opción a que diera explicaciones.

La llamó varias veces y le envió algunos mensajes, intentando aclarar el malentendido, ya que no era más que eso. Pero Pam había tenido una mala experiencia, no hacía demasiado tiempo, y obvió sus súplicas.

Al final consiguió hablar con Oliver, uno de sus compañeros de piso, que le aconsejó que le diera espacio si sabía lo que le convenía.

Tras varias horas de desesperación, sin saber siquiera dónde estaba, recibió un mensaje de Pam, que leyó con el corazón acelerado y la angustia atrapada en su garganta.

«*No me escribas ni me llames, te lo ruego. Necesito espacio y tiempo, sea cierto lo que dices o no. Respétalo, por favor*».

*****

Había pasado más de una semana sin noticias suyas. Héctor le estaba dando el espacio y el tiempo que le había pedido, parámetros que la física describía como relativos y que a él se le estaban haciendo eternos. Como si no fuera suficiente, tenía que verla por la comisaría de policía y no dirigirle la palabra, ya que era abogada de oficio y pasaba allí bastante tiempo.

En caso de necesitar a un detective, ella optaba por hablar con Martin o Colin, sus compañeros, haciéndole el vacío deliberadamente, sin ni siquiera dignarse a mirarlo. Como si no existiera.

Estaba esperando a que moviera ficha, pero no iba a hacerlo eternamente. Necesitaban aclarar las cosas y para ello era indispensable sentarse y hablar.

En ella pensaba cuando la vio caminando por el pasillo y se quedó con la vista fija en su espalda, su larga melena oscura oscilando levemente. Héctor estaba en la sala de descanso, tomando un café con sus compañeros.

—¿…no crees, Héctor? —Colin pronunció su nombre y lo arrancó de sus ensoñaciones. Ni siquiera sabía de qué estaban hablando.

—Perdona, Colin… ¿qué has dicho? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No me escuchas, tío —se quejó su amigo y entonces detectó a la abogada—. ¡Oh! Por ahí camina la razón de tus lapsus. ¿Aún no habéis hablado?

—Me dijo que le diera tiempo y espacio, pero a mí me parece que me he metido en un agujero negro, como poco —Héctor dio un sorbo a su café e hizo una mueca de fastidio.

—Yo le daría un giro a la curvatura espacio tiempo —sugirió Martin, siguiendo con las analogías—. Preséntate en su casa, avisa primero a sus compañeros de piso para que la dejen sola y no te muevas de allí hasta que consigas hablar con ella y aclararlo todo. No dejes de orbitar a su alrededor, que no se olvide de ti.

—Eso podría salir muy mal si se obceca en su postura —comentó Héctor, que conocía el punto de tozudez de Pam— aunque podría hacer un intento, a ver si la cojo en un momento de debilidad. Lo de no moverme de allí, mucho me temo que no va a depender de mí; igual me da una patada en el culo. Pam no se anda con tonterías.

—Seguro que sabes cómo camelártela —añadió Colin— si conseguiste enrollarte con ella, al menos puedes volver a intentarlo. Deberías conocer sus puntos débiles.

—Si consigo sentarme a hablar con ella ya será un logro, creo que me culpa de que Eve se presentara en mi casa, pero jamás he engañado a Pam, os lo juro —se quejó Héctor—. Lo que ocurrió no fue culpa mía. Yo estaba en la ducha, soy completamente inocente.

—Si no se lo explicas, no se dará por enterada.

—¿Y qué hago con su petición de espacio y tiempo? —inquirió Héctor, mientras la veía salir de la comisaría.

—Dile que se ha terminado, que estáis en tiempo de descuento y que hay que acortar el espacio para poder hablar cara a cara —sugirió Martin— o algo así, no sé.

—Lo intentaré —Héctor pensó que lo haría, no iba a esperar eternamente—. Espero no colisionar con ella y provocar una explosión interestelar.

*****

En el Departamento de Policía estaban teniendo unos días tranquilos. Tras los incendios provocados que habían sufrido durante el verano y una vez que los pirómanos habían desaparecido, ambos carbonizados por las llamas que ellos mismos habían provocado, había llegado un breve período de calma que todos agradecían.

Las patrullas siempre tenían trabajo, cuando no eran chanchullos, robos o pequeños traficantes, eran allanamientos de casas, casos de violencia doméstica o denuncias de *bullying*, una lacra que se encontraba en todos lados.

Los detectives participaban e investigaban, pero llevaban unos días que estaban resultando un agradable paréntesis.

Era viernes y Héctor se marchó pronto del trabajo. Había llamado a Oliver y le había explicado su situación con Pam. Él conocía la versión de su amiga, pero escucharlo le proporcionó detalles que no sabía. Eso le dio puntos a Héctor para que intercediera con Pamela.

—Mira, hablaré con ella, pero no te prometo nada —le comentaba en ese momento.

—¿Está ahora en casa? —quiso saber Héctor.

—No, me ha dicho que hoy llegará un poco tarde, ha quedado con Lisa, la forense —contestó Oliver— ya sabes que son muy amigas.

—¿Podría esperarla en tu piso? —Héctor lo preguntó con la boca pequeña. Sabía que se estaba pasando, pero Oliver era un buen tío y él estaba preocupado.

—Mmm… me estás poniendo en un compromiso, Héctor. —Oliver parecía dubitativo—. Yo he quedado con Ford en un rato, nos vamos a pasar el fin de semana en *Lower Elwha.* Si Pam llega a casa y te encuentra dentro, es posible que se cabree mucho conmigo.

—Haré todo lo posible porque no sea así, Oliver, tío, hazme el favor. Estoy desesperado —rogó Héctor.

—Vale, nos lo jugaremos todo a una carta —rió Oliver— ven ahora mismo, antes de que llegue Pam y de que Ford me quite la idea de la cabeza. Necesito darte algunos consejos que deberías seguir si quieres hacer las paces con Pam. Recuerda que la conozco muy bien.

—¡Gracias! Ahora mismo voy.

*****

Héctor estaba nervioso y se paseaba arriba y abajo por el salón del piso de Pam. Oliver y Ford acababan de marcharse a pasar fuera su fin de semana y él estaba muy dudoso de haber tomado esa decisión desesperada. No tuvo que esperar mucho para escuchar las llaves en la cerradura de la puerta de entrada.

Para que Pam no se asustara la avisó antes de verla.

—¡Pam, soy Héctor y estoy en tu casa! —entonces la vio entrar. Le extrañó que su rostro no mostrara sorpresa.

—Lo sé, Oliver me ha avisado —estaba seria y se quedó parada a bastante distancia—. Lo ha hecho demasiado tarde como para que lo pillara y lo estrangulara. He estado a punto de largarme a casa de Lisa y dejarte aquí plantado, pero después he pensado que no hay razón alguna para que cambie mis planes por ti. Si no te importa, he dejado la puerta de entrada abierta. Puedes irte cuando quieras.

—Pam…

—Puedes irte, Héctor —dio un paso adelante y puso los brazos en jarras—. No tengo ganas de hablar, lo haremos cuando a mi me parezca bien, si es que llega ese día.

—Lo haremos ahora —Héctor se estaba hartando de sentirse juzgado sin razón—. Si no quieres hablar, al menos deberías escucharme. ¿O no tengo derecho a defenderme de tus acusaciones, abogada? Eso sería lo legal, ¿no?

—De acuerdo, habla —Pam cruzó los brazos y Héctor le señaló el sofá.

—Vamos a sentarnos, por favor —lo hicieron, Pam manteniendo la distancia entre ambos—. A ver, estuve saliendo con Eve antes de trasladarme a Seattle, pero no era nada serio, solo nos acostábamos y poco más.

—¿Y por qué razón me dijo que era tu novia? —lo interrumpió Pam.

—Porque ella no se tomó las cosas igual que yo. —Héctor notó su mueca y decidió que, o se explicaba mejor, o aquella conversación no acabaría bien—. Duró casi un año, pero nunca hablamos de sentimientos ni nada parecido. Ni siquiera salíamos por ahí a divertirnos. Solo dormíamos juntos los fines de semana, en su piso o en el mío. Era un arreglo conveniente y nada más.

—Ha quedado claro, sexo y ya está, ¿no? —Pam entrecerró los ojos—. Un año es mucho tiempo para eso, a lo mejor yo hubiera pensado lo mismo que ella.

—Yo había cerrado ese capítulo cuando me fui, Pam. Nunca estuve enamorado de ella —aclaró Héctor—. Y que se presentara en mi piso, al final sirvió para que le dejara las cosas claras de nuevo. No volverá a molestarnos, ni a ti ni a mí, te lo juro. Se ha largado para siempre.

—¿Quieres decir que no me hablaste de ella porque no era importante? —Pam ladeó la cabeza, esperando su respuesta.

—Exactamente, ni siquiera he pensado en ella desde que estoy en Port Angeles —la miró fijamente y se acercó un poco más— y menos aún desde que tú y yo empezamos a vernos. Te dije que no me acostaría con nadie más y lo he cumplido. No quiero que pienses que no me importas, Pamela Sanders, porque no es verdad. Lo haces y mucho.

Pam se estaba ablandando, Héctor parecía sincero, pero ya la habían engañado antes y no estaba demasiado receptiva como para absolverlo a la primera de cambio.

Se miraron a los ojos con intensidad. Pam iba a hablar, pero Héctor se le adelantó.

—Siento cosas por ti, Pam —él notó la sorpresa en su rostro—. Lo que hemos vivido juntos ha sido muy intenso; ya sé que no hace mucho tiempo, pero ha sido algo profundo y lo sabes. Sé que para ti también, no nos engañemos. ¿De verdad no crees que debamos darnos otra oportunidad?

—Quizá… —Pam dejó la palabra en el aire y Héctor detectó un amago de sonrisa que le dio esperanzas. Estaba bajando las defensas y tenía que aprovecharse.

—¡No te hagas la dura, abogada! —La cogió de ambas manos y la acercó más a su cuerpo—. En el fondo te gusta tenerme a tus pies, ¿no? Dime que no te mueres por besarme como yo a ti y me iré por dónde he venido. Tú decides.

El silencio se hizo espeso, las fuerzas estaban equilibradas entre ambos, una lucha invisible se fraguaba entre sus cuerpos, la fuerza de la atracción batallando contra las posibilidades de error, que cada vez eran menos. Héctor se lo jugó todo a una carta. Se pegó a ella con la clara intención de besarla. Se frenó justo cuando sus labios estaban a punto de rozarse y sus alientos se mezclaron. Ninguno de ellos pudo resistirse.

Sus bocas se unieron y todo pareció estallar a su alrededor. La pasión, reprimida durante días, apareció de la nada, como cada vez que estaban juntos. Héctor sintió la explosión de endorfinas en su cuerpo, a la vez que Pam, tras el impacto inicial, se frenaba y se apartaba un poco. Puso su mano en el torso de él y le sonrió.

—No tan rápido, detective —miró su reloj de pulsera— tú y yo vamos a seguir hablando mientras me invitas a cenar. Es importante comunicarse.

—Una chica tenaz ¿eh? —Héctor besó su frente y acarició su melena—. De acuerdo, vamos a cenar. Intentaré convencerte de volver contigo y meterme en tu cama, quedas avisada.

—Vale, me parece bien; veremos si lo consigues —Pam lo retó y se rió sabiendo que tras aquellos días nefastos, las cosas iban a arreglarse. Estaba casi convencida de que todo lo que Héctor le había explicado era verdad.

Salieron del piso y se dirigieron directamente al parking del edificio, donde Héctor había dejado su coche, en la plaza de Oliver, tal y como éste le había indicado.

El garaje estaba desierto y sus pisadas resonaron en el suelo de cemento. Las luces estaban encendidas, aunque un par de ellas parpadeaban y otras estaban fundidas.

—Este parking cada vez me parece más siniestro —comentó Pam— a ver si arreglan las luces de una vez.

Cuando estaban llegando a la hilera donde Héctor había aparcado, algo llamó su atención. Uno de los coches, un sedán gris metalizado, estaba ocupado por un hombre que parecía dormir en el asiento del conductor. Su cabeza inclinada, la boca entreabierta y las ventanillas cerradas cuando aún no hacía frío, lo alertaron.

—Ese coche está en marcha —señaló Héctor y Pam miró en la dirección que le indicaba— y su ocupante me da muy mala espina.

Se acercó corriendo, golpeó los cristales con los nudillos y abrió la puerta. Entonces vio una manguera conectada desde la ventanilla trasera hasta el tubo de escape. Tocó el cuello del hombre buscando el pulso, mientras quitaba la llave del bombín de arranque y Pam hacía una llamada a urgencias, para solicitar una ambulancia.

—Está muerto y todo apunta a un suicidio —Héctor abrió todas las puertas para diluir la concentración del monóxido de carbono y ventilar el interior.

—Creo que vamos a dejar la cena para otro momento —propuso Pam— pronto llegará la ambulancia y seguro que tus amigos policías querrán hacernos algunas preguntas.

2

2025 - Port Angeles

Lo que iba a ser una cena de reconciliación, terminó siendo una noche de trabajo. Los paramédicos, que llegaron con la ambulancia, comprobaron que el hombre había fallecido y certificaron su muerte.

Héctor revisó el coche y los bolsillos del cadáver para conocer su identidad, pero iba indocumentado; no localizó su cartera ni su carnet de conducir, tampoco su teléfono móvil. La guantera estaba vacía también, lo mismo que el maletero.

—¿Te suena su cara? —le preguntó a Pam—. Si tiene plaza en este parking, podría ser vecino tuyo.

—No me suena de haberlo visto antes —Pam entrecerró los ojos mirando su perfil y fijándose en los detalles—. En este edificio hay diez plantas y cuatro apartamentos por cada una. Y mucha gente joven que viene y va. No tengo ni idea, la verdad.

Héctor llamó al departamento de policía y habló con uno de los agentes que estaban de guardia.

—Hola, Daniel, soy Héctor Laska —lo saludó— me viene de perlas que estés trabajando esta noche. ¿Puedes buscarme la matrícula de un coche?

—Claro —Héctor escuchó el teclear de Dan en el teclado— tú dirás.

—ECM2913 —deletreó el detective—. Necesito el nombre de su propietario y si me envías su foto mucho mejor.

—¿Tú no estabas ya de fin de semana? —preguntó Daniel, mientras buscaba en las bases de datos.

—Pues sí, pero me he encontrado este coche con un hombre dentro, muerto e indocumentado —Héctor soltó un bufido— y

parece un suicidio.

—Ya es mala suerte encontrarte un fiambre en tu día libre. Lo tengo, el propietario del coche es Zach Warren, de treinta y un años —Daniel le dio los datos— te envío su foto, su dirección y su número de móvil.

—He comprobado que el móvil no está en el coche ni lo lleva encima —contestó Héctor—. Hazme el favor de intentar localizarlo, a ver si eso nos da alguna pista. Esto me huele mal.

—Dame un segundo —se hizo el silencio durante un momento —. Héctor, ese móvil no aparece, debe estar apagado, o incluso desmontado, no hay conexión. ¿Quieres que llame al forense?

—No hace falta —Héctor miró a Pam que le hizo una señal, levantando el pulgar—. Estoy con Pamela Sanders, ella se ha encargado de llamar a Lisa Baker, ya viene hacia aquí. Gracias por todo, Dan.

—Estaré aquí hasta las seis de la mañana, si necesitas algo, avísame —se despidió Daniel.

—Es joven. —Pam lo miró con pena—. ¿Qué problemas tendría para acabar así?

—¿Quién sabe? —Héctor vio llegar a la forense con un maletín en la mano—. Por cierto, la dirección que me ha dado Dan no es la de este edificio, es de otra zona, quizá no vivía aquí. Por ahí viene Lisa.

—Me habéis pillado por los pelos —los saludó a ambos y los miró sonriendo—. Ya que me habéis fastidiado la noche del viernes, voy a centrarme en este pobre hombre, pero después podríais explicarme que hacíais juntos vosotros dos, que parece que no me llegan las noticias.

—Digamos que esto —Héctor señalo a Pam y a él mismo— son noticias de última hora.

—¡Oh! ¡Genial! A ver si se le dulcifica un poco el carácter a la abogada —Lisa le guiñó un ojo y Pam le sacó la lengua.

—¡Comportaos, por favor!

—Bueno, dejadme trabajar —Lisa se acercó al cadáver y empezó a examinarlo.

Héctor y Pam se apartaron para dejar trajinar a la forense. No tardó mucho en volver junto a ellos.

—Tal como me ha adelantado Pam al llamarme, parece un suicidio —les comentó e inclinó la cabeza— pero… podría no serlo.

—¿Y eso? —Se extrañó Héctor—. No parece tener golpes ni haber forcejeado con nadie, incluso su ropa se ve impoluta.

—He detectado lo que parece ser un pinchazo en el cuello —le informó Lisa—. No es un lugar corriente en el que pincharse. Os lo confirmaré con la autopsia. ¿Habéis hablado con la familia? Voy a pedir que lo lleven a la morgue.

—Me han pasado su dirección hace un momento —confirmó Héctor—. Yo mismo me acercaré a su domicilio.

—De acuerdo, estaremos en contacto.

*****

—Lo siento, Pam —Héctor caminaba junto a ella de camino a su coche— no es esta la noche que había programado pasar contigo.

—Muchas expectativas tenías tú de pasar la noche conmigo —Pam no parecía enfadada, lo dijo con una media sonrisa—. No te preocupes, lo entiendo, yo haría lo mismo. Prefieres ir tú en persona, porque eres policía y te acabas de implicar en este caso, a pesar de que podrías avisar a cualquiera de los agentes que hay de guardia esta noche para que se acercaran al domicilio de ese hombre. Es algo que comprendo muy bien. ¿Te importa que te acompañe?

—No va a ser agradable, pero ya que lo hemos encontrado prefiero dar la mala noticia en persona.

—Lo sé, no importa.

—Entonces vamos, a ver que nos encontramos —Héctor aceptó —. No sabemos nada de él, quizá viviera solo y no haya nadie. Si es así tendré que buscar a su familia, si es que la tiene, y localizarla. Es algo que prefiero hacer cuanto antes en un caso como este.

No tardaron en llegar al domicilio que les habían facilitado. Era una casa de tamaño mediano, ubicada en un barrio agradable y familiar. Ya había oscurecido, pero se divisaba luz en el interior. Héctor llamó al timbre de la cancela que rodeaba el pequeño jardín y escuchó una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Detective Héctor Laska, de la policía de Port Angeles —respondió, a la vez que sonaba el pitido de apertura.

Héctor y Pam caminaron hacia la puerta, que se abrió antes de que llegaran a ella. Una mujer joven, vestida con un pantalón de chándal y una sudadera fina los miró extrañada.

—¿Qué ocurre? —se notaba su preocupación, algo lógico si se presenta la policía en tu casa.

—¿Vive aquí Zach Warren? —preguntó Héctor.

—Bueno… —a la mujer le tembló la barbilla— Zach es mi marido, pero… hace un par de semanas que no vive en casa. Hemos tenido algunos problemas y nos hemos dado un tiempo.

—¿Podemos pasar? —Interrumpió Pam—. Será mejor que se siente.

—¿Le ha ocurrido algo a Zach? —la mujer les abrió paso y los acompañó al interior, ofreciéndoles asiento.

—No traemos buenas noticias, señora… —Héctor cayó en que no sabían ni su nombre.

—Sarah. Soy Sarah McNee, o Sara Warren —le tembló la voz al decirlo.

—Señora McNee, hemos encontrado a Zach en un aparcamiento, dentro de su coche…

—¿Y…? —ambos notaron como la mujer contenía el aliento.

—Estaba muerto, aunque aún no tenemos clara la causa, podría ser un suicidio, pero no estamos seguros.

Héctor soltó la noticia con toda la suavidad que pudo, pero notó el impacto en el rostro de la mujer. Se quedó lívida, parpadeó con

fuerza y abrió la boca para coger una gran bocanada de aire, como si se estuviera ahogando. Todo ello justo antes de que dos gruesos lagrimones resbalaran sobre sus mejillas y un gemido quejumbroso arrancara de su garganta.

—¡No es posible! ¡No puede ser! —El llanto la llevó a encogerse sobre sí misma, rodeando su cuerpo con los brazos y balanceándose adelante y atrás, negando con la cabeza—. ¿Suicidio? ¡No me lo creo! ¡Eso es imposible! ¡Zach, no!

—Llore, si es lo que necesita —Pam, que estaba a su lado le pasó la mano por la espalda y Sarah se dejó arropar por ella.

En ese momento se escuchó el lloro de un bebé que llegaba desde el interior de alguna habitación, aumentado y algo distorsionado por un monitor de audio.

—¡Oh! ¡Ahora no! —Sarah se levantó sollozando y se dirigió al interior, para volver a salir acunando a su bebé, que tendría poco más de un año—. Shhh, no pasa nada, duérmete mi amor.

Por fortuna el bebé volvió a cerrar los ojos, apoyando su mejilla sobre el hombro de su madre y con su chupete en la boca se durmió de nuevo.

Tanto Héctor como Pam dejaron pasar un rato en silencio. Sarah dejó al bebé sobre el sofá, a su lado entre los almohadones, y los miró con la incomprensión plasmada en su mirada.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

—Intoxicación por monóxido de carbono del coche —respondió Héctor—. Una manguera estaba conectada desde el tubo de escape. De todas formas se lo acaban de llevar para hacerle la autopsia. Eso nos dará seguridad en la causa de la muerte.

—No puedo creer que esto esté pasando —la mujer miraba hacia el infinito, perdida en sus recuerdos—. ¿Cómo han podido torcerse tanto las cosas?

—¿Puede decirnos la razón de que su marido se marchara de casa? —Héctor no quería hurgar en la herida, pero esa razón podía

ser importante.

—Se lió con otra y lo descubrí. —Eso hizo que Pam y Héctor cruzaran sus miradas—. Me juró que iba a dejarla, pero en vez de eso se largó de casa. Creo que estaba ocupando un piso de alquiler en el Distrito Costero, no sé más.

—Allí es dónde lo hemos encontrado —constató Pam. Si solo llevaba viviendo en ese apartamento un par de semanas, era posible que ni siquiera se hubiera cruzado con él.

—¿Llegó a conocer usted a la otra mujer? —preguntó Pam, pensando que podía ser importante.

—Sólo la vi una vez, cuando los descubrí juntos en una plaza. —Esos recuerdos endurecieron su mirada y sofocaron su llanto—. Se estaban besando. Ella era… una belleza, una mujer muy llamativa, eso lo recuerdo. Alta, pelirroja y curvilínea. En el móvil de Zach descubrí su nombre: Stella. No tenía grabado el apellido, pero se enviaban frases muy subidas de tono.

—Cuando lo encontramos no tenía ni su móvil ni su documentación. Hemos descubierto esta dirección a través de la matrícula del coche.

—Hace dos semanas que no veía a Zach —Sarah se apartó el pelo de la cara con cansancio, mientras acariciaba la espalda de su bebé dormido—. Su portátil, su móvil, todas sus cosas se las llevó. Aquí solo tengo algo de ropa y poco más.

—Gracias por todo, señora. —Héctor no quería molestar más a la mujer, estaba muy afectada—. En cuanto tenga más información la llamaré.

—¿Puedo ir a verlo? Para despedirme…

—La avisaré en cuanto la forense me comunique que puede hacerlo. Seguramente lo enviarán a la funeraria desde la morgue.

—Me ocuparé del funeral —Sarah no podía dejar de llorar, estaba en shock—. ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Y si lo han matado? ¿Quién querría hacer algo así? Encuentre al culpable, por favor, no puedo creer que fuera un suicidio, no puedo. Zach era fuerte, no lo he visto jamás deprimido ni nada parecido. Le gustaba vivir.

—Esté tranquila, lo investigaré y la mantendré informada.

Héctor y Pam se marcharon de aquella casa con la sensación de que Sarah McNee sabía de lo que hablaba. Había sido su esposa y lo conocía.

No pasaban por un buen momento, él la había engañado, pero, por lo que la mujer les había contado, no parecía esa clase de hombres que se rinden tan fácilmente ante cualquier contratiempo.

—¿Vas a invitarme a acompañarte a casa? —preguntó Héctor besando a Pam en la sien y arrimándola a su cuerpo.

—Me puedes acompañar hasta la puerta y después te vas a dormir a la tuya —Pam lo dijo sin acritud, suavemente y con una sonrisa—. Estoy cansada, Héctor. Y tú también.

—El sexo es la mejor medicina para dormir después como un bebé —rió Héctor.

—No cuela, detective. —Pam se frenó y lo miró a los ojos—. No es que no me apetezca, es que mis miedos no han desaparecido del todo y necesito que hablemos más antes de volver a intentarlo. Si la cosa funciona te resarciré, lo prometo.

—Lo entiendo —Héctor suspiró y se dio por vencido—. Te dejo en casa.

*****

Al día siguiente, a pesar de ser sábado, Héctor le envió un mensaje a Lisa Baker, la forense, por si le podía adelantar algo de la autopsia de Zach Warren.

Pronto recibió la respuesta.

«*Sabía que me lo pedirías, por lo que la redacté ayer mismo y la tengo en mi móvil. Ahora te la envío. Laska, me debes una invitación, que lo sepas*.»

Héctor sonrió y abrió el fichero adjunto que le llegó por correo electrónico. Leyó el contenido y las conclusiones. Todo había quedado aclarado: No era un suicidio.

En realidad Zach Warren había muerto debido a la inyección. La profundidad del pinchazo y la dirección del mismo, indicaban que se lo habían inoculado desde el asiento de atrás.

Se le habían suministrado grandes dosis de midazolam, un paralizante que lo mató a la vez que inspiraba monóxido de carbono del coche. La combinación de ambas cosas fue letal. Y, por descontado, la inyección en el cuello no se la había puesto él.

Tenía ante sí un asesinato. Ahora había que descubrir quién lo había perpetrado.

Le contestó a Lisa.

«*Te invito a lo que quieras, eres la mejor. Aunque me acabas de dar trabajo, me toca buscar al asesino. Gracias, Baker.*»

3

Año 2013 - Kara Landon

Port Angeles

Cuando despertó no sabía si estaba viva o muerta. Kara sentía dolor en cada centímetro de su cuerpo. Lo peor era la cara, sobre todo la mejilla del lado derecho, que ardía y dolía como el demonio. Haciendo un gran esfuerzo se llevó la mano hasta ese doloroso punto y, al abrir los ojos hinchados, descubrió sus dedos pringosos de sangre medio coagulada.

Le vino a la memoria lo sucedido como un vendaval de imágenes lacerantes y aterradoras. Las humillaciones y el escarnio por parte de los que creía eran sus amigos; su huída corriendo sin rumbo por la montaña hasta perderse. Y ese animal. Un puma que la miraba con sus ojos amarillos mientras se acercaba hacia ella, emitiendo ese rugido cavernoso.

La había atacado, pero quizá debido a su mala fortuna, no la había matado. Preferiría estar muerta. Un gemido entrecortado escapó de su garganta. Le dolía el cuerpo entero, pero al tomar consciencia, poco a poco, del entorno y de ella misma, supo que el ataque del puma le había arrancado carne de una pierna y de un brazo, además del hueco que notaba en su mejilla.

No tenía idea de cómo de grave era su salud en aquel momento, sólo era capaz de notar pinchazos, calambres y fuertes dolores en demasiados puntos de su anatomía. Y la sed. Tenía la lengua pegada al paladar y los labios cuarteados.

No sabía las horas o días que había pasado inconsciente. Estaba tirada boca arriba entre unos arbustos y rodeada de árboles. Sola.

Miró hacia el cielo y, por sus tonalidades, imaginó que estaba amaneciendo. Quiso gritar pero no tuvo fuerzas, su voz parecía

haber desaparecido y solo emitió un sonido ronco. Seguramente había perdido mucha sangre y sus heridas debían ser graves. Nadie iba a encontrarla por allí. Su abuela pensaría que había salido temprano de casa, como hacía algunos días para acercarse a la playa. Su padre ni siquiera la llamaría hasta que se acercara el día de volver al internado. Nadie iba a echarla en falta. Tenía a su tía Johanna, hermana de su padre, pero solo la visitaba en las navidades y en acción de gracias, ya que vivía en Nueva York. Y a los que eran sus supuestos amigos, no les importaría su ausencia ni su destino, solo había sido la diana de una broma de mal gusto para ellos.

Quiso morir en ese mismo instante. Sola y perdida en el bosque. Sola y perdida en el mundo. Su vida no le importaba a nadie. Dejarse caer en la autocompasión parecía su única alternativa.

Un mareo repentino hizo que las copas de los árboles giraran sobre su cabeza y que los tímidos rayos del sol se alargaran entre sus ramas. Tiritaba y sudaba a la vez, como si tuviera fiebre. Deliraba, ese fue su último pensamiento antes de perder la consciencia de nuevo.

*****

Cuando volvió a abrir los ojos, notó que alguien la arrastraba sobre el suelo. Las piedras le rasguñaban la parte baja de la espalda y notaba la tierra mojada y las hojas húmedas entre los dedos. Quiso quejarse, pero esas manos parecían fuertes bajo sus axilas y la remolcaban paso a paso.

No pudo verle la cara, la persona que se estaba ocupando de ella estaba a su espalda y farfullaba y resollaba mientras seguía tirando de ella.

Ni siquiera fue capaz de sentir miedo, prefería volver a la inconsciencia y no regresar jamás.

Oyó durante un rato la respiración agitada de quién fuera que la estaba trasladando, hasta que volvió a desmayarse. No pudo

emitir sonido alguno, parecía tener la boca llena de yeso y los párpados le pesaban como el plomo. Se había quedado sin fuerzas.

*****

Cuando volvió a despertar habían pasado cinco días desde el ataque del puma, aunque Kara no lo sabía, había perdido la orientación temporal. Parpadeó al notar los rayos del sol incidiendo en sus ojos y, por una vez, tuvo una sensación agradable.

No tenía idea de dónde estaba, pero su cuerpo descansaba sobre un colchón y ese era un cambio sustancial. Y ese olor, que le hizo inspirar por la nariz con fuerza, era un aroma a hierbas muy perfumado; parecía una mezcla de romero y salvia.

Una vez que su vista se adaptó a la luz, paseó la mirada a su alrededor. Estaba en una cabaña muy básica de madera, pero limpia. Había plantas y flores por todos lados y se escuchaba cantar a los pájaros por la ventana abierta. El aire era frío.

—¡Vaya! —Escuchó una voz de mujer y dio un bote sobre la cama que le hizo gritar, le seguía doliendo cada centímetro de su apaleado cuerpo—. ¡La bella durmiente se ha despertado!

La mujer se acercó a Kara, cuyo corazón palpitaba a toda velocidad, asustada y quejumbrosa, lo que se había convertido en su estado natural.

—Tranquila, niña. —La mujer, mucho más vieja de lo que su voz evidenciaba, se acercó a ella con una sonrisa mellada y le apartó los cabellos de la frente—. Al menos te has despertado. ¿Cómo te llamas?

—Soy Kara —casi no podía hablar—. Un poco de agua… por favor.

La mujer le acercó un vaso y le fue dando sorbos de agua fresca, hasta calmar su sed.

—Me duele todo… —farfulló Kara, cerrando los ojos de nuevo.

—Te encontré herida y sola en la montaña —la anciana se sentó al lado de la cama—. Te atacó ese puma, ¿verdad? Lo he visto varias veces merodeando por aquí, aunque suele comer mapaches, zorros y ratones.

—Creo que lo asusté y por eso me atacó. ¿Estoy muy mal? —Kara no quería pensar en sus heridas.

—Bueno… te ha mordido en la mejilla, en el brazo derecho y en la pierna izquierda —explicó la mujer— te he cosido las heridas lo mejor que he podido, pero era cuestión de vida o muerte. Habías perdido mucha sangre y tenías infección. De hecho, la infección aún no está curada del todo, la pierna te supura todavía. Pero aquí tengo todos los remedios que nos da la naturaleza.

—¿Por qué no ha llamado a un médico? —Kara no quiso imaginar las puntadas del zurcido de una anciana en su cara; si ya no era ninguna belleza, ahora debía ser como la versión femenina de *Frankenstein.*

—Yo no tengo teléfono ni puedo comunicarme con nadie —respondió la mujer— digamos que vivo como una ermitaña, eso dicen de mí. Perdí a mis hijos y a mi marido en un accidente hace veinte años y nunca he podido volver a la civilización. Aquí puedo decidir cada día si vivir o morir. Y he encontrado la paz entre las montañas, viviendo sola y aislada.

—¿Caza para comer? —a Kara aquello le estaba pareciendo de otro mundo. ¿Y si estaba soñando o, en realidad, había muerto?

—¡Noo! —La mujer se rió—. Tengo un precioso huerto ahí afuera. Y un vecino de Port Angeles me sube algunas cosas una vez al mes. Antes era un buen amigo y se preocupa por mí. No necesito más.

—Estoy muy cansada… —Kara volvía a hundirse en la inconsciencia—. Muy cansada.

—Duerme, niña; yo cuidaré de ti —fueron las últimas palabras que escuchó antes de dejarse acunar por los brazos de Morfeo.

*****

Poco a poco, Kara fue recuperando la salud. Jamás olvidaría a aquella anciana que la había acogido en su cabaña, que había cuidado de ella y que, prácticamente, la había devuelto a la vida. Aunque fuera una vida de mierda.

Su tratamiento con hierbas funcionó. Utilizó árnica para la inflamación y los hematomas, manzanilla para sus ojos y su nariz y una pomada de equinácea, que ella misma fabricaba, para ayudar en la cicatrización de sus heridas. Cuidó su piel con aloe vera y le hizo tragar infusiones de hipérico para que no se hundiera en su depresión y descansara mejor, y de corteza de sauce para el dolor de cabeza.

Le confesó que de joven había sido enfermera y que siempre le había gustado la medicina natural, sin excluir a la tradicional.

—Ya estoy mejor, Nora —Kara empezaba a pensar en volver a casa, aunque aquello supusiera un terremoto—. Pronto me iré. Debería volver a casa.

—Tu familia debe de estar muy preocupada —comentó Nora—. ¿No has conseguido hablar con nadie con tu teléfono?

—Aquí no hay conexión, es imposible. —Kara caminaba mucho por los alrededores, tanto para ejercitar sus piernas, como en busca de una inexistente cobertura.

Kara lo había intentado innumerables veces, además estaba sin batería y allí no había electricidad. La mujer cocinaba con un horno de leña y se alumbraba con velas que su amigo le traía de la ciudad. Tenía un pozo de agua y un riachuelo cercano; esa era su extraña y frugal vida.

—Es posible que mi padre no me haya echado en falta y que mi abuela, que tiene alzhéimer, crea que he vuelto a casa —Kara miró a Nora con tristeza— es duro saber que nadie te espera en realidad.

—Yo seguiré aquí, por si algún día quieres volver —Nora le había cogido cariño a la chica. Era un alma en pena y daba lástima mirarla, pero tenía buenos sentimientos.

Kara no se veía así a sí misma. Muy en el fondo, dónde nadie podía llegar, estaba llena de odio. Necesitaba resarcirse de todo el dolor que había recibido. Del físico y del psicológico. De las heridas del cuerpo y del alma. Alguien pagaría, pero no era algo que pudiera plantearse en ese momento. Ahora tocaba sobrevivir.

Cuando tuvo preparado su hatillo con algunas hierbas y un poco de comida para su vuelta, Nora le indicó el camino que debía seguir para regresar a la civilización. Tenía un día entero de paseo por delante, pero había fortalecido su cuerpo y podría hacerlo. Por suerte, en los bolsillos de sus vaqueros aún conservaba dinero para apañarse en las primeras horas, al menos hasta que pudiera comunicarse con su padre.

Se despidió de Nora con un sentido abrazo, sabiendo que era muy difícil que volviera a verla. La anciana gozaba de buena salud, pero era muy mayor.

Kara se armó de valor y, esa mañana temprano, con los primeros rayos del sol, comenzó a caminar cuesta abajo, en la dirección que Nora le había señalado.

La mujer no tenía espejos en la cabaña y Kara sólo había visto el reflejo de su rostro sobre el cristal del móvil cuando le daba el sol y se revelaba su imagen oscura y difuminada, pero suficiente para saber que ahora todo sería aún peor que antes. Su mejilla derecha estaba hundida y mostraba una enorme cicatriz serpenteante que le atravesaba la cara y llegaba casi hasta la comisura de su boca. Se veía a sí misma como un monstruo.

Pero tenía un objetivo: cavaría dos tumbas, una para el chico que le había destrozado las ilusiones y para sus amigos, y otra para ella misma. No quería vivir más, estaba cansada de su corta vida. Si culminaba su venganza sería suficiente, si se hundía con ella, lo aceptaría. Pero lo haría a su manera, calcularía cada paso y se armaría de paciencia. Viviría para ello. Había tenido tiempo para esbozar cada movimiento, ahora lo planificaría con detalle. Podrían

pasar años, pero, al fin y al cabo, tenía toda la vida por delante y mucho tiempo para urdir su venganza.

Lo primero era volver, después ya se vería.

Tras un largo día caminando a paso rápido, cuando empezaba a ponerse el sol llegó por fin a una carretera, tal como le había indicado Nora. Tomó la dirección correcta y al cabo de unos cientos de metros localizó la gasolinera, lo que le confirmó que iba por buen camino. Al lado había también un bar. Le sentaría bien tomarse un café y algún bollo industrial con chocolate. Se le hizo la boca agua tras pasarse semanas comiendo verduras y frutos secos y tomando infusiones que sabían a flores.

Se lo pidió a la camarera, su gorra con visera calada sobre sus ojos y su melena ocultando parte de su rostro, aunque la chica la miró con una mezcla de lástima y repulsión poco disimulada.

Se sentó en un rincón y observó un gran televisor que estaba emitiendo noticias. Se quedó escuchando sin descubrir muchas novedades; contiendas políticas, un tiroteo en un instituto de Salem, en el estado de Oregón, las guerras en el mundo… desvió la vista y la centró en sus manos, calculando sus próximos pasos.

Volvió a levantar la vista hacia la pantalla y se encontró con su cara. La sorpresa fue máxima. Era su rostro antes de su desgracia; una cara ovalada de mejillas redondeadas, esa papada que odiaba y sus preciosos ojos verdes, esos en los que nadie se fijaba. Pero sin cicatrices. Aguzó el oído y escuchó su nombre.

«*Kara Landon, la chica desaparecida hace casi dos meses en una excursión, sigue sin ser localizada. Se han realizado varias batidas en los bosques y montañas del Parque Olympic sin resultado. Los más de tres mil setecientos kilómetros cuadrados son difíciles, sino imposibles, de rastrear al completo. Dadas las semanas transcurridas, no se espera encontrarla con vida.*

Nos han llegado noticias de que el padre de la chica, Adam Landon, el conocido financiero, CEO y propietario de la farmacéutica Pharma Tech., ha fallecido la pasada noche debido a un infarto de miocardio. Un muchacho lo vio caer en medio de una transitada calle

del centro de Seattle y avisó a emergencias. Cuando llegó la ambulancia, Adam Landon ya estaba muerto».

Kara se quedó fría, inmóvil, con la vista fija en aquella pantalla en la que empezaron a aparecer anuncios, uno tras otro. Las lágrimas hicieron acto de presencia de nuevo. Pero el dolor no llegaba, su corazón no estaba acelerado, su respiración era pausada. Conocía a su padre como a un vecino lejano, alguien que nunca le había demostrado su amor.

Alguien de quien iba a heredar una inmensa fortuna.

4

2025 – Port Angeles

El lunes a primera hora, Héctor se reunió con sus compañeros, Martin y Colin, para informarles de lo sucedido el viernes por la noche.

—Ya es mala suerte que intentes hacer las paces con Pam y acabéis los dos en el parking con un tío muerto dentro de un coche —Martin negaba con la cabeza—. Lo tuyo está gafado.

—Sólo fue una casualidad y que Lisa me confirmara que ha sido un asesinato, nos da un caso que hay que resolver cuanto antes —contestó Héctor—. Ya habéis visto los resultados de la autopsia. Alguien se coló en su coche y le pinchó un paralizante en el cuello. Hay que averiguar quién y por qué.

—Vamos a solicitar las grabaciones de las cámaras de seguridad del parking y alrededores, a ver si sacamos algo —sugirió Colin—. Y hay que descubrir quién es la mujer con la que estaba liado Zach Warren. No tendremos un móvil hasta que conozcamos mejor su entorno.

—Voy a hablar con Norma, a ver si nos encuentra alguna Stella con domicilio en Port Angeles, aunque si era una turista no la vamos a localizar fácilmente —Héctor se marchó para hablar con ella—. Y no tenemos su apellido, de momento es un fantasma. Voy a pedir un rastreo sobre todo lo relativo a Zach y luego hablamos.

Héctor volvió al cabo de un par de horas con la información obtenida a través de las indagaciones de la agente Norma Stone y alertó a sus amigos.

—Os pongo al día de lo que tenemos. —Héctor, Martin y Colin se sentaron alrededor de la mesa de reuniones—. Zach Warren, de treinta y un años, tenía un cargo directivo en la empresa de muebles «El Trébol», ubicada en las afueras de la ciudad, en la carretera que va hacia el pueblo de *Crane*. Como ya sabemos, estaba casado con Sarah McNee con la que tiene un bebé de un año. Se marchó de su casa hace un par de semanas, debido a que su mujer descubrió su infidelidad con una tal Stella, de la que solo sabemos su nombre y que es pelirroja. Zach era muy deportista, jugaba partidos de beisbol en un equipo local no profesional. Acudía al gimnasio cercano a su casa, casi cada día, al salir del trabajo. Y viajaba por temas laborales a otras delegaciones de la empresa con asiduidad. Eso lo he averiguado al llamar a las oficinas. La señora Warren ya les había avisado de su muerte.

—Supongo que hasta que tengamos todas las grabaciones de las cámaras, nos toca empezar a entrevistar a sus amigos, familiares y conocidos —comentó Colin—. Pediremos ayuda a los agentes que estén disponibles.

—Nos avisarán en cuanto tengan todas las imágenes —respondió Martin—. Mientras estabas con Norma, nos ha llamado uno de los agentes que ha ido a revisar el coche. Les han confirmado que no han hallado rastros de ADN ni huellas que no fueran de Zach y Sarah Warren. Quién estuvo en ese coche, con una inyección en la mano, fue muy cuidadoso.

—¡Vaya mierda! —Exclamó Héctor—. Esta tarde es el sepelio, me acercaré para observar al personal, a ver si detecto algo raro.

—Busca a una pelirroja despampanante a ver si la encuentras —sugirió Colin—. No tenemos ni idea de dónde puede estar esa mujer.

—¡Esperad! —exclamó Martin, mientras miraba la pantalla de su portátil—. ¡Tengo a la pelirroja! Acaban de enviarnos unos cortes de las grabaciones.

Héctor y Colin se acercaron a la pantalla, uno a cada lado de Martin y los tres se quedaron sorprendidos al ver las imágenes.

—¡Guau! ¿De dónde ha salido esa mujer? —Colin parpadeó y alzó las cejas—. ¡Madre mía! No me extraña que a ese hombre le volara la cabeza. ¡Es preciosa! ¡Y vaya cuerpo!

En la grabación, de hacía tres días, se veía a Zach Warren y a su amiga Stella saliendo del portal del edificio donde Pam vivía y donde Zach llevaba instalado un par de semanas.

Él la cogía por la cintura y la acercaba a su cuerpo para besarle el cuello y ella reía y se apartaba su larga melena rizada hacia un lado. Llevaba una falda estrecha, una blusa ajustada y unos zapatos de tacón de aguja que realzaban unas piernas larguísimas.

—Amplía la imagen del rostro de la mujer, iniciaremos una búsqueda —sugirió Héctor.

Martin lo hizo y conectó con el programa de búsqueda por rasgos faciales. Los tres se quedaron a la espera mientras las imágenes corrían a gran velocidad. Hasta que apareció un mensaje claro y escueto: «sin resultados».

—No aparece —Martin bufó con fastidio— enviaré la imagen a Norma, que busque en otras bases de datos ampliadas.

—Bien —Héctor miró la hora— yo me voy al entierro, a ver qué veo por allí.

*****

El sepelio acababa de comenzar cuando Héctor se acercó y se detuvo al fondo, desde donde podía observar a todos los presentes. Estaban al aire libre, en el *Mount Angeles Memorial Park*, el cementerio ubicado en medio de la belleza serena de las montañas y cerca de las aguas cristalinas del Estrecho de Juan de Fuca. El entorno, a pesar de su utilidad, era plácido. Corría un aire frío y los altos cipreses, emplazados en largas hileras, desprendían serenidad.

Un pastor evangélico, por lo que pudo deducir Héctor, hablaba en un tono calmado y los allí presentes lo escuchaban con las

cabezas gachas. El bebé de Sarah lloraba, como si supiera que no volvería a ver a su padre.

Héctor repasó a las personas del numeroso grupo, una a una. Los que estaban en primera fila eran su familia más directa, seguro; padres, hermanos o primos, todos se veían afligidos y ajenos a su entorno, centrados en su dolor. Aún no podían descartar a Sarah como sospechosa, al fin y al cabo era la mujer traicionada.

Buscó esa melena pelirroja entre la concurrencia, pero no dio con ella. Dedujo que hubiera sido de muy mal gusto que la amante del muerto se presentara en el entierro. Miró a su espalda y a los lugares más alejados, por si descubría a alguien que se mantuviera más apartado.

Detectó un coche aparcado en la lejanía y achicó los ojos; le pareció ver a alguien dentro, en el asiento del conductor. ¿Quién va a un entierro y no sale del coche? Decidió acercarse y comprobar quién los observaba desde la distancia.

Tras dar unos cuantos pasos en aquella dirección, el coche se puso en marcha y maniobró para alejarse de allí.

Héctor corrió y sólo llegó a ver parte de la matrícula, las tres primeras letras, XPB, pero no los números. Lo apuntó en su móvil y envió un mensaje a Norma para que hiciera una búsqueda que coincidiera con un *coupé* de color azul cobalto y le dio la marca. Era muy sospechoso que, en cuanto había dado unos pasos en su dirección, el coche se hubiera largado a bastante velocidad.

Antes de que finalizara el entierro, sabiendo que no iba a encontrar nada extraño y que no era momento para interrogatorios, Héctor volvió al departamento de policía.

Norma lo esperaba con noticias.

—La matrícula que me has enviado y que corresponde al tipo, color y marca del coche, es un vehículo alquilado de la empresa *Kayak*, a nombre de Stella Dean —explicó Norma—. Lo curioso es que me han dicho que acaba de devolverlo, lo tenía alquilado por veinte días y el plazo vencía hoy a mediodía.

—Me parece a mí que eso va a significar que la tal Stella se larga de Port Angeles. Parece que tiene prisa.

Héctor resopló viendo como esa mujer, la principal sospechosa que tenían hasta el momento, se les escapaba. No tenía por qué ser una asesina, pero ni siquiera habían podido hablar con ella. Una amante solía ser un personaje conflictivo y debían tenerla en cuenta.

No podían detener su viaje a dónde fuera, no tenían razones para ello, ni una sola prueba que sirviera para solicitar una detención. Aunque podían intentar interrogarla antes de que se alejara. Si daban con ella.

Héctor lo comentó con Martin y Colin, y pidieron permiso a Lambert para utilizar todos los recursos a su alcance para localizarla.

El teniente les dio el visto bueno, siempre que les quedara claro que no podían detenerla sin pruebas, solo intentar mantener una conversación si la encontraban.

Estaban comentando el tema entre los tres, a la vez que Norma hacía búsquedas constantes de Stella Dean, sin darse cuenta de que alguien los escuchaba a su espalda: Pamela Sanders.

—Siento haber captado vuestra conversación sin querer —los tres se giraron al oír su voz— pero os recuerdo que esa mujer tiene derechos, no vayáis a olvidaros y a ponerle las esposas, que nos conocemos.

—¡Por favor, Pamela! —Exclamó Colin—. ¡Qué poca fe tienes en los detectives! Y eso que sales con uno.

—Eso está por ver, no te adelantes —Pam le guiñó un ojo a Héctor, que no le quitaba la vista de encima.

—¿Me buscabas? —le preguntó, con la esperanza de que fuera así.

—La verdad es que sí, pero veo que estás muy liado. Sólo quería saber si has averiguado algo sobre la muerte de mi vecino, aunque no lo conociera.

—Te pondré al día de todo lo que pueda si te vienes a cenar a mi casa esta noche —propuso Héctor.

—Mmm… —Pam frunció los labios— me lo pensaré. Más tarde te envío un mensaje.

—Ya la tienes en el bote —se rió Colin, mientras Pam se alejaba.

—Ya veremos, es dura de pelar —contestó Héctor—. Pero no pierdo la esperanza.

—¡Tengo algo! —Exclamó Norma—. Stella Dean tiene comprado un vuelo en primera clase desde el aeropuerto *Victoria Inner Harbour* con destino a Nueva York. Sale dentro de una hora.

—En coche hay una hora y media desde Port Angeles al aeropuerto Victoria y ha devuelto su coche de alquiler —comentó Héctor mirando su reloj.

—Debe estar de camino, o llegando, pero no sabemos si está viajando en tren, autocar, taxi… —Colin ya la daba por perdida.

—Me voy al aeropuerto Victoria —decidió Héctor— tendré que saltarme el límite de velocidad. ¿Alguien se viene conmigo? Podemos llegar a tiempo.

—Voy contigo —Colin se apuntó a la carrera y Martin anunció que se quedaba en las oficinas y seguiría buscando información sobre esa mujer.

El trayecto que solía durar una hora y media, transcurrió en menos de una hora. Héctor apretó el acelerador y tuvo suerte de no encontrar tráfico en el trayecto, posiblemente por ser un día laborable a primera hora de la tarde. Ni controles de la policía que los hubieran entretenido, a pesar de ser normal cruzar un pueblo y ver al sheriff sentado pacientemente en su coche esperando a su siguiente presa.

En cuanto llegaron al aeropuerto se identificaron en los controles y solicitaron información sobre el vuelo que les interesaba con destino a Nueva York.

El empleado que les atendió les informó con celeridad: el avión al que se referían acababa de despegar. De hecho les señaló el ventanal, dónde pudieron apreciar un avión surcando el cielo y alejándose rápidamente.

—¡Mierda! —el vuelo había salido con puntualidad y ellos habían hecho todo lo posible—. Al menos conocemos el destino, es posible que Stella Dean sea de allí. Contactaremos con la policía de Nueva York y les pediremos su ayuda. Poco más podemos hacer.

5

Años 2013 - 2015 - Kara Landon

Port Angeles / Nueva York

Kara salió de la cafetería de la gasolinera donde había hecho un descanso en su vuelta a la civilización. Descubrir la muerte de su padre en los informativos y la búsqueda que se había hecho de su persona, la había alertado.

No quería aparecer y que su imagen se hiciera pública, menos aún con su aspecto actual. Demasiadas explicaciones que dar. Se la comerían a preguntas y no estaba preparada para un circo como ese. Dio vueltas en su cabeza a sus posibles opciones, para acabar concluyendo que solo existía una: su tía Johanna Landon, la hermana de su padre, que vivía en Nueva York.

Ella era menor y ni siquiera tenía una cuenta propia, a pesar de ser la hija de un millonario. Su padre pagaba todos sus gastos, nunca le había faltado de nada, pero ahora estaba sola. Por suerte conservaba el número de su tía en el móvil, a pesar de que se veían contadas veces y no se llamaban casi nunca. Tenía decenas de llamadas perdidas tanto de ella como de números desconocidos.

Se apartó de la gasolinera y caminó en dirección a Port Angeles, paró en un cruce y se sentó sobre la hierba, bajo la sombra de un enorme árbol. Miró el móvil; lo había cargado en el bar, el cargador seguía en su mochila, y tenía cobertura. Iba a tener que dar muchas explicaciones, pero no le quedaba otro remedio.

—¡¿Kara?! —Escuchó la voz sorprendida de su tía y se le hizo un nudo en la garganta—. ¡Kara, cariño! ¿Eres tú?

—Hola, tía Johanna —casi no le salía la voz, su tía siempre se había portado bien con ella y era un consuelo escuchar una voz conocida.

—¡¿Dónde estás?! —La mujer estaba realmente asustada—. Todo el mundo te da por desaparecida, incluso por muerta.

—Lo sé, es una larga historia. —Ni siquiera sabía por dónde empezar—. Sabes que estaba pasando el verano en Port Angeles con la abuela…

—Lo sé, he hecho que la trasladaran a mi casa, no estaba bien, pero tu padre no me dijo nunca que tuviera alzhéimer —a Kara le sorprendió su respuesta—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Kara le explicó lo sucedido, sin entrar en demasiados detalles, ya habría tiempo para ello. Su tía no pudo evitar algunas exclamaciones de asombro y conmoción, su sobrina había pasado por un calvario. También le dijo que acababa de enterarse de la muerte de su padre y que no pensaba acudir a su entierro. No quería dejarse ver en público.

—Mira, Kara, te entiendo. Pero tienes que venir a Nueva York, solo tienes dieciséis años y no puedes quedarte sola. —Johanna le hablaba con calma, sabiendo que era un cambio enorme para ella—. Me ocuparé de tu cuidado como familiar más cercano y recibirás tu herencia a los dieciocho, cuando seas mayor de edad. Entonces podrás hacer lo que quieras con tu vida.

—De acuerdo, pero necesito que mantengas en secreto que he aparecido —exigió Kara—. Que me den por muerta o fugada, me da igual. No quiero que la prensa me persiga, y menos ahora. No me has visto la cara, pero mis cicatrices son muy feas, en serio. No voy a exponerme a los medios, bajo ningún concepto. En cuanto esté de camino a tu casa destruiré mi móvil para que nadie me localice.

—De acuerdo, como quieras. —Johanna se quedó en silencio un momento, rumiando la solución—. De momento voy a conseguirte un vuelo privado. Tardaré un poco, pero en cuanto lo tenga a punto, te aviso para decirte a dónde debes dirigirte. Nadie hablará, yo me ocuparé de ello. Nos veremos pronto, cielo.

Kara se echó a llorar, estaba sobrepasada por tantas emociones en tan poco tiempo. Y ahora iba a volar a Nueva York y viviría allí, al

menos un par de años. Tiempo suficiente para urdir su plan. Un plan que abarcaba su futuro próximo y lejano; quizá su vida entera. Calcularía cada paso, cada detalle y no dejaría ni un cabo suelto. Ella estaba sufriendo lo indecible, pero quienes habían provocado su dolor lo pagarían con creces.

*****

Cuando voló en el jet privado y aterrizó en Nueva York, en una zona reservada del aeropuerto JFK, su tía ya la estaba esperando a la salida. Kara llevaba una gorra, gafas de sol y su larga melena rozando sus mejillas; la cabeza gacha y su vieja mochila a la espalda.

En cuanto vio a Johanna se echó a sus brazos y ambas se dejaron llevar por la emoción.

—Vámonos de aquí, por favor —suplicó Kara y Johanna la dirigió hacia su coche, haciendo un esfuerzo por desviar la vista de sus horribles cicatrices.

—Verás como estarás a gusto en mi casa, ya sabes cómo es. —Johanna ya conducía de camino al West Village—. Una casa demasiado grande para mi sola. Ya conoces a Lila, que viene a limpiar y a cocinar. A la abuela he tenido que ingresarla en una residencia de ancianos, no podía dejarla sola mientras trabajo, se está deteriorando muy rápido.

—Lo entiendo, los últimos días que estuve con ella me di cuenta de lo mal que estaba —respondió Kara— quería decirle a papá que necesitaba ayuda, pero ya no me dio tiempo.

—Ahora no pienses nada más que en ti, tenemos mucho de qué hablar.

Al cabo de unos días de convivencia, y tras muchas conversaciones al respecto, Johanna no consiguió convencer a Kara de que volviera a salir de casa, de matricularla en el instituto, ni casi de que saliera a dar un paseo.

—No puedes enclaustrarte. —Johanna estaba perdiendo la paciencia—. Esto no es vivir, tienes que entenderlo, Kara. Necesitas un terapeuta.

Johanna daba clases de Historia en dos universidades y se pasaba el día fuera. Lo cierto es que no necesitaba el trabajo, una parte de la herencia de su hermano había recaído en ella y nunca imaginó que podía ser tan sustanciosa. Pero le encantaba la historia, era su vida y quería seguir dando clases y conferencias.

También era accionista de la farmacéutica, que pasaría a manos de Kara en un par de años. Con ese argumento consiguió que entendiera lo necesario que era seguir con sus estudios.

—De acuerdo, estudiaré —cedió Kara—, pero lo haré a distancia. Supongo que los datos de mi matrícula son confidenciales y, si no asisto presencialmente, nadie se dará cuenta de quién soy.

—Bien, lo conseguiré. —Johanna aceptó—. Con dinero todo es posible, eso lo tenemos a favor. Pagaré a quién haga falta para mantener las bocas cerradas o haré alguna donación a cambio de su discreción.

*****

Kara se centró en sus estudios a distancia y lo hizo a conciencia. Siempre había sido una buena estudiante y eso fue determinante a la hora de conseguir buenos resultados sin asistir presencialmente a las clases. Le puso empeño y mucho tiempo. Johanna la ayudaba en las asignaturas que dominaba y si tenía dudas siempre acababa consiguiendo respuestas de una u otra forma.

Así transcurrieron los primeros dos años desde su desgracia. Enclaustrada y centrada en sus estudios. Decidió que conseguiría un título universitario en línea y que sería un grado de administración de empresas y, posiblemente, algún máster de estudios jurídicos. En breve heredaría una gran fortuna y pensaba hacerla crecer. Tenía en

mente gastarse mucho dinero en algo que la obsesionaba desde hacía ya mucho tiempo. No repararía en gastos.

Iba a conseguirlo y esa idea era la que le daba fuerzas para levantarse cada mañana, para estudiar, para complacer a su tía y hacerle ver que era una chica centrada en lo importante.

Pero ni ella ni nadie estaba dentro de su cabeza; ni siquiera podían imaginar las pesadillas que la acosaban por las noches, el estímulo que conseguía que se levantara por las mañanas, la razón vital de su existencia que la guiaba en cada uno de sus pasos.

«Paciencia, paciencia, paciencia», era lo que se repetía cada día, cada vez que la desesperanza se hacía un hueco e intentaba hundirla. Paciencia y dedicación para tener el control total.

Manejaría los hilos y algunas personas escogidas se convertirían en sus marionetas.

Iba a jugar con el destino de los que le hicieron daño, aunque ellos no supieran todavía que ese destino estaba sentenciado.

6

2025 – Port Angeles

Héctor acababa de recibir una llamada de la policía de Nueva York. No eran buenas noticias, sólo una escueta conversación para hacerle saber que no tenían a nadie fichado ni en búsqueda con el nombre de Stella Dean.

Héctor sabía que si indagaban a fondo podían darle más información sobre esa mujer, pero no hicieron el esfuerzo. El agente que contactó con él le dijo que estaban saturados debido a una oleada doble de robos y asesinatos, que los tenían casi colapsados.

Tuvo que conformarse. Siempre le quedaba la opción de pedirle a Jack Grayson que le echara un cable. Con él había patrullado durante sus primeros años como policías en Seattle. Desde hacía tiempo, y tras unos estudios muy específicos, su amigo trabajaba ahora para la Unidad de Delitos Cibernéticos y tenía acceso a mucha información. De momento estaban estancados, pero debían seguir rastreando para poder dar respuestas a la familia de Zach Warren y a ellos mismos.

Pero el destino quiso que otro caso se interpusiera aquel día y desviara su atención. Una patrulla había acudido a un domicilio, debido a que una vecina había escuchado gritos en la casa de al lado. La mujer había llamado a la puerta, ya que conocía a la familia que allí vivía, pero no le abrieron, y la señora aseguraba que nadie había salido de allí.

Cuando la policía había entrado en la casa, tras llamar repetidamente sin resultado, había encontrado a una mujer apuñalada en el suelo, sobre un reguero de sangre, y a un niño de unos ocho años temblando y escondido en un armario.

Avisaron a la científica y al forense, aunque si algo estaba claro es que alguien la había matado. El niño sería la pieza clave para descubrir quién lo había hecho. Pero tenía ocho años y estaba solo en casa; era un testigo muy vulnerable y, posiblemente, traumatizado.

Mientras los de la División de Evidencias procesaban el escenario del crimen, Héctor y Colin se pusieron a buscar información de la familia que vivía en esa casa, pero solo descubrieron que la madre era Grace Roberts, viuda, que vivía con su hijo Álex.

Los policías que habían descubierto a la mujer, llevaron al niño al departamento de policía sin conseguir que éste abriera la boca. El pobre debía estar en shock, si había visto cómo mataban a su madre.

Estaban comentando lo que tenían hasta el momento, cuando Pam irrumpió en su despacho, visiblemente alterada.

—Supongo que os habéis enterado de que han apuñalado a una mujer, que su hijo está solo y tiene ocho años —comentó sin ni siquiera saludar—. Los policías dicen que hay que interrogarlo y, como abogada, no estoy de acuerdo con eso. ¡Es un niño!

—Tranquila, vamos a hablarlo —intervino Héctor— de momento estamos intentando saber si tiene familia, pero lo único de lo que tenemos constancia es de que su padre murió hace seis años, cuando el niño tenía solo dos. El resto de la familia no está cerca, todos viven en distintas ciudades de California, de donde es originaria la madre. Contactaremos con ellos, pero enterarnos de lo que ha visto Álex es prioritario.

—De momento hay que avisar a los servicios sociales para que le den protección —Pam se cruzó de brazos en actitud defensiva—. Supongo que no va a dormir en la comisaría esta noche, ¿no?

—Que yo sepa, esa llamada ya se ha hecho —Héctor frunció el ceño—. En breve estará aquí la responsable del centro de acogida y se ocupará de él, aunque sea durante el tiempo que tarden en llegar sus familiares. También le proporcionarán atención psicológica. No tiene abuelos, pero sí tíos y primos.

—Entonces esperaremos —decidió Pam por su cuenta.

—¡No podemos hacerlo! —Héctor no iba a retrasar las preguntas que necesitaban respuesta, esa no era una opción—. Cada minuto cuenta, Pam. Tenemos a un asesino suelto en la calle.

—En ese caso no voy a separarme del crío —Pam lo miró desafiante—. Podéis considerarme su abogada y voy a estar presente para poder dar fe de todo lo que se diga.

—Me parece bien, si es lo que quieres —Héctor cedió, sabía que era muy probable que el niño se sintiera más a gusto con Pam a su lado—. Incluso puedes intentar obtener información, si ves que responde bien a tu presencia.

Pam asintió y Héctor avisó a Colin de sus próximos pasos. Sus dos compañeros detectives estarían al otro lado del cristal, querían observar al niño y escuchar sus respuestas.

En la sala se respiraba un ambiente tenso. Pam se sentó al lado de Álex, observando sus ojos grandes y asustados. Héctor se sentó ante ellos, observando al pequeño con compasión; lo que había visto ese niño le generaría un trauma de por vida.

—Álex —Pam miró al niño y éste levantó la vista hacia ella—. Soy Pam, y estoy aquí para ayudarte ¿vale?

El pequeño ni siquiera asintió con la cabeza, sus ojos se perdían en la lejanía.

—Álex —intervino Héctor con voz suave—. Ya sé que fue muy duro, pero, ¿viste lo que le sucedió a tu madre? ¿Quién estaba con ella? ¿Alguien que conocías?

El niño se llevó las manos a los oídos para taparlos, quedaba claro con su gesto que no quería saber nada, debía estar en shock.

—No tienes que decirnos nada si no te sientes cómodo —le dijo Pam—. Solo queremos asegurarnos de que estés bien.

—Aunque la verdad es importante, seguro que lo sabes, Álex —Héctor quería, al menos, escuchar su voz.

—No podemos obligar a un niño a revivir algo tan traumático —Pam miró a Héctor con el ceño fruncido y después miró a Álex—. Aunque, podemos dibujar. ¿Quieres dibujar?

—¡Quiero irme a casa! —por fin escucharon la voz de Álex, más firme de lo que ambos esperaban.

—Álex, —Héctor utilizó el tono más suave que pudo— necesitamos que nos cuentes qué es lo que viste. De esa manera podremos detener al culpable, si tú nos ayudas.

—Nadie me creería. —El niño se encogió de hombros.

—Inténtalo —lo instó Héctor, deseando escuchar sus explicaciones—. Seguro que quieres que cojamos al que le hizo eso a tu madre.

—Perdón, —Martin abrió la puerta, interrumpiendo la conversación— tenemos nuevas noticias. Grace Roberts estaba conviviendo con Liam Walsh desde hace tres años. Una patrulla lo está trasladando hacia aquí. Se ha convertido en el principal sospechoso.

—Creo que es mejor que dejemos a Álex tranquilo hasta que hayáis interrogado a ese hombre —Pam estaba segura de que ese crío necesitaba alejarse de aquella sala, lo notaba muy tenso, como si en cualquier momento fuera a explotar.

—¿Podré ver a Liam? —preguntó el niño, y todos lo miraron sorprendidos.

—De momento, no será posible —Pam no esperó a que los detectives respondieran, ella se haría cargo si hacía falta—. Hoy tengo el día bastante desocupado ¿Quieres que vayamos un rato al parque?

—Pam, no deberías… —Héctor se frenó al ver su mirada.

—¿Qué pretendes? ¿Encerrarlo? Sólo voy a ocuparme de que se distraiga un poco durante unas horas, ¿de acuerdo? Avisadme en cuanto lleguen los de servicios sociales.

—De acuerdo, será lo mejor —Martin miró a Héctor y éste asintió; no podían olvidarse de que era un niño—. Nos acaban de comunicar que su familia de California ya tiene vuelo y dos de sus tíos viajarán en breve hacia aquí.

—En las cámaras de seguridad de las calles cercanas a la casa, no se detecta entrar a nadie las horas anteriores al suceso —les informó Colin, al que le acababa de llegar un mensaje—. La única posibilidad es que ya estuviera dentro y haya huido por la ventana del baño, es la única que las cámaras no pillan.

—¿Quién se ocupa de interrogar a Liam Walsh? —el teniente Lambert apareció por allí, interesado por ese horrible asesinato—. Por lo visto, el tema se ha hecho público a gran velocidad y ya he recibido unas cuantas llamadas instando a la policía a resolver este caso con celeridad si no queremos que nos hagan quedar muy mal.

*****

Con la presión de estar observados por Lambert desde el otro lado del cristal, Héctor y Colin se dispusieron a interrogar al principal sospechoso, pareja actual de Grace Roberts.

—Señor Walsh, ya le han informado de lo sucedido a la señora Grace Roberts y le han leído sus derechos —Héctor le habló primero, mirando a aquel hombre atractivo, que parecía asustado y tembloroso—. ¿Quiere solicitar un abogado? ¿A qué hora ha salido usted de su casa esta mañana?

—No quiero abogado, no tengo nada que ocultar. No he pasado la noche en casa —un estremecimiento acompañó sus palabras—. Ayer Grace y yo nos peleamos y me echó de casa.

—Eso no suena muy bien —intervino Colin— porque, según el forense, a su pareja la han apuñalado esta misma mañana. ¿Dónde ha dormido?

—En un hotel cerca del puerto, el *Uptown Inn* —contestó Liam —. Tienen habitaciones baratas y no es la primera vez que paso la noche fuera.

—Que alguien verifique la coartada —comunicó Héctor a uno de los policías que seguían el interrogatorio—. ¿Por qué se pelearon?

—La verdad… —el hombre cogió aire con fuerza y sus ojos se humedecieron— es que, desde hace un tiempo, nos peleábamos mucho. Grace nunca estaba contenta con nada y lo pagaba

conmigo. Me decía que mimaba demasiado a Álex. Yo le tengo mucho cariño al crío.

—¿Mucho o demasiado? —la pregunta implícita la hizo Colin y la reacción no se hizo esperar.

—¡¿Qué mierda está insinuando?! —Liam se enfureció hasta parecer otro—. Ni se le ocurra sugerir nada parecido, Álex es como mi propio hijo y lo quiero como tal.

—¿Y qué pasaba con Grace? —Héctor quería llegar a las razones que habían llevado a ese hombre a matar a su pareja. Seguramente era un maltratador que sabía camuflarse.

—Desde hacía tiempo no hacíamos más que discutir, eso es cierto —Liam miró a los ojos a Héctor—. Se estaba convirtiendo en alguien muy distinto de quién me enamoré. Pero yo no la maté.

—Mire, Liam, sus vecinos están siendo interrogados por la policía —Héctor iba mirando su móvil— y no hacen más que llegarme mensajes en los que me dicen que todo el maldito vecindario está hasta el gorro de ustedes dos. La mayoría cuentan lo mismo: gritan mucho, se pelean día sí y día también, salen de casa dando portazos y se insultan delante del niño. Sabe que tiene usted todos los números, ¿verdad?

—¡Si ni siquiera estaba en casa! —gritó Liam.

—En ese caso el sospechoso pasará a ser Álex —Héctor hizo una mueca—. Un inocente niño de ocho años. La cerradura no estaba forzada y las ventanas permanecían cerradas.

En ese momento se abrió la puerta y asomó la cabeza de un policía.

—Buenas noticias, han encontrado el arma homicida, un cuchillo de cocina ensangrentado y con huellas. Estaba entre unos arbustos en el jardín, cerca de una ventana. Ahora se lo traen a los de Evidencias para que lo analicen.

—Gracias, Cody —contestó Colin— avisa en cuanto sepas algo más.

—Bueno, señor Walsh —Héctor miró al hombre, que parecía ido, como si acabara de ver a un fantasma—. No parece haber sido

muy cuidadoso. Vamos a descubrir sus huellas en el cuchillo ¿verdad?

Se hizo el silencio, las miradas eran tensas entre el detenido y los detectives, aunque a Héctor le pareció que su postura, más que de derrota era de estar urdiendo un plan. Sus ojos se movían hacia los lados y parecía murmurar algo para sí mismo. Una gota de sudor resbaló desde el nacimiento de su cabello hasta el cuello.

Cuando estaba seguro de que Walsh estaba estudiando la manera de librarse, los sorprendió a todos con sus palabras. Alzó la barbilla y miró a Héctor a la cara.

—De acuerdo, voy a confesar —cogió aire, tragó saliva y cerró los ojos—. Yo… yo maté a Grace.

7

2025 – Port Angeles

Tal como aquellas palabras fueron pronunciadas, Liam Walsh fue detenido y encerrado en una de las celdas del departamento. Había sido una confesión sorprendente, cuando minutos antes negaba con convicción haber matado a Grace Roberts. Seguro que la culpa pudo con su resistencia.

Pam le había conseguido una familia de acogida a Álex. Tenían un niño de la misma edad y se habían ofrecido a recibirlo los días que hiciera falta, hasta que su familia se hiciera cargo de él.

Liam Walsh había hecho una petición: que le dejaran despedirse de Álex, tener con él aunque fuera un minuto para decirle que le quería y darle un abrazo. No estaba claro que fueran a dejarle, pero todavía no se habían negado en redondo.

Dado que, de momento, no podían hacer nada más, que los de Evidencias no tendrían resultados hasta el día siguiente y que ya era tarde, Héctor interceptó a Pam antes de que se marchara, con la intención de alargar un poco el día con ella.

—¿Te vas? —le preguntó al verla dirigirse a la salida—. Dime que tienes tiempo para ir a tomar algo, anda. Casi no nos vemos, no te hagas de rogar.

—Todos tenemos trabajo y debería estar preparando una vista para mañana —contestó Pam, inclinando la cabeza y mirando a Héctor con los parpados entrecerrados—. Pero me apetece tomar una copa de vino. Contigo.

—Perfecto. Si no quieres ir muy lejos, el bar de Mark, mi cuñado, está cerca —propuso Héctor.

—Vale, vamos —Pam alargó la mano y Héctor se la estrechó con fuerza.

Le iba a costar acercarse a ella de nuevo, no lo tenía muy fácil, pero lo conseguiría. Sabía que Pam tenía un carácter fuerte, pero eso era algo que le gustaba mucho de ella. Lo retaba y lo desafiaba, algo que le resultaba muy sugerente. Ella necesitaba de su lealtad y la tenía, aunque aún no se sintiera segura con eso. Estaría para ella cuando lo necesitara.

Caminaron hasta el *Coffee Milk* y, en cuanto entraron, Héctor se arrepintió de haber propuesto ese local. Sus dos hermanas y su sobrino estaban en una mesa cercana a la barra, sentadas tomando un batido.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó Lila, levantando a su pequeño del regazo para entregárselo a su tío—. ¡Ha venido el tío Héctor, Ty!

—Oye, que nosotros veníamos a tomar una copa —se quejó Héctor, que cogió a su sobrino de ocho meses y le dio un achuchón provocando sus carcajadas al alzarlo al aire.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Pam, mirando al bebé embobada—. Se parece a ti.

—¡Se parece a su padre! —gritó Mark desde detrás de la barra — y quién diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

—¡Perdón, perdón! —Pam se rió, mirando a Mark— en mi defensa diré que, si algo tiene este crío, es que es guapísimo. Podéis daros los dos por aludidos.

—¿No vas a presentarnos? —Alina, la hermana pequeña de Héctor, lo miró con una sonrisa sibilina y lo hizo ella misma—. Soy Alina Laska, la pequeña de la familia. No nos conocíamos. Si necesitas un tatuaje, soy tu chica.

—Pues mira, no lo descarto —Pam la miró con una sonrisa— yo soy…

—Pamela Sanders, la abogada que trae loco a nuestro hermano, lo sabemos —interrumpió Lila—. Tratamos de mantenernos al día de la vida de Héctor, aunque él intente evitarlo.

—¡Mike! —Héctor miró a su cuñado con el ceño fruncido— creía que nuestras conversaciones no traspasaban determinadas fronteras.

—Tío, es mi mujer y sabe cómo sacarme información, entiéndelo —se justificó su cuñado, encogiéndose de hombros y guiñándole un ojo a su mujer—. No tengo secretos para mi Lila.

—No pasa nada —Pam le quitó importancia y miró a aquellas chicas que aún la observaban como si la estuvieran diseccionando—. Si Mark os ha puesto al día, Héctor y yo hemos tenido algunas desavenencias y ahora estamos… limando asperezas.

—Es una manera de decirlo —se rió Héctor, negando con la cabeza—. Creo que la mejor definición es declarar que no dejo de disculparme por algo que no hice, pero creo que vamos por buen camino. Ha empezado a sonreírme.

—Los problemas con los tíos siempre tienen la misma base —Alina se reía mientras miraba a su hermano y su cuñado— sois demasiado parcos en palabras. Si aprendierais a expresaros más y mejor, todos y todas saldríamos ganando.

Antes de que Héctor contestara, escucharon otra voz conocida a su espalda.

—¡Vaya! Todos reunidos y nadie me ha avisado —Héctor se giró, mientras Ty le babeaba la camisa, para encontrarse con su amigo Luke, el hermano de Pam.

—¡Luke! —éste se acercó a la mesa y le hicieron un hueco para que se acomodara con ellos—. ¿Qué te cuentas?

—Mike, ponme una cerveza fría —pidió Luke y Mark le hizo una señal de asentimiento. Entonces se dirigió a su amigo—. ¿Has tenido un hijo mientras no miraba? Es igualito que tú.

—¡Otro con la misma cantinela! —se quejó Mike— ¿Nunca habías coincidido aquí con mi pequeño?

—Pues no creo —Luke levantó las manos—. La verdad es que también tiene algo de ti.

Todos rieron mientras Mike negaba con la cabeza y le entregaba la cerveza a Luke.

—Contestando a tu pregunta —Luke se dirigió a Héctor— hoy ha sido un día sin incendios, o sea que todo bien. Tampoco nos ha tocado rescatar gatos, aunque nos han llamado por una pequeña inundación casera; alguien se dejó el grifo de la bañera abierto y se fue a trabajar. Cuando les llegó el agua a los vecinos teníamos un piso casi inundado.

Lo que iba a ser una copa rápida y la intención de Héctor de tener un rato a solas con Pam, se convirtió en una reunión de familia y amigos, que sirvió para distenderlos a todos y hacerlos pasar un buen rato.

Héctor acompañó a Pam a su casa y se despidió en el portal. La excusa de ella fue que sus compañeros de piso ya estarían allí y no quería importunarlos con visitas a aquellas horas. Nada que no hubiera pasado antes, cuando Héctor se había quedado más de una vez a dormir con ella. Pero habían dado algunos pasos atrás y todo quedó en un beso.

Un beso que a ambos les puso el vello de punta, que les hizo desear más, que les recordaba lo que habían tenido y podían recuperar; Héctor hizo esfuerzos para no quejarse, pero era difícil controlar las ganas mientras inspiraba su olor, cerrar los puños cuando deseaba pasear los dedos sobre su piel, frenar sus ansias cuando se le desbordaba el impulso por desnudarla.

—¿Quieres que quedemos el sábado? —Pam lo sorprendió con la pregunta; quizá no era tan inmune a él como quería hacer ver.

—Pues claro —Héctor volvió a besarla y le sonrió.

*****

Al día siguiente, cuando Héctor llegó a la comisaría, Walsh todavía estaba encerrado en una de las celdas, pendiente de una vista con el juez que llevaría su caso y a la espera de que lo encerraran en la cárcel tras su confesión.

Le extrañó encontrar a Pam en la puerta de su despacho, esperándolo.

—¿Has venido a saludar o tenemos algo a medias? —preguntó Héctor.

—Tú y yo tenemos muchas cosas a medias —Pam sonrió de medio lado—. Pero ahora mismo vengo a informarte de que Liam Walsh ha solicitado abogado de oficio y yo era la única que estaba aquí en ese momento. Voy a ocuparme de su defensa. Ya tenemos la transcripción de su declaración y, al ser un caso de asesinato, el juez nos ha dado hora esta tarde, a las cuatro. Lo más probable es que lo encierren hasta el juicio en provisional. Ya veremos si hay fianza, aunque no lo creo.

—No te esfuerces mucho en defenderlo —le propuso Héctor y Pam frunció el ceño.

—Si defiendo a una persona lo hago con todos los argumentos que tenga; recuerda que todo el mundo tiene derecho a ello —Pam lo señaló con el dedo— ahora voy a hablar con él, para prepararlo.

—De acuerdo, mantenme informado, abogada.

En el transcurso de la mañana llegaron nuevas noticias. Las huellas encontradas en el cuchillo, no eran de Liam Walsh.

Cody en persona les confirmó el resultado: las huellas pertenecían, por su tamaño, a un niño pequeño. Al escuchar aquel dato Héctor se quedó paralizado. No era posible ¿no? En realidad era aterrador.

En ese momento se escucharon gritos y lloros en la entrada y varias cabezas asomaron desde las puertas. ¿Qué era aquel jaleo?

Héctor vio llegar a Pam casi corriendo.

—Héctor, la familia que ha acogido a Álex lo ha traído aquí con una rabieta, parece que no para de llorar pidiendo ver a Liam, al que llama papá —Pam resopló— y lo peor es que estoy hablando con Walsh desde hace dos horas y cada vez tengo menos claro que ese hombre haya sido capaz de hacer lo que se supone que ha hecho.

—Porque no lo ha hecho —Pam abrió mucho los ojos al escucharlo— nos acaban de confirmar que las huellas del cuchillo no son suyas y que son… son de un niño, Pam.

—¡¿Qué?! —Pam parpadeaba con rapidez— creo que es mejor que vayamos a escuchar lo que quiere Álex. Parece desesperado.

—Vamos.

Al acercarse, se encontraron con el niño en plena rabieta, gritando a todo pulmón que quería ver a su padre.

—¡Álex, cálmate! —Pam intentó que el niño dejara de llorar— si lo haces podremos hablar y, a lo mejor, puedes ver a papá.

—Vale —los hipidos no dejaban casi hablar al crío, mientras los mocos le resbalaban por la barbilla y se restregaba los ojos.

—Vamos a dejarte ver a Liam ¿de acuerdo? —le dijo Héctor— pero nosotros también estaremos contigo.

Lo acompañaron a la sala en la que seguía Liam Walsh esposado a la mesa. Las cámaras estaban grabando. Cuando Liam vio entrar a Álex los ojos se le llenaron de lágrimas y se mordió los labios. Su sufrimiento era patente.

—¡Papá! —Álex se tiró sobre Liam, a pesar de que éste no podía abrazarlo— quiero que vuelvas a casa, ahora que mamá ya no está. Así ya no os peleareis más.

—¡Calla, Álex! —Liam negaba con la cabeza, desesperado— ya sabes que yo la maté y tendré que pasar un tiempo en la cárcel.

—¡Noo! ¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice! —El niño volvía a llorar—. ¡La odiaba! Ya sabes lo que hacía. Me pegaba, me tiraba del pelo, me daba empujones, me insultaba siempre.

—¡Álex, no! No digas nada más. —Liam miraba a Héctor de soslayo, que no perdía detalle de lo que iba diciendo el niño.

—¡Es la verdad! Tú siempre me decías que no debía mentir y ahora lo haces tú —Álex apoyó la cabeza en el brazo de Liam, buscando su contacto—. Tú eres mi padre y quiero que ahora vivamos juntos tú y yo. Por eso lo hice.

Pam y Héctor se miraron consternados. Ningún niño de esa edad era tan buen actor. Álex solo estaba diciendo la verdad.

—Escuchen —Liam se dirigió a ellos— lo mejor será que sepan toda la verdad.

—Eso es lo que intentamos desde el principio, señor Walsh.

—Cuando Grace y yo empezamos a vivir juntos, yo no sabía que tenía un trastorno bipolar —explicó Liam con voz temblorosa—, ni siquiera conocía mucho los síntomas. Al principio ella se medicaba, aunque yo no lo sabía. Después dejó de hacerlo y fue cuando empezaron nuestras peleas. Convivir con Grace era vivir en una montaña rusa, un día arriba y otro abajo. Depresiones y euforia. Y en sus malos momentos siempre atacaba a Álex de una manera u otra. Yo intentaba defenderlo, siempre lo he querido como si fuera mi propio hijo. Pero eso aún lo agravó más. Grace tenía ataques de celos, bebía mucho, se drogaba y las peleas iban cada vez a peor. Si no me largué fue por Álex. No quería dejarlo solo con ella. Aunque algunos días, pasaba la noche fuera para coger fuerzas y poder soportar otro día al lado de su madre.

—Yo quería vivir sólo con papá —Álex miraba al suelo con los hombros hundidos.

—Pero sabes que lo que hiciste no estuvo bien —Pam se acercó, pero Héctor la frenó.

—Tenemos que hablar.

Dejaron a Álex y a Liam con un par de policías y salieron al exterior.

—¿Qué crees que puede pasarle al niño? —preguntó Héctor.

—La verdad… creo que me encuentro en territorio desconocido —Pam se llevó las manos a la cabeza—. La ley prohíbe acusar a un niño de ocho años como si fuera adulto. Se le podría acusar en un tribunal de menores, pero la edad mínima para una sentencia de prisión juvenil es de once años.

—Creo que lo mejor será que lo hables con el juez y que se le dé asistencia psiquiátrica urgente —propuso Héctor.

—Estoy de acuerdo, aunque intentaré argumentar que fueron las acciones de la madre las que llevaron a su agresión y que el niño

es demasiado pequeño para atribuirle un delito tan grande —Pam no tenía muy claro si lo que decía era correcto.

—No puede quedar impune, aunque eso lo decidirán los jueces —comentó Héctor— seguramente la ayuda psicológica nos dará más datos. Es posible que el niño haya heredado el trastorno de su madre.

8

2015 – 2018 Kara Landon

Nueva York

Kara había cumplido los dieciocho años y ya era mayor de edad. Eso suponía que su herencia se haría efectiva y todo lo que su tía había estado administrando y gestionando; acciones, recepción de informes de la farmacéutica de su padre, cuentas bancarias, inmuebles… todo era suyo; exceptuando la parte que le correspondía a su tía, especificada en el testamento. Johanna había sido su albacea, pero, con la mayoría de edad, ella misma se haría cargo de su legado. Según los abogados que habían trabajado para su padre, y que ahora lo harían para ella, no existiría problema alguno.

Le había prometido a su tía cursar estudios superiores e iba a hacerlo. Había reflexionado y sabía que necesitaba tener un buen nivel de conocimientos para ocuparse de su herencia, hacerlo de forma efectiva y que los buitres que siempre sobrevolaban a los ricos no se aprovecharan de ella.

Ya estaba matriculada para empezar el grado de administración de empresas. Kara se interesó por las universidades que ofrecían estudios a distancia, examinó sus webs y analizó sus programas de estudio.

Confirmó que cumplía con los requisitos de admisión y estableció sus metas para cada semestre, escogiendo cada crédito con esmero.

Tenía un canal para comunicarse con sus profesores y utilizarlo para consultas y dudas. Se apuntó a varios foros de discusión, no era necesario que la vieran por vídeo, podía participar por escrito o con audios. Siempre utilizada un pseudónimo para identificarse, excepto cuando entregaba sus trabajos a los profesores.

Cuando la parte académica estuvo en marcha, empezó a utilizar sus horas libres para informarse sobre algo que sería su próximo paso.

En su mente, llegar a ese objetivo era fundamental para conseguir lo que había estado planificando durante mucho tiempo.

Su búsqueda fue exhaustiva, hasta que halló justo lo que necesitaba en el estado de California. Suponía que allí, en Los Ángeles, encontraría lo que precisaba, aparte de privacidad, algo prioritario para lo que le esperaba una vez que acabara sus estudios. Tenía mucho tiempo para planificar sus siguientes pasos y lo haría a conciencia. No tenía prisa, pero si la suficiente voluntad, fuerza y constancia para llevar a cabo lo que deseaba. Sus motivaciones eran el motor que la hacía levantarse cada día; sin ellas, hubiera acabado con su vida hacía tiempo.

—Kara, cielo —escuchó la voz de su tía, que llegaba a casa en ese instante—. Me prometiste que hoy iríamos de compras.

—Tía, de verdad, no me apetece nada —Johanna seguía intentando arrancar a Kara del interior de aquellas paredes—. Ya sabes que salgo poco y no me gusta que la gente se quede mirando mi cara.

—Tampoco es para tanto —su tía se acercó a besar su mejilla hundida, cercanía que Kara rehuyó— y te he dicho mil veces que podemos buscar un buen cirujano de estética. Hoy en día hacen maravillas, y no me refiero a esos morros exagerados que vemos por las redes.

—Todavía no… —Kara tenía su propio plan y no incluía a su tía, era algo que quería hacer sola— pero dime como te ha ido el día.

—Bueno, ha sido un día más en el mundo universitario —Johanna le pasó el brazo sobre los hombros—. ¡Me gustaría tanto que fueras a la facultad en vez de estudiar desde casa! Te aseguro que no es lo mismo, cielo. Te estás perdiendo muchas cosas y me duele por ti.

—¿En serio crees que me estoy perdiendo cosas con mi físico? —Kara lo dijo con acritud— se nota que tú eres guapa y estás en forma. Nunca se han burlado de ti, ¿verdad? ¿Sabes cómo me he

sentido cada vez que me han llamado vaca o bola de sebo, que me han imitado, que me han mentido o insultado, que han cuchicheado sobre mí…?

—Lo siento, de verdad, la gente no debería hacer esas cosas —Johanna se sentía fatal por su sobrina, no se lo merecía— pero quizá deberías intentar pasar de todo eso, sentirte bien con quién eres. Tener unos kilos de más no tiene porque ser dramático.

—¡Ja! Lo dice mi tía que a su edad sigue llevando una talla cuarenta —Kara hizo una mueca y se le humedecieron los ojos.

—Mira, Kara, yo solo intento ayudarte…

—¡Déjalo, ya! —Kara no quería enfadarse, pero había temas a los que era demasiado sensible y su obesidad era uno de ellos—. No quiero que nos peleemos y no necesito salir a comprar ropa. Tengo que estudiar.

—Como quieras —Johanna sabía cuando debía cerrar la boca.

Situaciones como aquella se repetían con asiduidad. Kara tenía un plan, pero jamás se lo iba a explicar a nadie.

Su mente era incansable, no paraba nunca de tramar un futuro en el que las cosas serían muy distintas. Iba a conseguirlo y nadie se interpondría en su camino.

*****

2018

Lo había logrado. Había terminado el grado, estaba a punto de cumplir los veintidós y, en el último año, había cursado también unos cuantos créditos de estudios jurídicos. A pesar de tener a varios abogados muy competentes a su disposición, quería saber de qué le hablaban cuando le comentaban temas sobre sus negocios.

Durante unos meses estuvo dudando en vender la farmacéutica, había tenido ofertas interesantes, pero sus consejeros le recomendaron no hacerlo. Obtenía muchos beneficios y el consejo de administración era muy competente. Su padre se había rodeado

de personas muy profesionales y sería una lástima que la empresa cayera en manos de aficionados.

Kara se comunicaba con los responsables de las distintas áreas a través de un par de colaboradores de confianza, pero nunca aparecía en persona. Firmaba lo que le aconsejaba Derek Ellroy, su abogado de confianza, y recibía los excepcionales beneficios. Y mantenía las bocas cerradas sobre su existencia a base de copiosas propinas, aunque eran muy pocos los que conocían la verdad y sabían que Kara Landon seguía viva. El resto solo tenía constancia de que los accionistas mayoritarios seguían siendo de la familia Landon. No necesitaban saber más.

Ya tenía un objetivo en la pantalla de su ordenador. De momento no había contactado, pero se había informado con todo lo que podía leerse en internet.

No era mucho, pues si algo valoraba ese centro era la discreción total con sus clientes.

El momento de contactar había llegado. En las imágenes solo se apreciaba la fachada del enorme, lujoso y moderno edificio. Estaba situado en una zona apartada, camino de Santa Mónica. La construcción estaba rodeada de verde: vastos jardines y lo que parecía un bosque cercano. El mar se veía a lo lejos.

No tenía acceso a mucha más información desde su habitación, pero quería ver el centro de cerca. Iba a viajar a Los Ángeles y lo haría en el avión privado de su padre, que ahora era suyo.

La llamada fue corta, lo primero era presentarse y saber lo que podían hacer por ella.

—Buenos días, le habla Mary, ha llamado al exclusivo Centro de Salud *Serene Beauty*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días —Kara respiró hondo y dio su nombre—. Necesito información sobre el centro. Es posible que deba permanecer ingresada durante bastante tiempo. Necesito ponerme en forma y que me practiquen varias operaciones de cirugía estética, digamos que… especiales. El dinero no es problema y la confidencialidad es muy importante para mí.

—Por supuesto, lo comentaré con mis superiores, aunque lo mejor siempre es tener una primera entrevista cara a cara para valorar las posibilidades de éxito —contestó Mary—. ¿Es posible que nos visite para estimar sus necesidades?

Kara le dio una fecha, recogieron sus datos y pactaron una visita. Si lo que encontraba allí le daba buenas vibraciones y le confirmaban los buenos resultados en otras personas que hubieran utilizado sus servicios, se quedaría.

El centro ofrecía servicios de larga estancia para procedimientos extensos, como abdominoplastias o cirugías reconstructivas o estéticas. Ella necesitaba ambas cosas y algunas más.

Kara puso al corriente de su viaje a Johanna, que se alegró por ella. Aunque le mintió al referirse a su destino.

—¿Un viaje por Europa? —su tía estaba entusiasmada—. ¡Es fantástico, Kara! Pero… ¿vas a ir sola?

—La verdad es que no —Kara siguió con su embuste—. He conocido a una chica de mi edad por internet y hace tiempo que chateamos. Es muy maja y vive en Boston. Viajaremos juntas durante unos meses. Necesito desconectar y volver a la vida. Por fin voy a hacerte caso y salir al exterior. Siempre acabas teniendo razón.

—Me alegro por ti, cielo, de verdad. ¿Cuándo te vas? —Johanna no dudó de las intenciones de Kara, por una vez la veía contenta y eso era suficiente.

Kara ya había previsto la pregunta y no quería que su tía fuera a despedirla. No iba a subirse a un avión de aerolínea, y no quería que su tía se enterara de su verdadero destino.

—Ya tengo billete para el tres de marzo —le comunicó y notó el ceño fruncido de Johanna.

—¡Oh! ¡Qué lástima! —su tía la miró con pena— justo coincide con el congreso al que tengo que asistir en Filadelfia.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —Kara le sonrió encogiendo los hombros y conociendo perfectamente esa fecha— pero no pasa

nada, tía. Tengo que espabilarme, ya va siendo hora.

—Bueno, en ese caso vamos a salir a cenar por todo lo alto para celebrar tu viaje.

El día de la cena, Kara inventó una indisposición gástrica que le impidió acudir a un restaurante lleno de gente, algo que odiaba. Si su tía dudó de su veracidad, supo disimularlo.

Al día siguiente, Johanna partió rumbo a Filadelfia para asistir al congreso sobre la redacción de la Constitución de los Estados Unidos, transcrita en esa ciudad. Kara subió a un taxi con sus maletas y se dirigió a la zona privada del aeropuerto JKF. Su avión y dos pilotos la esperaban.

*****

Los casi cuatro mil kilómetros que separaban las dos ciudades, no se le hicieron largos. Decir que estaba tranquila sería un eufemismo, pero la ilusión que emergía de su interior, tanto tiempo pospuesta, consiguió que el tiempo pasara volando. Algo más de seis horas que pasó fantaseando, cavilando, urdiendo y maquinando sobre su futuro y el de algunas otras personas que tenía bien grabadas en su memoria.

Al llegar al centro de salud, no sintió ni una mirada de soslayo, ni expresiones de horror… nada. El personal estaba muy bien entrenado, seguro. Antes de su entrevista con el cirujano, Mary, con la que había hablado por teléfono, le mostró las instalaciones a las que todos los internos tenían acceso.

Lujoso era poco; a pesar de las líneas rectas, la cantidad ingente de cristal, madera y mármol y la profusión de plantas y jardines, la opulencia y la ostentación brillaban desde cualquier rincón. Las estancias eran muy espaciosas y el blanco níveo lo dominaba todo; Mary le mostró una de las suites que estaba vacía y Kara se sintió satisfecha. Era como tener un piso completo y precioso para ella sola, exceptuando la cocina, ya que para eso tenían contratado a un chef y sus cocineros y ayudantes, que se

ocupaban de dar de comer a los internos según las prescripciones médicas, conjugando recetas apetecibles de cinco estrellas con dietas estrictas.

Las piscinas, tanto cubiertas como al aire libre, eran de dimensiones olímpicas. El inmenso gimnasio tenía todo lo necesario para practicar cualquier deporte, algo que a ella no le hacía especial ilusión; pero debería mentalizarse de que el cambio que se proponía conseguir iba a costar mucho esfuerzo por su parte. Esfuerzo y sufrimiento. El dinero podía comprarlo casi todo… «casi» era la clave. Ella tendría que poner mucho de su parte y estaba preparada y resignada.

Las consultas médicas y los quirófanos se los mostraría el cirujano, eso le explicó Mary cuando la condujo hasta la del Dr. Walter Winthrop. Éste se levantó y acercó su mano hacia Kara para estrechar la suya.

—Buenas tardes, señorita Landon. Soy el Dr. Walter Winthrop —la miró con una sonrisa—. Estoy aquí para ayudarla en este proceso. ¿Le gustaría que comentáramos sus objetivos?

—Por supuesto y gracias por recibirme. Llámeme Kara y tutéeme, por favor. La verdad es que… no sé por dónde empezar, ahora mismo me siento muy insegura. No es que no sepa lo que quiero, es que no sé si usted podrá conseguirlo y disculpe mis dudas, pero sé lo que veo cuando me miro al espejo.

—No te preocupes. Es completamente normal sentirse así antes de una posible cirugía —Winthrop parecía amable—. Vamos a analizar lo que necesitas, paso a paso.

—¿No es obvio? —Kara se señaló la mejilla.

—¿Cómo ocurrió? —el cirujano frunció el ceño, esa cicatriz era todo un reto para él.

—Me atacó un puma —Kara lo miró a los ojos y notó su sorpresa— también tengo cicatrices en un brazo y una pierna. Aunque no quiero volver a ser quién era antes del ataque.

—¿No? —se sorprendió el médico—. No comprendo.

—No —Kara negó con la cabeza—. Quiero que me convierta en una belleza. Sé que no será fácil, pero como puede suponer no me gusta mi cara, exceptuando mis ojos. Tampoco me gusta mi cuerpo y estoy dispuesta a sacrificarme con la comida y el ejercicio extremo si es preciso. Y con las operaciones que sean necesarias.

—De acuerdo —Walter dijo esas palabras tras un momento de silencio— si es lo que quieres, lo conseguiremos; tú y yo. Para mí será un reto, pero no voy a hacer yo todo el trabajo, ya te aviso. A partir de ahora, voy a dirigir tu vida mientras estés aquí y necesito que creas en mí y que cumplas con tu parte sin saltarte ni una orden. Yo te daré instrucciones y tú obedecerás a rajatabla.

—Lo haré —a Kara le gustaba el cirujano, lo sentía seguro de sí mismo—. ¿Por dónde empezaremos?

—Tengo que examinar tu cuerpo y decidir, pero, por lo que me cuentas, todo tiene solución —Walter cruzó las manos sobre la mesa —. Verás, la cirugía estética puede hacer maravillas, pero recuerda que la belleza también viene de la confianza en ti misma. En eso también trabajarás con el equipo de psicología. De entrada, podemos considerar una rinoplastia para corregir los daños en el lado derecho de tu nariz, aparte de eliminar la forma de su perfil, una reconstrucción facial para hacer desaparecer las cicatrices con injertos, y tal vez una liposucción para ayudarte a reducir grasas.

—Y… ¿qué pasa con las cicatrices en mis brazos y piernas? — Kara se estaba entusiasmando.

—Hay varias técnicas que podemos usar, como injertos de piel o tratamientos láser que pueden minimizar las cicatrices hasta hacerlas imperceptibles —el cirujano asentía con la cabeza, muy seguro de su éxito—. Todo dependerá de cómo reaccione tu piel y de las opciones que elijamos juntos, paso a paso. Estoy aquí para guiarte y asegurarnos de que tomes las mejores decisiones para tu caso específico.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario —Kara hacía tiempo que no se sentía tan viva—. He estado lidiando con esto durante demasiado tiempo. Solo quiero empezar de nuevo.

—Entonces has venido al sitio indicado, puedes estar tranquila —Walter la miró fijamente a los ojos—. Transformarte requiere

tiempo, pero estaré aquí contigo en cada paso del camino. Y cuando todo termine, no solo serás otra ante el espejo, sino que también sentirás una nueva fuerza interior.

—¿Existen riesgos? —preguntó con recelo.

—Todas las operaciones coexisten con un porcentaje de eventualidades inesperadas, pero te aseguro que en ningún caso quedarás peor, solo mejorarás. Mi intención es convertirte en la mujer que quieres ser, eso dalo por hecho.

—Gracias, Doctor. Estoy lista para comenzar este viaje, para convertirme en la nueva Kara. Quiero salir de aquí siendo una mujer nueva y sin complejos.

9

2025 – Port Angeles

—¿Cómo ha quedado el caso de Álex? —se interesó Héctor al encontrarse con Pam a mediodía.

—La vista ha ido bien —Pam resopló al recordar al niño—. ¿Te da tiempo a comer conmigo y te lo explico?

—Vamos —Héctor miró su reloj—. Aunque tendrá que ser algo rápido, esta tarde tengo algunos familiares de Zach Warren a los que interrogar. Por lo visto corren algunas historias sobre el tipo.

—Entonces tomemos algo rápido en el bar de Mike.

—De acuerdo, vamos.

Una vez sentados en una de las pequeñas mesas y con sendos sándwiches de dos pisos ante ellos, volvieron al mismo tema.

—La verdad —confesó Pam— es que ese niño me da lástima, ha tenido una infancia complicada. Al final lo ingresan en una institución estatal que está muy bien valorada. Estará interno y tendrá asistencia psicológica, es muy posible que sea bipolar como su madre. Su familia de California se ha desentendido, no quieren tener nada que ver con él, pero Liam estará presente en su vida, irá a visitarlo y pretende seguir siendo su padre a todos los efectos.

—Espero que consigan reformar al crío —Héctor negó con la cabeza— aunque, si ha sido capaz de matar con ocho años… no sé si será posible un cambio tan drástico.

—La verdad es que yo tampoco lo tengo claro —comentó Pam.

—¿Vas a estar de acuerdo en algo conmigo? —Héctor se echó a reír— es tan raro, que estoy por hacerte una foto para congelar y recordar el momento.

—¡Qué tonto eres! —Pam negó con la cabeza y recordó algo—. Oye, ¿qué es lo que ocurre con Zach Warren?

—Pues que hemos interrogado a algunos familiares y todos coinciden en que Warren tenía un carácter bastante especial, aunque eso no sea una causa para que lo maten, claro —relató el detective—. Por lo visto era bastante colérico, provocarlo era muy fácil y tenía un claro complejo de superioridad; ya sabes, condescendiente con los demás, actitudes desdeñosas, arrogante y prepotente. Un engreído de manual.

—¡Una joya, vamos! —Exclamó Pam—. Como bien dices, no es razón para que lo maten, pero sí para crearse enemigos. Y si uno de ellos resulta ser un asesino en potencia… la mujer pelirroja, ¿sigue siendo sospechosa? ¿La habéis localizado?

—No, es como un fantasma y sí, es sospechosa. ¿Sabes qué es lo peor? —Héctor estaba muy preocupado por aquel dato en concreto— que el viaje que hizo a Nueva York, no era más que una tapadera. Confirmamos con la compañía aérea, que la tal Stella Dean no subió a ese avión a pesar de haber pagado el vuelo, sólo era una estrategia de despiste. Es posible que siga por aquí, pero no tenemos ni idea de dónde puede estar. No aparece por ningún sitio. Hemos localizado algunas mujeres con su mismo nombre, pero su imagen y edad no coinciden con la que vimos en las grabaciones. Además son de lugares muy lejanos.

—Entonces, ¿podría estar en Port Angeles? —Pam abrió mucho los ojos—. Será difícil localizarla; si es la asesina puede haber cambiado su aspecto, incluso ser morena o rubia.

—La seguimos buscando, todas las patrullas tienen su fotografía y sus datos —Héctor acabó su sándwich y dio un trago a su refresco—. Tengo que volver y te recuerdo que es viernes, abogada Sanders. Dime que podemos salir esta noche, mañana o cuando sea, o vas a volverme loco del todo.

—No quisiera yo ser la culpable de que acabes con una camisa de fuerza —Pam se rió y negó con la cabeza—. Pero reconozco que tengo casi tantas ganas como tú. ¿Esta noche?

—Perfecto —Héctor le guiñó un ojo—. ¿A qué hora te va bien?

—Pásate por mi casa a las siete —Pam se levantó a la vez que Héctor y se acercó a darle un beso—. Y sé puntual.

*****

Héctor estaba en la casa de Ron Parks y Sandy Mayer. Había llegado a ellos a través de la esposa de Zach, que le indicó al detective que eran sus mejores amigos desde la infancia, aunque a ella no le caían demasiado bien.

Ron y Sandy eran pareja y ella estaba muy embarazada. Héctor había decidido trasladarse a su casa, pensando que se tomarían el interrogatorio más como una conversación intrascendente que si estuvieran en el departamento de policía. Sólo buscaba tener más datos sobre la víctima, ya que las últimas informaciones no dejaban demasiado bien al muerto. Era posible que estuviera metido en algún tema turbio y alguno de sus amigos podría estar al tanto.

La sala de estar en la que estaban ubicados se veía modesta, decorada en su mayor parte con fotos de su adolescencia y primera juventud. Héctor localizó a Zach en alguna de ellas.

—Gracias por recibirme —dijo Héctor mientras se sentaba frente a ellos—. Lamentablemente, estoy aquí por un asunto serio, ya sabéis que Zach fue asesinado y aún no hemos detenido al culpable.

Ron, con la mirada perdida, apretó los puños en su regazo. Sandy, visiblemente afectada, pudo apenas contener las lágrimas.

—No puedo creer que haya pasado esto… —musitó Sandy.

—Lo sé, lo sé —respondió Héctor—. Pero necesito que me ayudéis. ¿Qué sabéis sobre su vida de este último año?

—Últimamente estaba... diferente —Ron tragó saliva—. No sé cómo explicarlo. Siempre había sido el alma de las fiestas, pero en las últimas semanas parecía distante.

—¿Distante? —Inquirió Héctor—. ¿Alguien más lo notó?

—Yo, sí —dijo Sandy—. Seguíamos en contacto por mensajes, pero evitaba quedar en persona. Decía que estaba muy centrado en su trabajo.

—¿Cómo describiríais a Zach? —con las últimas opiniones, Héctor no se esperaba su respuesta.

—Zach siempre ha sido el mejor. —Ron alzó la barbilla, como si necesitara defenderlo—. No había nadie como él. Fuimos muy amigos; él era… un líder, alguien inspirador, el que siempre tenía buenas ideas. Siempre sabía lo que era lo mejor en cada momento.

—Parece que lo admirabas mucho —Ron asintió en silencio—. Y, ¿no os mencionó nada sobre problemas personales o de otra índole? —preguntó Héctor.

—Bueno… Zach tenía una aventura —Ron sacudió la cabeza y desvió la vista—. Creo que todos sus amigos lo sabíamos, aunque nunca nos dijo quién era. Lo llevaba muy en secreto. No hace mucho de eso.

—¿Alguna intuición sobre quién podría ser? —cuestionó Héctor.

—Una vez mencionó a alguien llamada Stella. No le pregunté más al respecto, era muy reservado con ese tema —respondió Ron, nervioso, retorciéndose los dedos.

—¿No llegasteis a conocer a Stella? —indagó Héctor.

—No, sólo porque la nombró —contestó Sandy—. A veces hablaba de ella en nuestro grupo de amigos, pero era un secreto, claro. Estaba casado, aunque Sarah nunca nos cayó muy bien.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿Tuvisteis algún conflicto con Zach en el pasado?

Ambos se miraron, frunciendo el ceño.

—No, nada serio, alguna desavenencia de adolescentes —dijo Ron, aunque su voz tembló y Sandy desvió la mirada—. Éramos amigos y nos seguimos viendo, pero solo en contadas ocasiones.

—Entiendo. Bien, necesito que me mantengáis informados sobre cualquier cosa que recordéis de él o de la tal Stella —concluyó Héctor, levantándose—. Gracias por todo.

*****

Héctor le estuvo dando vueltas a su encuentro con Ron y Sandy durante parte de la tarde. Algo no le acababa de encajar. Su opinión sobre Zach Warren no coincidía para nada con la del resto de sus familiares y conocidos.

Aparte de sus comentarios, los había notado alterados, nerviosos; sobre todo a Ron, que parecía ocultar algo.

Decidió que investigaría más sobre ellos, pero no ese día.

A partir del momento en que pisó la calle, dejó atrás los problemas de trabajo para centrarse solo en Pamela. Su relación había mejorado en los últimos días, a pesar de que la cercanía en el trabajo no propiciaba la intimidad, eso se quedaba para cuando se alejaban de ese edificio. Y esa noche tenía en mente conseguir que el próximo acercamiento fuera sólido.

Pasó por su piso, llamó a su madre para asegurarle que el domingo estaría en su casa para una de esas reuniones familiares en las que se lo acababa pasando bien, y se metió en la ducha. Se vistió de manera informal y llegó a casa de Pam a las seis y media, algo más pronto de lo que habían quedado.

Al acercarse al portal casi se dio de bruces con Oliver y Ford, que salían en ese instante.

—Muchos días sin verte, guapo —Oliver le sonrió y Ford levantó una ceja escéptico—. Pam dice que estáis haciendo las paces.

—Me parece a mí que, con suerte, esta noche las acabaremos de hacer —le informó Héctor y miró a Ford—. No me pongas esa cara de perdonavidas, tío. Yo no hice nada para que se cabreara, todo fue un malentendido.

—Espero de verdad que tengas razón —Ford cambió el semblante y se le escapó una sonrisa—. Recuerda que cuidamos mucho de nuestra chica y no vamos a pasarte ni una.

—Y vuestra cocinera, que ya sé que os prepara unos platos para chuparse los dedos, o eso me cuenta —Héctor pasó la vista de uno a otro—. Que sepáis que Pam no necesita que la defiendan, se le da muy bien a ella solita.

—Lo de cocinar lo hace porque quiere, que conste —intervino Oliver— ya sabes que es algo que la relaja y le encanta. Y nosotros nos aprovechamos un poquito de ello. Ya sabemos que sabe defenderse, pero es nuestra mejor amiga y tenemos nuestro papel, lo siento por ti.

—Por cierto, llegas pronto —Ford miró su reloj.

—Aún no sé dónde vamos a ir, pero quiero subir al piso primero, si no os importa —Héctor los miró con expresión inocente.

—¡Ja! ¡Anda que no se te ve el plumero! —Se rió Oliver—. Pero voy a darte una pista, para que te tranquilices. Hoy cenáis en casita. Pam tiene algo en el horno. Y se está poniendo muy guapa.

—Me encantan las últimas noticias —a Héctor se le notaba en la sonrisa.

—Pues intenta no cagarla con ella, ¿vale? —Ford lo señaló con el índice—. Lo tienes todo a favor, nosotros no volvemos hasta el lunes, que vamos a una fiesta con noche incluida y el resto del fin de semana por ahí. No debería habértelo dicho, pero en el fondo no me caes tan mal. Ya te cobraré el favor en algún momento, no lo olvides.

—Gracias, sois los mejores —Héctor levantó el pulgar obviando su último comentario.

—No lo hacemos por ti, ha sido casualidad, nada más.

—¡No tengáis prisa en volver! —se despidió Héctor, mientras se colaba al interior.

La pareja se alejó riendo, mientras Oliver besaba a Ford antes de desaparecer calle abajo.

Héctor llamó a la puerta con los nudillos y oyó los pasos de Pam, cuya voz escuchó antes de que la abriera.

—¿Os habéis dejado las llaves? —su rostro mostró sorpresa—. ¡Oh! ¡Eres tú! Llegas pronto. Creí que Oliver y Ford se habían olvidado las llaves en casa, les pasa cada dos por tres. Pasa, por favor.

Héctor entró sin dejar de mirarla, estaba preciosa. Pam cerró la puerta y al girarse se topó con el torso de él, que se había pegado a

su cuerpo. Su espalda se apoyó en la puerta cerrada y la boca de Héctor se acercó a la suya lentamente, como pidiendo permiso; la suya se entreabrió rindiéndose a lo inevitable.

El beso fue incendiario; por mucho que Pam hubiera querido mantener una distancia de seguridad, la atracción podía con ella, se había quedado sin defensas. El deseo la invadió, ocupando todo su cuerpo, inundando su vientre de calor. Se preguntó si sus besos habían sido siempre tan desesperados como en ese momento.

—Te deseo —las palabras de Pam salieron de sus labios en un susurro y Héctor se apartó para mirarla a los ojos— aunque igual mañana me arrepiento de esto.

—Yo también te deseo y te aseguro que no vamos a arrepentirnos, ni tú ni yo. Es una promesa.

10

2025 – Port Angeles

Pam se sentía un poco como si ella fuera el sol y él un planeta lejano que orbitaba a su alrededor. No podía alejarse, pero tampoco acercarse lo suficiente, y no pensaba precisamente en la parte física. El miedo a abrasarse tenía mucho que ver, aunque sus labios seguían pegados.

Pam se apartó un poco, haciendo un gran esfuerzo.

—Quizá necesite más tiempo —lo miró, parpadeando.

—Basta con respirar para que el tiempo pase, cariño —Héctor volvió a acercar su boca—. No te alejes, por favor. Por favor, por favor…

No podría, eso pensó. Su corazón latía tan fuerte que tenía miedo de que hiciera demasiado ruido y lo alertara de lo nerviosa que estaba. Sabía que no volvería a ser solo sexo, ahora se jugaba mucho más. Sentía demasiado y eso era un riesgo que podía correr, o no. Héctor esperaba sin dejar de mirarla con una súplica que ella supo adivinar, escondida tras ese verde grisáceo de su iris. A través de su mirada vio más: su secreta vulnerabilidad. Héctor no era inmune a ella. Una vez le dijo que la quería, pero, después, todo se torció. Para él tampoco era solamente algo físico, tenía sentimientos por ella. La certeza hizo que se decidiera. Si se equivocaba pagaría las consecuencias, pero no iba a arrepentirse.

—De acuerdo —Pam se lanzó a sus brazos, abrazándolo con fuerza—. Estoy aquí.

Caminaron sin soltarse hasta la cama de Pam, mientras se besaban sin cesar. Besos de acercamiento, en la frente, en la

barbilla, en las sienes, en el cuello, entre risas y susurros, celebrando la noche antes de que llegara.

Aún no había oscurecido y los últimos rayos de sol se filtraban entre las persianas, reflejándose sobre la colcha azul extendida sobre la cama. Héctor le hizo levantar los brazos para sacarle la camiseta casi del tirón, tal era su impaciencia. Pam lo imitó, la ropa no era más que un impedimento para lo que ambos tenían en mente. Pam echó la cabeza hacia atrás invitándolo a besarla.

Despacio, destilando pasión, Héctor besó a Pam hasta hacerla estremecer, lo que desencadenó un fuerte deseo en su vientre. El placer abrasó sus pieles y recorrieron sus cuerpos con manos y labios, explorando centímetro a centímetro, torturándose, excitándose a la vez que se frenaban para no acabar demasiado pronto. El tiempo parecía dilatarse, volverse eterno, detenerse… sus cuerpos se unieron sin dejar resquicio alguno entre ellos, Héctor moviéndose lentamente en su interior, alargando el momento, subiendo y bajando en oleadas de un placer que los hacía volar. Toda ella era calor y entrega.

Cuando estaban en la cresta de la ola, a Héctor le pareció que los ojos de Pam se convertían en cristales azules de tan nítidos y brillantes. Entonces pronunció su nombre y su voz se le clavó justo en medio del corazón, sabiendo que no iba a moverse de allí.

—Héctor… —repitió su nombre y se acurrucó contra su cuerpo y besó su costado.

—Mmmm… —Héctor estaba en el nirvana y cerró los ojos.

—Dime que no nos estamos equivocando —Pam susurró las palabras, mientras paseaba las puntas de sus dedos sobre su estómago—, que esto significa algo.

Héctor abrió los ojos, se giró para colocarse cara a cara con ella y que pudiera apreciar su sinceridad.

—No es que signifique algo, Pam, para mí lo significa todo —le pasó una mano por los cabellos para apartarlos de su rostro—. Mírame bien y escúchame, ¿vale? Estoy completamente enamorado

de ti, ¿entiendes? Si no te lo he dicho antes con tanta claridad, es por miedo a ahuyentarte. Pero soy muy sincero cuando te digo esto. Te quiero, mujer cabezota y peleona, y no voy a irme a ninguna parte.

Pam se echó a reír al escuchar las últimas palabras.

—No soy perfecta, lo siento —se excusó, medio en broma.

—Creo que en la imperfección es justo dónde nace la belleza. Tú eres un buen ejemplo.

—Ahora sí que me tienes comiendo de tu mano —Pam se puso seria y besó sus labios—. Gracias por decírmelo, yo también te quiero y creo que esto aumenta con el paso del tiempo. Entonces, ¿nos arriesgamos?

—Por supuesto.

Héctor sintió que algo duro y opresivo desaparecía de su interior al escucharla decir esas palabras; era el miedo que no había dejado de presionar, debido a la inseguridad que ella mostraba con él.

Quizá, por fin, sus sentimientos estaban claros y podrían avanzar. El miedo era mal consejero en las relaciones.

—Por cierto, no hemos cenado —Pam se incorporó— y me acabo de acordar de que la comida está en el horno.

—¿No se habrá quemado?

—No. Lo he apagado antes de que llegaras, aunque habrá que calentar la lasaña —Pam se llevó las manos a la cara al escuchar el rugir de sus tripas—. Mi cuerpo me delata, estoy hambrienta.

—Entonces vamos a cenar, cogeremos fuerzas para el siguiente asalto —Héctor la cogió en brazos y se acercó al baño, donde se metieron juntos en la ducha.

El segundo asalto llegó antes de lo previsto.

*****

El sábado por la tarde decidieron que en algún momento tenían que salir del piso. Dieron un paseo por la zona del puerto y acabaron en la cervecería artesanal *Mighty Pine Brewing*, que a ambos les encantaba, a pesar de que Pam no bebía mucho.

Eran las seis de la tarde y el local estaba bastante lleno, aunque aún quedaba alguna mesa vacía. La sorpresa que ambos se llevaron al pasear la mirada por el local, buscando su ubicación preferida, fue encontrarse con que Luke, el hermano de Pam, y Lisa, la forense y su mejor amiga, estaban bebiendo juntos, muy acaramelados. Se reían y se mostraban totalmente centrados el uno en el otro.

—¿Tú sabías algo de eso? —le preguntó Pam a Héctor, que negó con la cabeza.

—¡Qué va! Luke nunca me había dicho que le interesara Lisa, aunque siempre ha alabado su físico, pero eso lo hace todo el mundo.

—¿Tú también? —Pam lo miró de reojo y le hizo gracia su reacción.

—Yo… bueno… Lisa es… ¡¿Te estás riendo de mí?!

—A ver, cariño, todos sabemos que a Lisa le van detrás más de la mitad de los hombres de la ciudad y una buena parte de las mujeres —Pam se rió a carcajadas— pero nunca me ha dicho que le gustara mi hermano. ¡Mira, mira!

Luke y Lisa estaban en su burbuja, ni siquiera los habían visto y se estaban besando como si se acabara el mundo.

—¿Los felicitamos o los dejamos en paz? —preguntó Héctor.

—¡¿Qué?! —Pam abrió mucho los ojos—. ¿Crees que voy a dejar tranquilo a mi hermano, cuando puedo interrumpirlo y molestarlo? ¡Eso no ocurrirá jamás!

—Tienes una vena cruel, preciosa —Héctor le pasó un brazo sobre los hombros para acercarla a su cuerpo.

—¿Ahora te enteras? —Pam se agarró a su cintura—. Vamos a saludar, que Lisa también tiene delito. No decirle nada a su mejor

amiga lo considero como un agravio y una «lesión de derechos»: los míos.

—Tienes que hacerme una lista de lo que consideras «lesión de derechos» en una relación de pareja. —Héctor la miró sonriente—. Por si acaso, prefiero curarme en salud.

—Tranquilo, te pasaré un documento con todos los puntos —Pam le siguió la broma y volvió a mirar a la mesa donde la pareja seguía en su nube—. Vamos a saludar, anda. No quiero perderme sus caras, estoy pensando en hacerles una foto para la posteridad.

Tal como lo dijo sacó el móvil y empezó a filmar mientras se acercaban.

Cuando estaban a un paso, Héctor los saludó desde su espalda.

—¡Hola, pareja! ¡Qué casualidad encontrarnos por aquí!

Lisa y Luke se separaron y se dieron la vuelta al unísono para encontrarse con un Héctor sonriente y una Pam que tenía su móvil sobre ellos a la vez que reía a carcajadas.

—¡Qué buena idea he tenido en captar este momento! —Exclamó entre carcajadas—. No os imagináis las caras que habéis puesto. ¡Pillados con las manos en la masa, para la posteridad! Vuestros nietos me lo agradecerán.

—¡Joder, Pam! —Luke ahora la miraba con el ceño fruncido—. ¿Tienes que montar un circo de todo?

—Bueno… —Pam paseó la mirada de su hermano a su amiga y los señaló con el índice—. ¿Alguien va a explicarme que es «esto»?

—No te debemos ninguna explicación, ¡cotilla! —Luke miraba a su hermana como si fuera a estrangularla.

—¡Eh! ¡Haya paz! —Intervino Lisa—. Nada de insultos, bombero, que estás hablando con mi mejor amiga.

—Algo que pareces haber olvidado —contestó Pam—. ¿Desde cuándo sales con este cafre?

—Solo hace unos días y te recuerdo que no nos hemos visto porque estabas «totalmente ocupada», y utilizo tus palabras —Lisa

la señaló con el índice— o sea que no tienes derecho al pataleo. Y no es un cafre, es un amor.

—Vale, te lo compro todo, menos lo de que no es un cafre —Pam los miró a ambos y le pasó un dedo al ceño fruncido de su hermano—. Deja el cabreo en otra parte, zoquete. En el fondo me encanta que estéis juntos, Lisa sabrá ponerte en tu lugar. Voy a disfrutar un montón con esto.

—Tú no vas a nada —Luke resopló y miró al techo—. Cómo parece que ya habéis tomado asiento y supongo que seremos cuatro, vamos a buscar más cerveza. Creo que hoy ahogaré las penas en alcohol. Pam siempre tiene ese efecto sobre mí, no sé cómo no he acabado alcohólico perdido.

Héctor y Luke se acercaron a la barra.

—Sí que ha sido una sorpresa, no puedes culpar a Pam de eso —dijo Héctor y Luke sonrió.

—La verdad es que llevamos un tiempo quedando y tonteando —confesó Luke— siempre ha habido algo entre nosotros; confieso que el año pasado nos acostamos unas cuantas veces y después lo dejamos. Creo que ambos tenemos alergia a los compromisos y nunca hemos querido acercarnos demasiado. Un exceso de química puede llevarte a pensar lo que no es. O a una explosión que después no puedas manejar.

—Puede ser, aunque no es mi caso, por si te lo preguntas.

—Te he dicho más de una vez que lo que pase entre mi hermana y tú no me incumbe en absoluto, es cosa vuestra —Luke cogió un par de jarras, mientras Héctor asía las otras dos.

—Lo sé, pero la cosa se ha puesto seria y pretendo que lo siga siendo.

—¡¿Vas a casarte con ella?! —Luke se quedó parado y un chorro de cerveza se vertió hacia el suelo, sobre sus zapatos.

—Vas demasiado rápido, colega. Pero quién sabe, no es algo que descarte —tal como lo dijo, Héctor se dio cuenta de que la idea le gustaba, aunque no iba a dejarla salir hasta estar bien seguro de que Pam no saldría corriendo.

Mientras tanto, Pam y Lisa se habían metido en los baños.

—¿De verdad te gusta mi hermano? —volvió a preguntar Pam, negando con la cabeza, como si no pudiera creerlo.

—Mira, Pam, siempre me ha gustado ¿vale? —Lisa se tapó la cara con las manos— y siempre me he resistido, precisamente porque me gusta demasiado. Ya sabes que no soy de relaciones y con el lío de una noche, solo conseguí engancharme más a él. Lo siento, pero tu hermano es adictivo.

—¡Augg! Quita esa imagen de mi cabeza. Pero, pero… ¿eso cuándo ocurrió? —Se sorprendió Pam—. Y aún más importante: ¿por qué yo no lo sabía?

—El año pasado —confesó Lisa— y, desde entonces, no me lo he podido quitar de la cabeza. Te aseguro que tu hermano es de los que dejan huella…

—¡Cállate, por Dios! —Pam se tapó los oídos— mi hermano ni siquiera tiene pene para mí.

Ambas acabaron riendo y se prometieron que no existirían más secretos. Los cuatro pasaron un buen rato y la discordia entre Luke y Pam quedó compensada con el buen humor de Héctor y Lisa, que suavizaron las continuas desavenencias entre los hermanos. Sabían que, en el fondo, se querían mucho.

*****

El domingo, Héctor tenía comida familiar en casa de su madre. Como siempre, se reunirían Lila y Mark con su bebé, así como Alina, su hermana pequeña.

Dudó durante un rato, pero al final se decidió a invitar a Pam.

En contra de lo que imaginaba, ella aceptó encantada y ambos pasaron parte del día en la casa de su madre, que se mostró satisfecha de que su hijo se presentara con una pareja que enseguida le encantó. Supo al instante que aquello pintaba bien, su hijo no era proclive a presentarle a sus parejas.

Lo que más le gustó fue constatar cómo Héctor la miraba, tal como recordaba que lo hacía con ella su añorado Dylan.

11

2018 – 2020 Kara Landon

Centro de Salud *Serene Beauty* – Los Ángeles

Kara observaba el cuentakilómetros de la bicicleta estática, mientras el sudor resbalaba por su espalda y su pecho. La camiseta estaba empapada y se pegaba a su cuerpo, un corazón acelerado pulsaba en sus sienes y el que contenía su tórax parecía que iba a estallar en cualquier momento.

Lo peor del caso era que, cuando llegara a los veinticinco kilómetros, le tocaba ir a dar golpes al saco de boxeo. Terminar el entrenamiento en la piscina era lo más soportable; a pesar del intenso ejercicio al que la sometían diariamente y sin excepción, su fuerza de voluntad no decaía, más aún cuando constataba que la balanza la premiaba con unos gramos menos cada día.

Por las noches soñaba con hamburguesas grasientas cubiertas de bacon crujiente, kétchup y mayonesa; pero, en cuanto despertaba, sus alimentos se convertían en batidos de verduras y frutas escogidas, con las calorías justas y precisas para conseguir buenos resultados para su salud. No podía decir que pasara hambre, pero anhelaba lo que se había convertido en prohibido en su estricta y controlada dieta.

El sufrimiento estaba dando sus frutos. Había adelgazado muchos kilos y su cuerpo se estaba musculando a base de esfuerzo, constancia y mucho dolor.

Mirarse al espejo era su premio. Eso, y soñar con un futuro dónde algunos ojos que recordaba bien la mirarían de otra forma muy distinta. Tejer cada hilo de su venganza le daba fuerzas para continuar.

Las operaciones eran lo peor. Mientras estaba anestesiada en el quirófano no se enteraba de nada, pero las recuperaciones no eran fáciles.

La eliminación de las cicatrices de su pierna y su brazo había sido muy exitosa. Su cara seguía igual, sería la última fase y la más complicada, según el doctor Winthrop.

Aún recordaba las explicaciones del cirujano sobre la extirpación del tejido cicatricial, la reparación del tejido circundante, la utilización de técnicas como la plastia en Z o injertos de piel. Supo cómo le extirparon las cicatrices, dejando un margen de piel sana para la reparación, utilizando suturas casi microscópicas en diferentes capas para minimizar la nueva cicatriz, que prácticamente se hizo invisible.

En una nueva operación le estiraron los muslos, lo que se llamaba una cruroplastia, eliminando la piel y grasa sobrante de la zona interna de los muslos y cicatrizando en el pliegue de la ingle. Le habían quedado unas piernas perfectas, las que ahora seguía fortaleciendo con horas y horas de bicicleta y pesos.

El ingreso en aquel centro elitista y carísimo, le hizo conocer a algunas actrices y cantantes famosas, políticos y gente que había visto alguna vez en las revistas, sobre todo individuos con grandes fortunas. Debido a la cantidad de personas conocidas y públicas que ingresaban allí, todos firmaban acuerdos de confidencialidad con la admisión, sabiendo que, en caso de hacer público lo que allí descubrieran, se exponían a demandas millonarias.

Una de las causas de que los móviles estuvieran confinados en las suites y prohibidos en las zonas comunes.

Coincidió con la protagonista de una larga serie de televisión que llevaba años en antena, aunque desde hacía un tiempo solo emitían reposiciones.

Keara Acker también había ganado un óscar en su época dorada, debido a su película estelar, *Un Juego Peligroso*, y a Kara le encantó conocerla. Era mucho mayor que ella, pero resultó ser muy agradable y cercana.

—Kara, estás fantástica —le comentaba la actriz en ese momento— de verdad que se te ve muy bien.

—Eso será sin contar con mi cara —Kara se señaló la cicatriz que aún continuaba allí—. Tengo muchas ganas de llegar a esto, pero Walter dice que es el regalo final, que aún no toca.

—Que de regalo no tiene nada —rió Keara— bien que nos lo cobran.

—Eso es cierto, cuanto más tiempo pase aquí, más se enriquecen ellos. De verdad que no sé qué haces tú aquí —Kara la miró a los ojos— tienes una cara preciosa y se te ve… perfecta.

—La verdad es que está siendo una especie de retiro —le explicó la famosa actriz— tras dar a luz a tres hijos, mi cuerpo no era el mismo, ni lo pretendo. Pero ahora que están creciditos necesitaba un respiro, alimentarme correctamente y hacer un poco de ejercicio. Alan fue quién casi me metió aquí a la fuerza. Un paréntesis necesario para coger fuerzas.

—¡Oh! Es cierto, no lo recordaba —Kara hizo memoria— estás casada con Alan Sadler, el director de cine, ¿verdad?

—Ese es el amor de mi vida —la actriz la miró con curiosidad—. ¿Alguien importante te espera fuera?

—¡Oh, sí! —Kara levantó la vista hacia las nubes que estaban oscureciendo el cielo azul—. Solo que él aún no lo sabe. Pero dentro de un tiempo, volveremos a vernos las caras.

*****

A pesar del gran esfuerzo que Kara llevaba a cabo día tras día, había momentos en los que se sentía desmotivada, como si le faltara un empujón para dar un paso más.

Las visitas con su psicólogo, Quinn Yates, solían aliviar sus malos pensamientos, aunque tampoco era algo fácil de conseguir.

En ese momento estaba en su consulta.

—Lo que ocurre es que estoy ansiosa por la cirugía en mi cara —Kara suspiró, cansada de todo—. Necesito mirarme al espejo y encontrar a otra mujer.

—Kara, entiendo tus expectativas —Quinn le hablaba con paciencia—, pero quiero que hablemos de algo. La cirugía es solo una parte del proceso y seguro que mejoras con él, pero deberías entender que también hay que saber aceptar los defectos. Es imposible ser perfecta.

—No es que no lo entienda, es que a veces me siento muy desmotivada —Kara se señaló la mejilla—. ¿Le gustaría tener una cara como esta? No hace falta que me conteste, no me gusta que me mientan. Veo a otras personas y ¡parecen tenerlo todo tan fácil! Lo que a mí me cuesta sangre sudor y lágrimas a otras les viene dado de nacimiento. ¡No es justo!

—Las redes sociales pueden ser engañosas, intenta no obsesionarte —comentó el doctor, dejando escapar una sonrisa—. Recuerda que cada cuerpo tiene su propio ritmo y tú has conseguido muchos cambios en el tiempo que llevas aquí. La clave está en tu determinación y creo que tienes mucha. Pero la obsesión es perjudicial, una línea que es mejor no cruzar. Todos tenemos defectos.

—No creo que usted los tenga —Kara se había fijado más de una vez en el psicólogo. Era un hombre muy atractivo.

—¿No te has fijado en mi cojera? —contestó Quinn entrecerrando los ojos; sabía que no era algo que pasara desapercibido.

—¿A qué es debida? Si puedo preguntar —inquirió Kara, interesada.

—A un atropello —el psicólogo sabía que no era correcto que le explicara su vida a una paciente, pero no pudo evitarlo. Kara tenía algo en su manera de ser que le cautivaba—. Yo solo era un transeúnte y me llevé la peor parte. El conductor iba borracho, pero tuvo suerte y se libró de la cárcel. Eso me hizo odiarlo, hasta que estudié mis reacciones y supe que esa no era la solución.

—Lo que yo tengo son motivos —susurró Kara—. Motivos potentes y la finalidad de conseguir devolver a otros lo que me hicieron hace años, multiplicado por mil. El puma que me hizo esto, no fue el único que me destrozó la vida.

—Las operaciones que te faltan en el rostro conseguirán que te veas hermosa, estoy seguro —Quinn la miró con fijeza y las palabras escaparon de sus labios—. Aunque yo veo tu belleza ahora, incluso con esa cicatriz. Tus ojos son increíbles.

—Hablaremos usted y yo de mi belleza cuando mi cara sea otra, se lo prometo —Kara le sonrió y se levantó, dando por terminada la sesión de ese día. Algo se había empezado a gestar en su mente.

Mientras Kara salía de la consulta del psicólogo, éste se quedó pensativo, intentando adivinar qué había querido decir Kara con sus palabras. La actitud de la chica le preocupaba y a la vez lo atraía; era un reto para él que le generaba fascinación. La vida de esa chica era como un rompecabezas.

Las pastillas que le recetaban para que descansara lo suficiente, eran maravillosas. Eso pensaba Kara cada día antes de acostarse. No sabía lo que contenían, pero dormía como un bebé, diez horas seguidas, algo que jamás había podido conseguir. Por las mañanas se despertaba fresca y sin rastro de adormecimiento o pesadez, sino ligera como una pluma.

*****

Sus brazadas seguras y sincronizadas y el aleteo de sus piernas, llevaban a Kara por enésima vez a atravesar la piscina olímpica. Al llegar a la escalerilla para salir por fin, se topó con Walter, que la esperaba con los brazos cruzados.

—¡Muy bien, Kara! —Aplaudió sonriente—. ¡Mírate, estás magnífica!

—¡Vaya, gracias! —Kara cogió la toalla y se envolvió con ella—. ¿Me esperaba? ¿Me he saltado alguna cita?

—No, tranquila, he estado analizando tu caso y ya tengo programado el quirófano para tu rostro —Walter le guiñó un ojo, con el tiempo habían cogido mucha confianza—. ¿Estás preparada?

—¡Por supuesto! —Kara dio un saltito y casi resbaló con el agua —. Eso es justo lo que tanto he estado esperando.

—En base a tus demandas —Walter la acompañó bordeando la piscina, camino a los vestuarios— tengo algunas ilustraciones que te mostraran la cara que quieres y que yo te conseguiré.

—Ya sabe que no quiero parecerme a quien era —insistió Kara. Era algo que siempre había sido su principal exigencia.

—Lo sé —el cirujano asintió sin dejar de mirar su rostro—. No te vas a reconocer ni tú misma.

Una vez vestida y en su consulta, Kara miró las imágenes del que se suponía que sería su rostro tras varias operaciones más.

—Es preciosa.

—Serás preciosa. —Walter señaló la imagen—. Y nada de excesos de *botox* o estiramientos innecesarios. Eliminaremos la cicatriz, rellenaremos las cavidades y las cicatrices serán completamente invisibles. Modificaremos tu rostro con retoques en párpados, nariz, pómulos, mentón y orejas. Elevaremos algo las cejas y el lifting será sutil, lo justo para cambiar tu fisonomía, de forma que te veas natural.

—Eso serán muchas operaciones, ¿no? —Kara quería conseguirlo, pero sabía que le llegaba otro período muy duro que superar.

—Las necesarias, pero tranquila; todo se hará a un ritmo lento, no quiero que te agobies —la tranquilizó Walter— una cosa detrás de otra. ¿Estás preparada?

—Lo estoy —Kara asintió con energías renovadas—. Y voy a pedirte algo.

—Dime.

—No quiero verme en un espejo hasta haber terminado con todas las operaciones —exigió Kara.

—No hay problema, pediré que se lleven los espejos de tu suite. Con el resto, en los lugares comunes, deberás evitarlos tú misma si es lo que deseas.

—Lo haré.

*****

Su cara estaba cambiando, aunque ella no se había mirado a un espejo todavía. No lo haría hasta que todo terminara. Las sesiones con el psicólogo Quinn Yates tomaron un rumbo no del todo inesperado. El hombre sentía una fascinación poco apropiada por una paciente, pero Kara estaba dispuesta a aprovechar aquella especial coyuntura.

Necesitaba dejar de ser virgen de una vez. Debido a sus circunstancias y a sus nulas relaciones con personas de su edad, no había existido para ella la oportunidad de tener sexo. Hasta ahora. Kara había decidido que el psicólogo le serviría para tal fin. Era atractivo y se sentía atraída por su físico. Y ella necesitaba un poco de experiencia.

Notaba su deseo, lo mismo que su embeleso por su mente. A veces lo notaba magnetizado por sus respuestas, por el odio que guardaba en su interior hacia los que le habían hecho daño. En sus conversaciones se manifestaba un interés poco profesional. Preguntas invasivas, incluidas las que se referían a su nula experiencia sexual, lo que la llevó a hacerle una propuesta en una de sus sesiones.

—Kara, ¿cómo estás hoy? —Quinn solía preguntarle eso al comenzar la sesión.

—No puedo evitar sentirme un poco nerviosa, Quinn —con el tiempo Kara empezó a tutearlo—. No es solo por las operaciones, sabes...

—Entiendo que esto puede ser abrumador. —Quinn la miró fijamente, con una ligera sonrisa—. Pero recuerda, aquí estás en un espacio seguro. Estoy aquí para ayudarte.

—¿En serio? —Kara alzó la vista, desafiando su mirada—. Porque hay algo más que quiero… algo en lo que no puedo dejar de pensar. Y tiene que ver contigo.

—Dime, Kara. Estoy aquí para escucharte —Quinn movió su cuerpo hacia ella, sintiendo la atracción que le despertaba.

—He estado pensando en cómo estas operaciones cambiarán mi vida. —Kara se acercó un poco más; se hallaban en sendas

butacas cara a cara—. Y… bueno, quiero aprovechar al máximo esta nueva versión de mí misma.

—¿A qué te refieres con «aprovechar»? —preguntó Quinn intrigado.

—Entre otras cosas, a dejar atrás mi inocencia… —Kara se mordió el labio inferior—. He estado esperando el momento adecuado, y creo que podría ser contigo. Me atraes mucho y necesito experimentar.

—Kara, eso es… —Quinn sintió un escalofrío, atrapado entre el deseo y el deber—. Es una decisión importante.

—Sé que es un riesgo, pero… tú me atraes, Quinn. —Kara frunció el ceño, sin apartar la mirada de él—. Y no busco sólo un encuentro casual; quiero que sea especial e intenso.

—Lo que sientes es real, y es difícil ignorarlo —el corazón de Quinn se aceleró, consciente de que iba a cruzar una línea prohibida —. Pero, como tu psicólogo, debo considerar las implicaciones de mezclar lo profesional con lo personal.

—¿Y si te digo que no me importan las implicaciones? —Kara acercó su mano a la de él y la acarició—. Quiero experimentar contigo, Quinn. Ayúdame a disfrutarlo. Mi cabeza está bien.

—Kara, eres increíblemente directa… y eso me encanta. Pero… —Quinn suspiró, dudando, a pesar de sentirse brutalmente atraído —. Necesitamos definir lo que esto significaría para nosotros.

—No te resistas, Quinn —Kara subió la mano por la pierna de Quinn, casi hasta llegar a su ingle—. Sé que lo deseas tanto como yo.

—De acuerdo —Quinn supo que no iba a resistirse, lo deseaba —. Pero nadie puede enterarse.

—Tranquilo, será nuestro secreto.

*****

Aquella extraña relación se prolongó en el tiempo, hasta que Kara dejó el centro. Fue algo intenso. Resultó que Quinn fue un maestro que dominaba el cuerpo femenino a la perfección; eso pensó Kara con la cantidad de orgasmos a los que la llevó sin

esfuerzo. Fue un profesor entregado, que le mostró lo que era el placer y el deseo.

Sus encuentros clandestinos fueron una distracción que ayudó a Kara a sobrellevar las operaciones aún debía soportar hasta finalizar su tratamiento. El secreto y las miradas al cruzarse por los pasillos tuvieron su gracia y Kara pensó que había elegido bien. Siempre guardaría un buen recuerdo de aquel hombre. Como psicólogo no le sirvió de mucho, pero sí como entrenador erótico.

12

2025 – Port Angeles

Los tres detectives se habían reunido el lunes a primera hora para planificar los siguientes pasos en la investigación de la muerte de Zach Warren.

—Llamadme desconfiado, pero creo que hay que indagar en la vida de Ron Parks y Sandy Mayer —Héctor puso sobre la mesa sus sospechas—. Cuando hablamos con ellos, aparte de no coincidir para nada con el resto de las personas interrogadas sobre el carácter de Warren, creo que nos ocultaban algo.

—Es cierto, Martin —corroboró Colin, que había estado con él en la entrevista—. Ambos se mostraban huidizos, como si quisieran escabullirse de dar algunas explicaciones, o como si escondieran alguna cosa.

—Si ocultan algo, no creo que sea nada bueno —comentó Martin—. Vamos a pedirle ayuda a Norma, ella siempre sabe dónde rastrear; es como un sabueso.

—Como te oiga llamarla así no va a hacernos más favores —rió Héctor—. Voy a avisarla.

Norma se mostró dispuesta a buscar lo que hiciera falta y a ponerlos al día en cuanto tuviera la información.

El teniente Lambert irrumpió en la sala con prisas.

—Detectives —todos lo miraron expectantes, Lambert no solía pasarse mucho por allí— me acaban de avisar de que tenemos a un futuro congresista republicano por Washington, postulándose para las próximas elecciones. De momento no es más que un anuncio público, pero se está paseando por todo el estado y ha elegido Port

Angeles para uno de sus primeros discursos mientras busca financiación.

—¿Y eso en qué nos afecta? —preguntó Colin.

—Directamente, todavía en nada —contestó Lambert— pero ya he puesto a todo el departamento de policía en alerta para que estén muy pendientes de posibles altercados. El político en cuestión, Baxter Todd, es bastante extremista y aquí gobiernan los demócratas. Está buscando conexión con líderes comunitarios y organizaciones locales para que lo apoyen. Os aviso para que estéis pendientes, por si detectáis cualquier cosa que os llame la atención y haya que investigar.

—Parece alguien conflictivo —comentó Héctor y Lambert asintió.

—A mí, personalmente, no me gusta nada, pero solo espero que todo esté tranquilo y que, cuando acabe, se vaya por dónde ha venido —con esas palabras, Lambert desapareció del despacho.

Norma no tardó en volver.

—Tengo datos calentitos, recién sacados del horno —señaló el ordenador— abrid el correo que acabo de enviaros, hay una serie de enlaces muy interesantes.

Los cuatro se acercaron a la pantalla de Héctor que abrió el correo y clicó el primer enlace. Era documentación de la policía del año 2013.

—¿Qué es esto? ¿Una desaparición? —Martin miró a Norma con el ceño fruncido— de una tal Kara Landon.

—Hace doce años de eso —comentó Héctor y señaló la pantalla —. Y por lo que pone aquí, nunca se localizó a la chica, que en ese momento tenía dieciséis años. Al final la dieron por muerta.

—No se encontró el cuerpo —dijo Colin, mientras leía las líneas de la descripción del suceso.

—Si seguís leyendo, veréis que el día de la desaparición no estaba sola —Norma señaló el documento para que se fijaran en el

último párrafo.

«*La desaparecida, Kara Landon, había salido de excursión por el Parque Olympic con tres amigos: Zach Warren, Ron Parks y Sandy Mayer, los tres habitantes de Port Angeles. Todos los interrogados afirman que la perdieron de vista mientras dormían un rato para descansar de la caminata. Cuando despertaron, Kara Landon ya no estaba con ellos. La buscaron durante horas, hasta que empezó a oscurecer. Volvieron al pueblo y dieron la voz de alarma a la policía. Tras infructuosas búsquedas durante varias semanas, se dio por desaparecida*.»

—Y ahí están las transcripciones de los interrogatorios a Zach, Ron y Sandy —Norma señaló otro link que Héctor abrió.

Todos leyeron las preguntas y respuestas, calcos unas de otras. O era la verdad, o se habían puesto de acuerdo en contestar con las mismas palabras para resultar creíbles. Las contestaciones eran idénticas. Se habían dormido, al despertar Kara no estaba, la buscaron hasta agotarse, volvieron a casa a dar la alarma y lloraron su ausencia. Daban por hecho que debió caer por uno de esos barrancos que parecían no tener fin en la parte más rocosa. Zonas de muy difícil acceso.

—¿Qué pensáis? —preguntó Norma a los detectives.

—Yo creo que Zach, Ron y Sandy tenían un pasado común del que quizá guardaran algún secreto —Héctor verbalizó lo que todos pensaban— y que deberíamos preguntar a la pareja sobre ese pasado y lo que ocurrió en 2013. Es posible que su nerviosismo cuando hablamos con ellos viniera de ahí. Eran poco más que adolescentes, quizá entonces no dijeron toda la verdad.

—A lo mejor no tiene nada que ver —Martin se encogió de hombros—. Al fin y al cabo perdieron a una supuesta amiga en aquel suceso.

—Sólo se trata de indagar sobre si, en su momento, explicaron todo lo que sabían —añadió Colin—. Eso no cuesta nada, no son

más que unas preguntas fáciles de contestar.

—Preparémoslas y nos presentamos en su casa sin avisar, será lo más fácil, cogerlos de improviso. —Héctor miró a Norma—. Gracias agente Stone, eres la mejor.

—Recordad eso cuando llegue a detective —se despidió y salió de la sala riendo.

*****

Como la vez anterior, Héctor y Colin se desplazaron hasta la casa de Ron y Sandy, esta vez sin dar aviso. Llamaron a la puerta y fue Sandy la que abrió. Los miró con cara de espanto y dio un paso atrás, algo que los detectives captaron al instante.

—Hola, Sandy —la saludó Héctor— esperamos no molestar, pero necesitamos haceros algunas preguntas más en relación a la muerte de Zach. ¿Está Ron en casa?

—¡Te he dicho que no abras la puerta! —se escuchó su voz a lo lejos—. No esperamos a nadie.

Antes de verlo aparecer dando tumbos, los detectives supieron que Ron iba bebido. Olía como una taberna y se tambaleaba perdiendo el equilibrio. El declive de su entonación al hablar les dio el aviso en cuanto lo escucharon.

—¿Qué coño quieren? —les preguntó de malas maneras, mientras se agarraba al marco de la puerta para no caerse.

Héctor y Colin se miraron y se entendieron sin palabras. Quizá sería bueno interrogar a Ron en su estado, ya se sabe que los borrachos suelen decir la verdad. Al menos el alcohol lo convertiría en alguien desinhibido y no filtraría tanto sus respuestas.

—Sólo queremos haceros unas cuantas preguntas más, hemos descubierto algunas cosas del pasado de Zach —respondió Colin y ambos notaron el parpadeo asustado de Ron.

—No sé en qué podemos ayudar —fue la respuesta de Sandy, que agarró a Ron de la cintura para ayudarlo a llegar al sofá del

salón—. Pasen y siéntense, por favor.

Ron tenía la mirada perdida y turbia, mientras que Sandy empezó a jugar nerviosamente con sus manos.

—¿Quién era Kara Landon? —Héctor decidió nombrar a la chica desaparecida sin previo aviso, para detectar su reacción inmediata.

Tanto él como Colin se quedaron sorprendidos. Ron y Sandy se miraron con los ojos muy abiertos y empezaron a balbucear a la vez. Acababan de ponerlos muy nerviosos con ese nombre.

—¿A qué… a qué mierdas viene eso? —Sandy miraba a los policías de hito en hito.

—¿Qué cojones… pinta Kara… esa… hija de puta? —antes de que Ron acabara la frase, Sandy le dio un codazo y casi cayó al suelo.

—Sabemos que estabais con Kara Landon en el verano de 2013, cuando desapareció —afirmó Héctor sin dejar de mirarlos a los ojos—. Vosotros dos y Zach Warren. Hemos leído vuestras calcadas declaraciones de entonces, pero solo queremos saber si aquel hecho dramático puede tener algo que ver con la muerte de Zach.

—¡¿En serio?! —Exclamó Ron con un grito—. ¿Cómo va a tener que ver algo lo de Zach con una tía estúpida que se mató en una excursión?

—¿Se mató? —Colin lo miró acercando su cara a la suya—. Según nuestros informes la chica desapareció mientras vosotros dormíais una siesta. Y nunca se encontró su cuerpo.

—¡Y yo qué sé! —Ron se pasó los dedos entre los cabellos despeinados.

—Da la impresión de que no te caía muy bien, aunque en vuestra declaración la describisteis como si fuera vuestra amiga —insistió Héctor al notar el desagrado que le producía nombrarla.

—No lo era en realidad —intervino Sandy, con las lágrimas surcando sus mejillas—. Nos burlamos de ella…

—¡Cállate! —la interrumpió Ron, mirándola con odio, mientras Sandy se llevaba las manos a su vientre hinchado.

—¡Estoy harta de callarme! —Sandy miró a los policías—. La verdad es que nosotros no le hicimos nada, solo mofarnos de ella.

—¡Qué te calles! —Ron la cogió del brazo para zarandearla, pero Colin se lo impidió.

—Ron, si no te calmas, vamos a llevaros a ambos a comisaría para un interrogatorio formal. Las manos quietas o te pongo las esposas.

—Sandy —Héctor apartó a la chica de su marido y la hizo sentar en una silla de la cocina—. Por favor, explícame lo que ocurrió hace doce años. Y que sea la verdad.

—De acuerdo; lo cierto es que necesito hacerlo, porque es algo que llevamos acarreando desde entonces y que me ha hecho sentirme mal durante demasiado tiempo —Sandy no dejaba de llorar y Héctor esperó paciente, mientras veía de reojo a Colin intentando calmar a Ron.

—Tómate tu tiempo, no hay prisa.

—Bueno, Kara era… digamos que el blanco de todas las burlas allá dónde fuera —a Sandy no le gustaba recordar aquella época—. Una niña rica con un físico… digamos que antiestético, ya sabe, muchos kilos de más y una cara poco agraciada. Ese verano, algunos chicos hicieron una apuesta, entre ellos estaba Zach. En vez de convertirla en el centro de sus pullas, haría ver que le gustaba y Zach apostó a que conseguiría que Kara se colgara de él y… la chica lo hizo. Todo el mundo se reía de ella o le hacían *bullying*; la verdad es que no sé cómo lo soportaba. Pero creyó a Zach, era un mentiroso de primera y tenía mucho éxito con las chicas.

—¿Ella creía eso en la excursión en la que desapareció? —quiso saber Héctor.

—Sí, estaba feliz cuando empezamos a subir montaña arriba y a internarnos en el bosque, pobre ilusa —Sandy acariciaba su vientre sin dejar de llorar—. Cuando estábamos solos, nos empezamos a meter con ella, la insultamos, nos reímos de su físico… ahora lo veo como algo horrible, pero entonces…

—Entonces también lo era, ¿no crees?

—Ahora lo sé, por eso necesito contarlo todo —Sandy se encogió de hombros—. Pero la verdad es que nosotros no le hicimos

ningún daño físico. La dejamos allí llorando y nos largamos. Ella no conocía la zona e imagino que se acabó perdiendo y se hizo de noche. No sabemos cómo murió, aunque seguro que lo hizo, ya que nunca la encontraron. No era lo que habíamos planeado, de verdad; solo que las cosas se torcieron.

—De acuerdo, te agradezco la sinceridad, buscaremos el nombre de Kara Landon, a ver qué encontramos, aunque si la dieron por desaparecida, supongo que no hay más que buscar ahora —Héctor miró a Sandy y negó con la cabeza—. Te aviso de que si encuentro a algún familiar y le cuento la verdad, es posible que quiera denunciaros por omisión de socorro. Sería lo justo.

—Pero nosotros no sabíamos que se encontrara en peligro —Sandy hizo un gesto de dolor y se llevó la mano al bajo vientre.

—¿Te encuentras mal? —Héctor detectó su mueca.

—¡Oh, mierda! —La chica frunció el ceño—. Creo que me he puesto de parto.

El interrogatorio acabó con Héctor llevando a Sandy al hospital, mientras Colin intentaba despejar al futuro padre metiendo su cabeza bajo el grifo de agua fría. Un día movido.

13

2025 – Port Angeles

Al volver al departamento de policía, los detectives daban vueltas a la nueva pieza del rompecabezas: la desaparecida Kara Landon.

—¿Es muy rocambolesco pensar que la chica sobrevivió y que ha puesto en marcha su venganza? —Héctor dijo en voz alta lo que todos habían sopesado como una lejana posibilidad.

—Bueno, creo está un poco cogido por los pelos —contestó Martin—. Esa chica no aparece por ningún lado desde que se dio por desaparecida. Claro que podría haber cambiado de nombre.

—Entonces tenemos tres sospechosas: el lío de Zach Warren, Stella Dean, de la que no sabemos nada; la desaparecida Kara Landon, que si estuviera viva es probable que lo odiara a muerte. Y no olvidemos a su esposa, Sarah McNee, que acababa de enterarse de su infidelidad con Stella.

—Todo un culebrón; un crack este hombre —bromeó Colin—. Especialidad: cabrear a las mujeres con las que se relaciona. Stella se ha esfumado, Kara desapareció hace doce años y se ha convertido en un fantasma, o está bajo tierra criando malvas. Y su mujer, que es la que me parece menos probable, la pobre aún parece quererle y se muestra destrozada por su muerte.

—Yo voto por Stella —comentó Héctor— ha sido la que ha estado más cerca de Zach las últimas semanas. Muy curioso que comprara un billete a Nueva York y no lo utilizara, ¿no? Hay que buscarla, creo que eso estaba hecho para despistarnos. Podemos publicar su foto para que le sea más complicado esconderse.

—También podemos buscar más información de Kara Landon en otros estados, ya que estamos —propuso Martin y miró a Héctor—. Tu amigo de Seattle, ¿puede echarnos una mano?

—Hablaré con él, si hay algo que valga la pena lo encontrará.

*****

Héctor, tal como había prometido, se puso en contacto con Jack Grayson, miembro destacado de la Brigada Central de Investigación Tecnológica. A pesar de que se dedicaba, principalmente, a investigar delitos relacionados con la tecnología y la informática, también tenían acceso a todas las bases de datos imaginables. Analizaban datos, teléfonos móviles, redes o cualquier dispositivo electrónico. En su área de trabajo rastreaban a cibercriminales, hacían análisis forenses digitales y daban apoyo técnico a otras unidades.

—¡Héctor! —Jack contestó de buen humor—. ¡No me lo digas! Me llamas para pedirme algo, como si lo viera.

—Te juro que voy a ir a Seattle un fin de semana para pasarlo contigo por los buenos tiempos, pero has acertado —el detective se sintió algo culpable; siempre lo llamaba para pedirle favores.

—No te lo tendré en cuenta si cumples con ello —Jack siempre estaba dispuesto a echar una mano y con eso contaba el detective —. ¿Qué ocurre esta vez?

—Solo tengo un nombre y poco más —explicó Héctor— pero si alguien puede hacer algo con eso, eres tú.

—¡Venga, no me hagas la pelota! —Jack rió a carcajadas— dame ese nombre.

—Kara Landon —Héctor hizo una pausa— se trata de una chica que desapareció hace doce años en el Parque Olympic, en una excursión en la que la acompañaban Zach Warren, Ron Parks y Sandy Mayer. Nunca se encontró el cuerpo, pero seguro que tú encuentras algo más de ella, aparte de lo que aparece en los registros oficiales.

—Bien… ahora mismo estoy metido en el desmantelamiento de una red criminal en línea —se justificó Jack— pero en cuanto tenga un hueco te lo busco y te lo envío. Y que conste que no se me ha pasado el detalle de que acabas de darme cuatro nombres en vez de uno. ¿Cuándo vienes a Seattle?

—Oye, ¿y si te escapas tú a Port Angeles? —Propuso Héctor—. Te aseguro que pasarás un buen fin de semana, aquí se vive muy bien.

—Hecho, te aviso para ponernos de acuerdo —Jack se mostró encantado— y de paso me presentas a esa morena de ojos azules con la que apareces en tus últimas publicaciones. ¿La cosa va en serio, o qué?

—¡Y yo que pensaba que había sido discreto! —Se rió Héctor—. Respondiendo a tu pregunta, más en serio de lo que he ido con nadie hasta ahora.

—¡Uau! ¿Qué te han dado por ahí? No pareces tú.

—¡Olvídame, capullo! Y llámame.

Jack Grayson tardó poco en enviar el correo prometido.

La información era escueta, no había mucho que leer, salvo lo que ya sabían sobre su desaparición. Aunque tenían algunos datos más. El padre de la chica murió unas semanas después de lo ocurrido, de un infarto de miocardio. El único familiar cercano que se le conocía era una tía, hermana de su padre: Johanna Landon. Según los datos consultados la mujer estaba viva y residía en Nueva York.

—La única persona viva relacionada directamente con Kara Landon es su tía, Johanna Landon —comentó Héctor con sus compañeros—. Puedo llamarla y preguntar, por si tiene alguna aportación que hacer sobre ello.

—Por probar no perdemos nada —observó Colin y señaló la pantalla— lo único que pone ahí es que se le notificó la desaparición de su sobrina.

—No debían tener mucha relación —indicó Martin— vivían muy lejos una de la otra y la tía no insistió demasiado a la policía en que perseveraran en la búsqueda y, si algo tienen en común los familiares de personas desaparecidas, es que jamás se dan por vencidas.

Héctor miró la hora, eran las tres de la tarde, o sea que en Nueva York eran las seis. Probaría a llamarla a su móvil, que aparecía en la información enviada por Jack, así como su dirección. La mujer contestó al cabo de un par de tonos.

—¿Dígame?

—¿Es usted Johanna Landon? —preguntó Héctor, amablemente.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Me llamo Héctor Laska, detective de la policía de Port Angeles en el estado de Washington.

—i¿Port Angeles?! —la voz de la mujer sonó asustada.

—Imagino que el lugar no le trae buenos recuerdos, aquí desapareció su sobrina —relató Héctor—. El nombre de Kara Landon ha aparecido por casualidad en medio de otra investigación y quería corroborar lo que usted recuerda de ese doloroso suceso.

—Bueno, ya ha visto la impresión que me ha provocado el nombre de esa ciudad —la voz de la mujer pareció recuperar la normalidad—. No me trae más que malos recuerdos. Fue un golpe que mi sobrina desapareciera y jamás se hallara su cuerpo, ni vivo ni muerto.

—¿Supo usted, en algún momento, sobre su relación con un chico algo mayor que ella, un tal Zach Warren? —Héctor lanzó el nombre, a ver cómo reaccionaba, pero no fue lo que esperaba.

—Mire, detective, me parece de muy mal gusto, que porque ustedes tengan otra investigación, ahora me llamen tras doce largos años, para revivir una historia que resultó muy amarga y dolorosa para mí —la mujer hizo una pausa—. Le ruego que no vuelva a llamar. No me suena de nada ese nombre y no quiero verme involucrada en nada que tenga que ver con ese lacerante suceso. Qué tenga un buen día.

Y, sin más, la señora Landon colgó el teléfono.

—Esto ha sido raro —comentó Héctor con sus compañeros— la tía Johanna se me ha quitado de encima como si fuera un insecto

molesto. Y, al principio, se ha asustado al escuchar el nombre de la ciudad de Port Angeles. Lo he notado en su voz.

—Ponte en su lugar, aquí perdió a su sobrina —la justificó Colin —. Seguro que es por eso, no le demos más vueltas.

En Nueva York, Johanna Landon marcó un número de móvil. Sonó cuatro tonos hasta que escuchó su voz.

—Dime, tía Johanna.

—La policía de Port Angeles me acaba de llamar para preguntarme por mi sobrina, Kara Landon. ¿Tienes idea de por qué? ¿Dónde estás ahora mismo?

*****

Los detectives seguían investigando sobre lo ocurrido a Zach Warren, cuando todo el departamento se puso en alerta máxima: Se había producido un atentado. Nada menos que al congresista Baxter Todd.

En la plaza más céntrica de la ciudad de Port Angeles, el congresista Todd se encontraba en plena campaña, recorriendo los vecindarios, haciendo promesas de cambio a la población y buscando patrocinadores, pensando siempre en las próximas elecciones. Sin embargo, lo que prometía ser un día de celebración para él y los suyos, se convirtió en una pesadilla. A escasos metros del abarrotado mitin, un disparo resonó en el aire, interrumpiendo la algarabía y dejando a todos en estado de shock. Todd cayó al suelo, gravemente herido. Se hizo el silencio y al cabo de unos segundos, la gente estalló en gritos y carreras. Una ambulancia llegó rápidamente y Todd fue trasladado al hospital.

Pam estaba siguiendo los acontecimientos desde su oficina, desde el momento en que había saltado la alarma en el departamento de policía. Sólo conocía a Todd de haberlo visto en la televisión local; sus discursos apasionados y su enfoque carismático,

pese a sus mentiras, habían atraído a muchos a la plaza, a pesar de ser un extremista de cuidado.

Por lo que contaban los informativos en las redes, se había trasladado a Baxter Todd al hospital y se luchaba por estabilizarlo; su vida pendía de un hilo.

Pam no hacía más que darle vueltas, mientras sopesaba qué tipo de persona era capaz de disparar a un hombre a bocajarro, por muy mal que le cayera el político y su discurso. Lo curioso era que, desde que lo escuchó por primera vez, siempre había detectado en el congresista esa fachada pulida que estaba segura de que escondía mucho más. Estaba segura de que no era agua clara y ese disparo le daba la razón. Debía tener relaciones poco aconsejables.

Tenía la sensación de que la historia de Todd era mucho más compleja de lo que parecía a simple vista. Había escuchado rumores sobre su implicación con un banco de alimentos local, una organización que supuestamente ofrecía ayuda a las familias de bajos recursos. No le había dado pábulo, hasta ahora.

Sin embargo, los rumores eran inciertos; se decía que algunos de los productos que distribuían en la ONG provenían de fuentes poco fiables y que la gestión de Todd podría estar vinculada a algún tipo de fraude. Eso le sopló una chica que colaboraba allí y que ella conocía por ser una administrativa de los juzgados.

Como le gustaba meter las narices dónde detectaba un problema, decidió acercarse al banco de alimentos a charlar con los trabajadores, la mayoría voluntarios. A ver que le contaban. Ese día tenía tiempo.

*****

Pam se acercó a las proximidades del Banco de Alimentos y aparcó su coche. Estaba situado en una zona del extrarradio, donde se reunían la mayoría de las fábricas de la zona. Los portones estaban abiertos y se veía parte del interior de la nave.

Montones de cajas de cartón e hileras de alimentos envasados agrupados por su contenido, a la vez que bastantes voluntarios

ayudaban a montar las cajas y etiquetarlas para su envío. En ese momento, una pequeña furgoneta aparcó cerca de una puerta lateral. Pam estaba a punto de bajar del coche, pero se quedó dentro observando a los dos hombres que descendían de ella y empezaban a descargar algunas cajas con un logo de tomate frito enlatado, que no le sonaba de nada.

En vez de dejar el cargamento con el resto de comida pendiente de seleccionar y almacenar, llamaron a una pequeña puerta con los nudillos y un hombre abrió enseguida.

Pam se bajó del coche muerta de curiosidad y se acercó a la puerta lateral, que no estaba cerrada, solo entornada. Se quedó oculta a la vista de los que se hallaban en el interior y afinó el oído.

—¿Habéis oído lo de Todd? —escuchó una voz grave.

—Sí, parece que alguien se ha cabreado, el tío cada vez pedía más comisión —contestó otro y Pam dejó de respirar, pegando la oreja a la puerta.

—¿Qué va a pasar ahora? —una tercera voz se unió a las anteriores—. Por lo que sé está vivo, pero en coma. Si se despierta, hablará. Alguien debería poner remedio a eso.

—A nosotros nos han dicho que tranquilos, seguimos igual —contestó la primera voz— y no deberíamos meternos más a fondo si no queremos tener problemas. Las latas de tomate llegarán igual, ya sabes cómo va todo. Tú sigue como hasta ahora, no hagas preguntas y pasa la mercancía. Si no abres la boca todo irá como la seda. No la cagues como el congresista de los cojones.

—Tranquilo, esta noche sale de aquí y llega a su destino.

—El próximo barco llegará en una semana, volveremos entonces.

Al escuchar pasos, Pam se apartó de la puerta y entró a la nave por la entrada principal.

Pam sintió la urgencia de profundizar en la red de relaciones de Todd. Preguntó en el interior por el responsable y reconoció la voz del tipo que había escuchado, el receptor de las latas de tomate. Se hizo pasar por una periodista interesada en dar a conocer la labor de

la fundación en su revista y aprovechó para hablar con voluntarios, donantes, socios y colaboradores del banco de alimentos. Por lo visto existía un empresario local, conocido por sus inversiones en la industria alimentaria y su influencia política, que era un donante asiduo y sustancioso. Las conexiones eran inquietantes. ¿Era posible que Todd hubiera estado involucrado en algo ilegal que manipulaba la ley en beneficio propio?

Tras ganarse la confianza de las personas que allí trabajaban y ayudar a montar unas cuantas cajas, le pidió a una de las chicas que le indicara dónde estaba el baño.

Tuvo suerte y su localización era muy cercana a la pequeña puerta dónde se habían descargado las sospechosas latas de tomate. Pero la puerta estaba cerrada, como era de esperar.

Decidió dejarlo estar, por el momento, y comentar lo que había escuchado más tarde con la policía.

Lo que no esperaba era toparse de cara con los detectives Laska y Clark, cuando se dirigía hacia su coche.

—¿Qué haces tú aquí? —Héctor levantó las cejas sorprendido—. Pensé que estabas en los juzgados.

—Digamos que he estado haciendo trabajo periodístico —Pam se encogió de hombros.

—No eres periodista, abogada, pero estoy seguro de que te encanta meter las narices donde no hace falta —contestó Héctor, sin tener claro si enfadarse o reír.

—Tenía unas horas libres y, desde que escuché lo del atentado a Todd, quise saber un poco más del banco de alimentos —relató Pam— por lo visto el congresista está muy implicado.

—Justo por eso estamos aquí —Héctor la señaló con el dedo— y eso sí es cosa nuestra, no tuya, Pamela Sanders. O sea que ¡lárgate!

—Tú no me mandas, guapo —Pam puso los brazos en jarras— pero me voy porque tengo cosas que hacer, no porque tú me lo digas.

—Bien, con eso me vale —cedió Héctor y le guiñó un ojo.

—¡Espera! Que sepas que he hecho unas cuantas preguntas y he sido testigo de una entrega de alimentos que creo que no es del todo legal —Pam se lo dijo a ambos con un bajo volumen de voz, señalando a la puerta lateral—. Intentad conseguir una lata de tomate del habitáculo al que da la puerta pequeña. Creo que lleva sorpresa dentro, aunque podría estar equivocada.

—¿Latas de tomate? ¿Nos estás tomando el pelo? —Héctor pensó que no era momento para bromas y empezaba a mosquearse —. Mira, mejor que te vayas de aquí y nos dejes hacer nuestro trabajo.

—¿Cómo habéis llegado vosotros hasta aquí? —quiso saber Pam.

—No revelamos nuestras fuentes —contestó Héctor evasivo, pero Colin sí lo hizo.

—La verdad es que poner lo que sabemos en común será lo mejor —Colin la miró y Héctor se encogió de hombros sin estar convencido—. Hemos hablado con el asesor personal de Baxter Todd, a raíz de su atentado. Nos ha confesado que estaba preocupado por la relación del político con el banco de alimentos y que su jefe no quería hablar de ello, aunque estaba seguro de que estaban en contacto. Todd estaba muy nervioso de un tiempo a esta parte.

—Todo encaja —Pam señaló la puerta— insisto en que requiséis una de esas latas de tomate, estoy segura de que no vienen de ninguna huerta.

—Con la condición de que te vayas a tu casa, o donde sea que tengas que ir —Héctor la miró esperando su respuesta y Pam asintió, sabía hasta dónde podía presionar.

Al alejarse hacia su coche, coincidió con una de las mujeres que estaban ayudando a colocar alimentos en las cajas y que también se dirigía hacia el aparcamiento. Se saludaron y la pelirroja le sonrió haciendo un gesto con la mano.

14

2023 – Kara Landon

Centro de Salud *Serene Beauty* – Los Ángeles

—¿Estás preparada? —la voz del doctor Winthrop sonó muy cerca de su oído y le erizó la piel.

—Creo que sí —a Kara le tembló un poco la voz.

Había esperado mucho tiempo, años incluso, para llegar a aquel momento decisivo de su vida y a conseguir sus propósitos. Todos sus pasos, esfuerzos, intereses y alicientes, estaban encaminados hacia el día en que se hallaba: el día en que se vería cara a cara con su nueva imagen, con la nueva Kara.

Tenía los ojos y parte de la cara cubierta con vendajes. Según le había explicado el cirujano tras las operaciones realizadas en su rostro, todas habían tenido unos resultados óptimos, justo lo que esperaban. Pero ella no había querido verse hasta estar del todo recuperada. Su maltratado ego necesitaba el impacto del cambio positivo, la inyección de endorfinas que esperaba conseguir.

La última venda, que en ese momento le devolvió la vista, era la que rodeaba sus párpados. Había sido una operación sencilla, pero el trasplante de pestañas era el último de los escollos, seguramente el más nimio.

Kara Landon no se había visto en un espejo desde hacía más de año y medio. Había cumplido a rajatabla su condición auto impuesta de no mirarse en los que existían en las zonas comunes y los había evitado a base de fuerza de voluntad.

Si algo había conseguido era esa tenacidad. Quería…, más bien necesitaba, la emoción de la transformación al completo; de su cuerpo, de su rostro, de su piel. Esa iba a ser su arma principal a partir de ahora, con la que jugaría para ganar.

Nunca había podido competir con nadie en su pasado, pero iba a resarcirse. Ya se veía pisoteando a algunas personas que seguían muy vivas en sus recuerdos, como si fueran insectos asquerosos e insignificantes.

—¿Puedo ofrecerte ya un espejo? —ofreció el cirujano abstrayéndola de sus pensamientos—. Tengo uno de cuerpo entero esperando al otro lado de la puerta.

Había sido inevitable notar los avances en su cuerpo; el ejercicio intenso, los entrenamientos en distintas disciplinas, las horas de piscina, la alimentación controlada por expertos nutricionistas… todo había dado sus frutos y no se reconocía a sí misma. El sacrificio había sido duro, agotador y persistente. Ahora faltaba su cara, «la joya de la corona», el logro que, junto con su cuerpo, conseguiría poner a algunos de rodillas. O eso esperaba.

—Sí, por favor —contestó, aguantando la respiración.

—Ven —la cogió de la mano, mientras daba orden de que entraran el gran espejo en la habitación—. Cierra los ojos.

Winthrop la acercó al enorme espejo y la colocó delante, a unos cuantos pasos, colocando las manos sobre sus hombros.

—¿Preparada? —Kara asintió, aguantando la respiración—. Pues ya puedes abrir los ojos y disfrutar de las vistas.

Kara lo hizo y en un primer momento lo vio todo un poco borroso, debido a las horas que llevaba con los ojos vendados.

Parpadeó con fuerza y recorrió la vista desde el reflejo de sus pies descalzos, ascendió por sus bien formadas piernas y valoró sus caderas que lucían las curvas justas. Su cintura era estrecha y su vientre plano y firme incluso mostraba la forma sutilmente definida de sus abdominales. Sus pechos perfectos la llevaron hasta su cuello estilizado y se llevó una mano a la mejilla en cuanto se fijó bien en su cara.

Winthrop había cumplido con lo prometido, incluso había superado sus expectativas. No era ella. Pero es que no sólo era eso, es que era preciosa. Sus ojos verdes, lo único que permanecía inalterable en su rostro, lucían mejor que nunca, orillados por esas perfectas y arqueadas cejas. Su boca perfilada y su nueva dentadura le devolvieron la imagen de una cara perfecta, como si la hubieran creado con inteligencia artificial. La cicatriz era historia, había desaparecido completamente sin dejar rastro, y su piel lucía impoluta y sedosa.

Todos los sufrimientos, los dolores, los injertos, los esfuerzos y las operaciones habían valido la pena. Nadie iba a resistirse a ella, estaba segura. Se acababa de enamorar de sí misma.

A pesar del magnífico control del que hacía gala, Kara se emocionó. Sus ojos se humedecieron y un nudo cada vez más duro se instaló en su garganta. La embargó una intensa emoción al descubrirse como una mujer nueva, como si acabara de volver a nacer. Una segunda oportunidad para volver a empezar se abría ante ella. Aunque no olvidaría nunca a la antigua Kara. Ella sería la razón de su siguiente vida. Un punto y aparte que la conduciría hacia la redención de su pasado.

Limpió sus lágrimas con cuidado con el pañuelo de gasa que le ofreció el cirujano. Se observó de nuevo con una sonrisa y giró la cara para observar el perfil perfecto de su nueva nariz, sin asomo de la curva aguileña que siempre había mostrado.

—Perfecto, Walter —le sonrió al médico— has cumplido con creces; la millonada que me ha costado estar aquí, ha valido la pena. Sólo me falta un detalle.

—¿De verdad? —se extrañó el cirujano, ya que había cumplido paso a paso con los deseos de su clienta y la veía perfecta.

—Quiero ser pelirroja y que parezca natural.

—Esa es la parte más fácil —Winthrop la miró y le guiñó un ojo — con un buen tinte en el pelo y unas mejillas un poco pecosas, vas a parecer irlandesa. Eso te lo puede hacer el tatuador. Te aseguro que parecerán naturales, tenemos al mejor.

—Entonces, en cuanto ese detalle esté resuelto me despediré por fin y volveré a casa, que ya va siendo hora.

Tal como prometió el cirujano, Kara se convirtió en pelirroja en unas horas y el tatuador de dejó un ligero rastro de pecas anaranjadas en las mejillas, que le daban un aspecto muy genuino, como si hubiera nacido con ellas.

Se despidió de Quinn, que le propuso continuar con la relación aunque fuera a distancia, verse de vez en cuando, pero Kara se negó en redondo. Quinn había servido a sus propósitos y había sido un muy buen maestro; pero allí acababa el experimento, aunque él nunca lo vio como tal y le dolió su facilidad para deshacerse de lo que habían tenido.

Antes de su partida, Kara llamó a su tía Johanna para darle la noticia que esperaba desde hacía años. La había tenido engañada, pero había llegado el momento de explicarle su plan. Aunque no al completo, por supuesto. Estaba segura de que su maravillosa tía, que era una persona muy legal, no aprobaría sus métodos.

Podría entender una parte, ya que sabía lo que ella había tenido que sufrir, pero escondería la que su tía no aceptaría jamás. Esa sería sólo suya.

—¡Hola, tía Johanna! —la saludó efusiva—. No te lo vas a creer, pero por fin voy a volver a Nueva York y voy a pasar una temporada contigo. ¿Qué te parece?

—¡Kara! ¿De verdad? —Johanna se emocionó—. Ya sé que siempre me dices que tienes mucho trabajo, pero no es excusa para que no te haya visto desde hace años. Ya te he dicho algunas veces que me estaba enfadando mucho contigo.

—Lo sé y lo siento, de verdad. Pero voy a volver, aunque tengo que avisarte de algo —Kara pensó que sería mejor ir advirtiendo a su tía—. No vas a reconocerme. No he estado solo trabajando, también me he dedicado a cambiar mi imagen.

—¿Tu imagen? —Se sorprendió Johanna—. ¿Qué has hecho?

—Bueno, me ha costado muchísimo pero me he puesto muy en forma, ya sabes; deporte y buena alimentación —Kara pensó que eso sería lo menos impactante.

—¡Eso está genial! —Se alegró su tía—. Siempre te dije que ingerías demasiada comida basura, estoy segura de que los buenos hábitos alimentarios alargan la vida.

—También me he hecho algunas… operaciones de cirugía estética para mejorar mi imagen —anunció Kara.

—Las cicatrices del ataque del puma, ¿no? —Su tía recordaba bien aquellas horribles marcas y la fuerte depresión que asoló a su sobrina—. ¿Han quedado bien, cariño?

—Ya no las tengo, han desaparecido completamente —era mejor alertar a su tía antes de que la viera en persona, no iba a reconocerla.

—Me alegro mucho, cielo y tengo muchas ganas de verte. ¿Qué día llegas a Nueva York?

—La próxima semana, debo cerrar algunos temas aquí. Te avisaré cuando tenga la hora del vuelo.

Se despidieron y Kara empezó a planear sus siguientes pasos. No había sufrido lo indecible para equivocarse ahora. Planificar era lo suyo, se le daba bien. Lo haría paso a paso, teniendo en cuenta todos los detalles. Y, para ello, lo primero era estudiar a sus antiguos «amigos». No porque tuviera muchas ganas de verlos, pero lo necesitaba. Los quería suplicando ante ella, esa era su obsesión: tenerlos a su merced.

En algún momento volvería a Port Angeles o dónde estuvieran ahora. Lo primero sería localizarlos. Si tenía que contratar a un detective privado, lo haría. Pero no todavía.

Primero necesitaba un tiempo con su tía, volver a la normalidad, si es que eso existía para ella. Se interesaría más por sus negocios, que había dejado en las manos expertas de sus principales asesores en la farmacéutica.

Le llegaban informes puntuales con los resultados de los balances y según éstos, los beneficios eran sustanciosos y aumentaban cada año.

Reuniría a la junta directiva y les pediría que la pusieran al día de todos los detalles. También iba a comprarse o a alquilar una casa cerca de Port Angeles, pero que estuviera apartada, no quería llamar la atención. Algo que no fuera llamativo y dónde pasar desapercibida.

Incluso podía buscarse alguna ocupación para parecer una más y no una turista de paso. Ya se vería.

Aunque antes de volver a Nueva York, iba a hacer otro viaje. Uno que sería para devolver el mayor favor que alguien le había hecho: salvarle la vida.

*****

Antes de salir del centro de salud, Kara había contactado con uno de los socios de su padre, el que había sido su mejor amigo, y le había pedido una nueva identidad. Conocía al hombre y sabía que se movía en la fina línea entre lo legal y lo ilícito, o la cruzaba siempre que hubiera razones suficientes para hacerlo. Además, tenía muchos contactos a ambos lados.

Le dio las explicaciones que pensó que lo convencerían: necesitaba el favor para una amiga íntima. La chica había sido atacada en varias ocasiones por su ex pareja y tenía miedo, ya que en la última agresión casi la mató. Le envió una fotografía para que le hicieran un nuevo carnet de conducir. Le dejaba a él o al falsificador la elección del nombre.

Al cabo de unos días, Kara recibió la nueva identidad para su inexistente amiga: Stella Dean. La foto era la suya, su nueva cara; una pelirroja preciosa y sonriente.

Kara viajó a Port Angeles en su avión privado. Aterrizó en la terminal del Aeropuerto Internacional *William R. Fairchild* para vuelos corporativos, una fresca tarde de finales de septiembre. Le dio orden al piloto de que se instalara por la ciudad, ya que no sabía el tiempo que iba a quedarse y necesitaba tener el avión cerca, siempre registrado a nombre de una empresa. El piloto esperaría sus

órdenes, se suponía que era una escapada corta antes de volar a Nueva York.

Kara vestía con un chándal gris, botas de montaña y un abrigado anorak. Su mochila a la espalda y su gorra mostraban a una excursionista en la que nadie fijaría su atención. Era un buen disfraz.

Y la excursión no era ficticia. Ponerse a caminar por el territorio donde su vida dio un giro inesperado y fatal, no era plato de buen gusto para ella, pero quería hacerlo y ahora estaba muy en forma. Se acercó en un coche alquilado que ya la esperaba allí, hasta dónde pudo llegar, internándose en el Parque Olympic. Sus recuerdos la acompañaron y, cuando ya no pudo avanzar más en el vehículo, al llegar a un camino que ascendía y que aún permanecía en su memoria, aparcó y siguió a pie.

Esperaba no perderse, no se veía un alma por allí y la caminata sería muy larga.

Le pareció escuchar de nuevo los rugidos del puma, mientras las nubes, que parecían lejanas hacía unos minutos, se asentaban sobre su cabeza, cada vez más oscuras, como la sombra de una pesadilla que jamás olvidaría.

Se le aceleró el corazón con la avalancha de recuerdos. Podía escuchar con nitidez las carcajadas de sus supuestos amigos, las burlas, que resonaban dentro de su cabeza, como ecos del pasado; volvió a ella la sensación de bochorno, el dolor, la vergüenza y la rabia, un cóctel que había sido la semilla que germinaría en sus ineludibles ansias de venganza.

Aquel camino en soledad no hizo más que darle la razón: necesitaba saciar su sed de revancha, devolver los golpes uno a uno. Si tenía que cavar su propia tumba lo haría, pero no sin haber enterrado primero a quienes le hicieron tanto daño.

Todavía no era el momento, pero esa escapada le serviría para reafirmarse en sus intenciones. Se concentró en no perderse y encontrar el camino hacia la vieja cabaña.

Cuando ya pensaba que se había extraviado, la detectó en la lejanía. Estaba muy cansada, pero las largas sesiones de ejercicio sirvieron de mucho para llegar hasta allí sin resollar. Había caminado durante horas, pero al divisar a Nora, algo se le expandió en el pecho. La ermitaña escuchó sus pasos y se dio la vuelta. Se la quedó mirando mientras se acercaba.

—¿Se ha perdido, señorita? —la saludó y se acercó a ella.

—No, Nora —respondió Kara— no me he perdido. He vuelto para agradecerte lo que hiciste por mí.

—¿Yo? —Se extrañó la mujer—. Perdona, chica, pero creo que no te he visto nunca, y no suele fallarme la memoria. Al menos, no todavía.

—¿Recuerdas a Kara? ¿La chica a la que atacó un puma y que cuidaste durante semanas? —Nora se acercó más a ella y la miró con cara de espanto.

—Veo sus ojos en ti, pero nada más —Nora seguía con la boca abierta—. ¿Eres su hermana o algo así?

—No, Nora; soy yo —Kara le cogió las manos—. He estado durante mucho tiempo internada en una clínica donde me han hecho muchísimas operaciones para arreglar mi físico.

—¿De verdad? ¿Tú eres Kara? —La mujer negaba con la cabeza, incrédula—. Oye, chica, no sé que buscas aquí, no tengo nada de valor, pero tú no eres Kara. La recuerdo y una cicatriz como la suya no se cura así de bien.

—La cirugía hace milagros hoy en día —Kara se descolgó la mochila de la espalda y sacó una bolsa—. Te he traído algo para agradecerte lo que hiciste por mí. Son semillas de tus plantas preferidas, para que aumentes tu huerto y plantes más flores y verduras.

—Tienes su voz —a Nora le temblaba la suya—. ¡Dios! ¡Tienes su voz!

—¡Soy yo, Nora!

La mujer se dio por vencida, y aunque no acababa de creerse que alguien pudiera cambiar tanto, lo miró desde otra perspectiva:

ella llevaba años alejada de la civilización y ahora se podían conseguir cosas imposibles. Tenía que ser eso. Hizo de ello una cuestión de fe y abrazó a Kara.

—Gracias, mi niña. —No pudo evitar echarse a llorar.

Kara la ayudó a plantar algunas semillas y le dejó algún dinero, que la mujer no quería aceptar. Era un enorme fajo de billetes de mil dólares.

—Hazlo por mí, Nora —insistió Kara— a mí me sobra y tú puedes necesitarlo en algún momento. Me quedaré más tranquila si los guardas para emergencias.

Tras un par de horas en su compañía, Kara decidió volver, no quería que oscureciera antes de llegar a su vehículo.

Mientras descendía por la ladera que la retornaría al camino de tierra, esquivando arbustos y ramas, miró a su espalda y se despidió con la mano, sabiendo que era muy probable que jamás volvieran a verse.

Tras un día agotador, pasó la noche en un hostal barato en el que ni siquiera le pidieron su identificación, no quería llamar la atención. Al día siguiente, sin cambiarse de ropa, avisó al piloto y voló a su nuevo destino: Nueva York.

Su tía Johanna la esperaba.

15

2025 – Port Angeles

En cuanto Héctor comprobó que Pam se subía a su coche y se alejaba del banco de alimentos, él y Colin se acercaron a los portones entreabiertos. La fundación tenía su espacio en aquella nave industrial a pie de calle y al acceder al interior preguntaron por los responsables.

Tuvieron una conversación con uno de ellos, que decía no saber qué relación podía tener el congresista Todd con la fundación, aparte de ser un donante activo, que siempre tenía buenas palabras para la actividad altruista a la que se dedicaban los voluntarios, alabando la entrega de los fundadores. No es que no supieran que era un político que buscaba votos acercándose a las causas altruistas, pero decían no tener mayor información.

Todo parecía blanco inmaculado, solo les faltaba que les salieran alas y nimbos a los que formaban el patronato. Ni siquiera tomaron notas, para ellos el congresista era otro santo y sentían en el alma que estuviera en coma.

Héctor y Colin salieron de nuevo al exterior y, en ese momento, se abrió la pequeña puerta lateral que les había indicado Pam. Un tipo salió sin fijarse en ellos y se alejo, móvil en mano, a la vez que se lo llevaba a la oreja y empezaba a hablar con alguien.

Como estaba de espaldas, los detectives se miraron y se entendieron sin palabras. No había cerrado la puerta con llave.

Héctor se quedó en el exterior para vigilar al hombre y Colin entró y salió con una lata de tomate frito en la mano, del tamaño de un kilo.

La ocultó bajo la chaqueta que llevaba puesta y ambos se alejaron a grandes zancadas para entrar en el coche y largarse de

allí.

Al llegar al Departamento de Policía, llevaron la lata a la División de Evidencias. Si la abrían y sólo encontraban tomate frito iban a ser la diana de las bromas durante los próximos meses, pero se arriesgarían. Al fin y al cabo, era un hurto en toda regla y sabían que a Lambert no iba a gustarle si se enteraba.

—Hola, Cody —saludaron al agente que llevaba más tiempo en aquella división—. Te traemos una lata sospechosa de contener algo que no es tomate. ¿La abrimos?

—Adelante —Cody se quedó mirando la lata con escepticismo —. Si no es tomate está muy bien camuflado, sea lo que sea.

Héctor tiró de la anilla de la parte superior y enseguida pudo determinar que el contenido no era tomate. Una bolsa de plástico envasada al vacío y llena de pastillas amarillas fue lo que encontraron.

—¿Qué tenemos aquí? —exclamó tirando de la bolsa y sacando el contenido.

—De entrada, por su aspecto, te diría que es oxicodona —comentó Cody—. Pero antes de asegurarlo, voy a analizarlo. Os digo algo en cuanto lo tenga.

—No tardes, esto es prioritario —le rogó Colin—. En el banco de alimentos había varias cajas, las cuelan a través de la fundación.

—Cajas que vamos a decomisar ahora mismo, aunque sean caramelos de limón —Héctor miró a Colin—. En la etiqueta pone tomate y está claro que no lo es. Eso ya es delito.

Ambos pasaron la información a Lambert y, esta vez, Héctor volvió al banco de alimentos acompañado de Martin y unos cuantos patrulleros. Tuvieron suerte y llegaron antes de que el cargamento de latas saliera de la nave. Los que pululaban por allí, se cabrearon mucho, pero no opusieron resistencia. Tampoco a las detenciones que los agentes que los acompañaron estaban llevando a cabo. De

momento iban todos a comisaría; los que no estuvieran implicados, saldrían pronto tras ser interrogados.

Una vez incautada la carga de pastillas, justo cuando los detectives llegaban de nuevo al departamento, Cody les avisaba de que tenía los resultados de sus análisis. Los tres se dirigieron hacia Evidencias.

—Detectives —Cody tenía algunas de las pastillas amarillas en las manos—. Parecía oxicodona, pero esa sustancia solo es el disfraz.

—¿El disfraz? —se extrañó Colin.

—Exacto, el contenido es otro opioide sintético mucho peor que la oxicodona, que sólo es el recubrimiento: es fentanilo.

—La nueva epidemia de la adicción —Héctor recordaba un caso que tuvo en Seattle—. El fentanilo es como jugar a la ruleta rusa, joder. Cada pastilla que se tragan puede ser su sentencia de muerte.

—Cierto, está a la orden del día —bufó Colin—. Además, fabricar fentanilo de forma clandestina es barato, los traficantes ven una oportunidad de ganar más dinero al presentarlo como oxicodona, que suele ser más cara, y se forran con el negocio que mata a un montón de adictos, tras llevarlos a su último viaje.

—Y, por lo visto, Todd tenía algo que ver y hay que averiguar cuánto —señaló Héctor—. Aunque estando en coma es difícil interrogarlo.

—Veamos qué nos cuentan los detenidos del banco de alimentos, seguro que hablan para rebajar sus penas.

—De acuerdo, adelantemos trabajo y también informaremos a la DEA, por si está relacionado con algún caso que estén investigando. Las drogas suelen tener los tentáculos muy largos.

Mientras los detectives realizaban todas las gestiones e interrogatorios, con la ayuda de un par de sargentos, les llegó una nueva noticia: Todd había salido del coma y se salvaría, pero esa no fue la única. Habían detenido a un tipo que se había colado en el hospital y que intentaba acceder a la habitación del congresista, armado hasta los dientes y con la intención de matarlo.

Y resultó ser que el hombre formaba parte de una banda criminal, que participaba en el contrabando de las pastillas de fentanilo disfrazado de oxicodona, a nivel nacional. La DEA les comunicó que los detenidos serían trasladados a Seattle y que ellos se ocuparían de todo, ya que estaban inmersos en desactivar la red al completo.

*****

Toda la semana resultó caótica, por lo que Héctor casi no habló con Pam, excepto por algunos mensajes y llamadas de última hora, cuando ambos estaban agotados y necesitaban dormir.

Por fin habían podido salir a cenar y se hallaban en el interior de un restaurante agradable y caldeado. Estaba llegando el frío y allí se estaba bien. Degustaban sus platos mientras comentaban lo ocurrido aquella semana. Pam también había tenido algunos defendidos complicados y su lucha ante el fiscal y el juez había conseguido buenos resultados.

—Tienes que reconocer que si no os hubiera avisado sobre las latas de tomate sospechosas, os podrían haber pasado desapercibidas —Pam estaba orgullosa de haberse puesto a fisgonear y haber escuchado la conversación por casualidad.

—Tuviste suerte —Héctor negaba con la cabeza— y te podría haber salido muy mal si te llegan a pillar cotilleando tras la puerta. Eso es ponerse en peligro sin reflexionar.

—En el fondo lo pasé bien, incluso pensé si no habría equivocado mis estudios —comentó Pam—. Creo que podría haber sido una buena periodista.

—Triunfarías en cualquier cosa que te hubieras propuesto, estoy seguro. Pero, ahora… ¡se acabó hablar de trabajo! —Héctor levantó su copa de vino—. Brindo por un fin de semana ajeno a nuestras ocupaciones, donde sólo estemos tú y yo.

—¡Brindo por eso! —Pam tocó su copa con la de él y sonrió mirándolo a los ojos—. Creo que los dos necesitamos desconectar.

—Quédate conmigo todo el fin de semana —Héctor no lo había planeado, pero fue algo que le salió de dentro, aunque Pam pareció quedarse muda.

—Bueno… íbamos a acercarnos de nuevo poco a poco, ¿no? —Habló casi en un susurro—. Todo el fin de semana son muchas horas para estar juntos. ¿No es un poco precipitado?

—Podría ser un experimento, ver cómo somos de compatibles conviviendo algo más que alguna noche suelta —propuso Héctor con una mirada suplicante—. Te echo de menos y me gusta estar contigo, pasar tiempo contigo.

—No sé… —a Pam le costaba confiar sin reservas y él lo sabía.

—¿Crees que eres la única a la que han engañado? ¿La única que lo ha pasado mal? —Héctor optó por arriesgarse para hacerla reaccionar—. No se puede rehacer el día a día si levantas muros que lo único que conseguirán es mantenerte alejada de los demás. Y yo quiero que me dejes acercarme.

—En parte siempre me ha gustado estar sola —lo desafió Pam, con un deje de terquedad.

—¡Eso es una estupidez! —Pam abrió más los ojos al escucharlo y frunció el ceño—. Si lo que quieres es espacio y soledad en determinados momentos, me parece perfecto; a todos nos hacen falta y yo me incluyo. Pero las relaciones y los vínculos son importantes y no hay porqué dejarlos de lado.

—¿Cuál crees que es el vínculo que te une a mí? —preguntó Pam sin saber si quería escuchar la respuesta.

—Si lo que estás pensando es que sólo me interesa desnudarte, estás muy equivocada, aunque me encante hacerlo —Héctor cogió su mano sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de ella—. Siento cosas por ti, Pam, ya te lo dije. Cosas profundas que me avisan de que esto podría llegar a ser muy… valioso. Puede dar miedo, lo sé. Pero deberías pensar en la posibilidad de que las cosas nos vayan bien por una vez. Ya te dije que te quiero y, aunque no suelo ser muy esplendido con mi vocabulario en ese sentido, me estoy abriendo en canal para ti. Deberías valorarlo.

—Vaya… me has dejado sin palabras. —Pam se rió y apretó más su mano—. No sé si sólo ha sido para conseguir este fin de

semana, pero ha dado resultado. Cuando acabemos de cenar, pasaremos por mi piso para que me haga un pequeño hatillo que me dure hasta el lunes. Así también dejaré a Oliver y Ford solos el fin de semana, es posible que se estén cansando de tenerme en su casa.

—Sabes que eso no es cierto, te lo han dicho mil veces. Y no pongas mucha ropa en tu bolsa, no te hará falta.

—Eres un fantasma, vamos a hacer cosas, no a pasarnos todo el tiempo en la cama.

—Ya lo creo que haremos cosas, todas las que tú quieras.

*****

El domingo por la noche, ambos estaban saciados y desnudos bajo las mantas de la cama de Héctor. Al día siguiente comenzaba un nuevo lunes y el experimento de pasar todo el fin de semana sin separarse había funcionado de maravilla. Ambos lo sabían, a pesar de sentir algo de vértigo.

Hubo tiempo para todo. Para hacer el amor, para pasear cogidos de la mano, para una escapada en el velero de un amigo de Héctor, para cenas en la intimidad y para dormirse en el sofá mirando una película aburrida. Despertares con cafés, huevos y tostadas, duchas calientes compartidas y muchas risas.

Pam sabía que no siempre sería así, que una golondrina no hace verano, que discutir era sano y que deberían sortear los problemas tal como se fueran presentando. Siempre había intentado que el amor fuera similar a la magia, pero se había dado cuenta de que estaba equivocada. Tenía claro que se había enamorado de Héctor, y la magia estaba allí sin haberla buscado.

Empezaba a ser consciente de que amar de verdad era mirar alrededor y pensar que la vida era lo que siempre había soñado, con sus más y sus menos, con sus rutinas y con sus extras. Con confianza. Pero con él a su lado.

El miedo a que todo se torciera no podía marcar sus pasos.

*****

El lunes, que debería haber sido el día indicado para seguir investigando sobre la muerte de Zach Warren, sorprendió a los detectives con el aviso de una patrulla que se encontraba en el centro de la ciudad. Se hallaban cerca del lugar en que se había dado alerta de un hombre muerto por un disparo en la cabeza, concretamente en el interior del *Feiro Marine Life Center.*

El acuario estaba situado en la intersección de *North Lincoln Street* y *Railroad Avenue*. Alertados por los escasos visitantes, que llamaron a la policía desde varios teléfonos móviles, el muerto, que seguía en el suelo, al lado del enorme tanque que contenía medusas de varios tamaños, había sido identificado. Su carnet de conducir estaba en su cartera, que seguía en el bolsillo trasero de sus vaqueros, aparte de varios billetes y un par de tarjetas de crédito, lo que descartaba el móvil de un robo.

Los patrulleros enviaron la identificación y una fotografía del cadáver. Todos lo conocían: se llamaba Ron Parks.

16

2025 – Port Angeles

Héctor y Martin acudieron rápidos al acuario, que había sido desalojado y precintada su entrada.

Los policías que habían acudido en primera instancia les informaron de que no había testigos del suceso. Era un lunes por la mañana y había poca gente en el interior, sólo unos cuantos visitantes.

La víctima se encontraba en una zona con poca luz, ya que el tanque que contenía las medusas estaba iluminado desde el fondo para ofrecer una imagen más bella de los gelatinosos animales marinos. El disparo ni siquiera se escuchó, según las personas que estaban allí, por lo que dedujeron que se había hecho con silenciador.

Una mujer, que estaba en su último curso de bióloga marina y tenía el día libre, fue la que encontró el cadáver del hombre con un disparo en la frente. Los policías la habían interrogado y después la dejaron marchar; estaba muy alterada y asustada, por lo que tomaron sus datos por si la necesitaban y la chica se fue.

En un primer momento, debido a la falta de luz, la mujer pensó en una caída o un desmayo, hasta que se acercó a socorrerlo y vio la frente perforada y la sangre abundante. Sus gritos alertaron al resto de los escasos visitantes y a los empleados, que llamaron a la policía.

Héctor y Martin escucharon todas las explicaciones y accedieron al lugar dónde se encontraba el cadáver, que estaba siendo examinado en ese instante por la forense, Lisa Baker.

—Hola, Lisa —la saludó Héctor y Martin hizo un gesto con la cabeza—. Está claro que no ha sido un ataque al corazón, ¿verdad?

—El disparo en la cabeza lo desmiente —Lisa señaló la frente del hombre—. Me han dicho que nadie escuchó la detonación.

—Es posible, si el asesino utilizó un arma semiautomática —aseguró Héctor—. Hay que buscar el casquillo, los policías no lo han visto en su primera revisión. A lo mejor el asesino se lo ha llevado.

—Cuando haya examinado la herida de bala en profundidad podré daros más información —intervino Lisa—. Si ha utilizado munición subsónica, el casquillo qué vais a encontrar está marcado, el proyectil intacto y el disparo se ha hecho a bocajarro, como es el caso; será una evidencia de que ha usado silenciador.

—Bueno es saberlo, aunque mejor sería detectar al asesino en las cámaras de seguridad —Héctor las buscó y descubrió una en la sala, aunque le pareció que el foco estaba desviado hacia el techo.

—Detective Laska —uno de los policías entró en la estancia en ese momento y señaló la esquina superior—. Hemos repasado las imágenes de la cámara y solo estaba enfocando por encima de las cabezas de la víctima y su asesino. No se ve nada. Parece que alguien se ocupó de ladearla para que no grabara lo que no querían que se viera.

—Estudiado con antelación y premeditado —Martin y Héctor se miraron—. De todas formas pásanos el enlace de las imágenes al correo. Y las de la puerta de entrada al acuario.

Martin merodeaba cerca de las paredes y las esquinas. En una de ellas había una planta decorativa de plástico que parecía natural. Al escarbar un poco en la superficie de la tierra artificial del tiesto, dio con el casquillo.

—¡Y aquí lo tenemos! —lo metió en una pequeña bolsa de pruebas—. Lo llevaremos a analizar, a ver si damos con el arma.

—La pregunta del millón es… —Héctor hizo una pausa y cogió aire—. ¿Qué hacía Ron Parks a las diez de la mañana de un lunes en el acuario? ¿Conocía a su asesino? ¿Es el mismo que el asesino de Zach Warren? ¿Es un asesino o una asesina?

—Eso son cuatro preguntas, genio —contestó Martin riendo y Lisa hizo lo mismo—. Creo que aquí ya no hacemos nada, lo mejor

será esperar al informe de Lisa, que seguro será muy rápido. Y debemos darle la noticia a su mujer. Te toca.

—Me toca, ¿qué? —Héctor lo miró frunciendo el ceño.

—Hablar con Sandy Mayer, la mujer de Ron y reciente madre, que debe estar con su bebé de… ¿tres semanas? en su casa —respondió Martin con una mano en el estómago y una mueca en la cara.

—¿En serio vas a dejarme ese marrón para mí solo? —Héctor lo cogió del brazo y lo arrastró con él hacia el exterior—. Ni lo sueñes, tío. Te vienes conmigo. Adiós Lisa, avisa cuando tengas algo más.

—Poco más tendré de lo que ya sabéis, pero os envío todo en cuanto esté analizado —Lisa cogió algunas hebras con unas pinzas y las miró a la luz—. Tengo unos filamentos de tejido que no parece de la víctima, algo es algo.

—Bueno, nosotros nos vamos —Héctor miró a Lisa antes de salir—. Por cierto, ¿sabes algo de Luke? Está desaparecido, hace días que no hablamos y, cuando intento quedar, siempre tiene excusas.

—Tienes delante a su principal excusa, cariño —Lisa le guiñó un ojo—. Ya te lo dejaré algún ratito, es que lo tengo muy ocupado al pobre.

—¡Argh! —Martin se tapó los oídos—. ¡Qué mierda, Lisa! Luke siempre me había caído bien.

—Eso no tiene por qué cambiar, ya te dije que lo nuestro era imposible —Lisa rió mientras los detectives volvían a la calle.

*****

El mal trago llegó muy pronto. Sandy Mayer estaba en casa con su bebé de pocas semanas, tal como habían previsto.

En cuanto les abrió la puerta y se dio de bruces con los dos detectives, sus rostros severos y sus expresiones contenidas, le entraron ganas de salir corriendo. Algo había ocurrido; aún no sabía el qué, pero estaba claro que nada bueno.

Ron estaba bebiendo en exceso en los últimos tiempos y su primera impresión fue que había armado algún alboroto y que estaba retenido en una celda. Justo lo que le faltaba a su estrés.

—Detectives… —Sandy llevaba a su bebé en brazos y lo acunaba sobre su hombro—. ¿Ha ocurrido algo?

—Buenos días, señora Parks —la saludo Héctor, y Martin hizo un gesto con la cabeza—. No venimos a traerle buenas noticias. ¿Podemos pasar? Será mejor que se siente.

A Sandy se le descompuso la cara y se le humedecieron los ojos. A la inestable depresión post parto que sufría desde que nació su hijo, le hacían falta muy pocos estímulos para desencadenar en una llorera desmedida.

Los tres se sentaron en el sofá del salón y las lágrimas de Sandy resbalaron por sus mejillas como ríos desbocados, con las siguientes palabras de Héctor.

—Lo sentimos muchísimo, pero hemos encontrado a su marido en el acuario… muerto de un disparo —a Héctor le faltaba el aire; dar esa clase de noticias a personas tan vulnerables, como lo era esa mujer en ese momento, lo atribulaba.

—¡¿Muerto?! —Sandy apretó a su hijo contra ella, posiblemente sin medir su fuerza, ya que el bebé empezó a llorar a pleno pulmón, como si acabara de entender que había perdido a su padre—. ¡No puede ser! ¡Dígame que no es verdad!

—Lo siento, Sandy… ¿Quiere que avisemos a alguien de su familia? —Martin intervino, pensando en que aquella mujer necesitaría ayuda lo antes posible.

—Mis padres viven lejos, pero ya los llamaré yo. Y a los padres de Ron también. —A Sandy casi no le salían las palabras, entre los hipidos que le provocaba el llanto—. No llores, cielo, no llores.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño a Ron? —preguntó Héctor.

Martin lo miró de reojo, dudando de que fuera el momento, pero entendía que debían preguntar. Quizá fuera mejor que Sandy contestara en caliente, cuando no le había dado tiempo de preparar ninguna respuesta.

—Creo que… que… ha sido ella —fue su llorosa respuesta.

—¿Quién es ella? —Héctor la miró aguantando la respiración.

—¿Recuerdan a la mujer que estaba con Zach? ¿Esa tal Stella? Sé que Ron se quedó pillado con ella en cuanto la vio, y fueron solo un par de veces —a Sandy se le secaron las lágrimas al hablar de ella—. No la he vuelto a ver, pero Ron llevaba unas semanas muy raro, sobre todo tras la muerte de Zach. Pasaba mucho tiempo fuera de casa y se escudaba en el trabajo, pero ahora tenía vacaciones por el bebé. Debería echarme una mano en casa en vez de largarse cada dos por tres.

—¿No te ayudaba a cuidarlo? —inquirió Martin.

—Desaparecía cuando le parecía con excusas baratas —recordar los últimos días fue un freno para las lágrimas y un incentivo para las palabras; el enfado se imponía al dolor a pesar de todo—. Miren, no soy tonta, yo notaba que había otra mujer. Volvía a casa oliendo a un perfume que yo nunca he tenido. Lo peor de todo era constatar lo poco que le importaba nuestro bebé, como si alguien le hubiera modificado el cerebro o algo así. No parecía él, en absoluto.

—Volveremos a buscar a esa mujer, aún lo estamos haciendo desde el asesinato de Zach Warren, pero es escurridiza como una anguila, ha borrado bien su rastro. Posiblemente ni siquiera se llame Stella —Héctor se sentía fatal por ella, algo se les escapaba y, a la vez, algo le rondaba por la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta que te resultará extraña?

—Claro —Sandy suspiró y besó la cabeza de su bebé, que por fin había dejado de llorar y se había quedado dormido.

—¿Te ha parecido ver en algún momento en la ciudad a la desaparecida Kara Landon de hace doce años? —Martin lo miró alzando las cejas y notando que la tuteaba para obtener mayor cercanía.

—No, ni hablar —Sandy negaba con la cabeza, convencida—. Le aseguro que, a pesar del tiempo transcurrido, la hubiera reconocido y estoy convencida de que murió hace años, cuando desapareció en los bosques. No me siento orgullosa de lo que ocurrió entonces, pero esa chica se perdió en la montaña y debió

caer por algún barranco. Nunca más supimos de ella. Si Kara hubiera «resucitado» y se estuviera vengando de los que se burlaron de ella entonces, yo sería su próximo objetivo, se lo aseguro. La que ha hecho esto es una furcia despiadada roba maridos. Una asesina que está muy, muy loca. Primero Zach y ahora Ron. ¿Quién será el siguiente?

—¿La has visto con Ron en algún momento? —quiso saber Héctor.

—La verdad es que no, solo es una intuición. No puedo asegurar que sea ella la que ha tenido a Ron fuera de casa.

—Lo investigaremos a fondo, pero ahora deberías avisar a tu familia y descansar —Héctor se levantó y Martin lo imitó—. Llama si recuerdas algo o si nos necesitas.

—Te avisaremos en cuanto el forense acabe la autopsia y envíen el cadáver a la funeraria —Sandy asintió y volvió a llorar, abrazada a su bebé. Se ovilló en el sofá, mientras los detectives salían al exterior.

*****

Por la tarde, las grabaciones de las cámaras de seguridad del acuario los tuvieron atentos a las imágenes hasta localizar a una mujer que entraba mirando a sus pies, con un pañuelo en la cabeza del que emergía un flequillo tupido, una larga melena rizada y rubia, y unas gafas de montura gruesa. Llevaba unos vaqueros, un chaquetón ancho y largo, y unas botas planas.

—Esa es, supuestamente, la bióloga marina —Héctor acercó la imagen— que parece ir bien camuflada ¿no? Es muy sospechoso no levantar la mirada de sus pies ni un segundo. No se le ve la cara en ningún momento. Y con esas gafas y el flequillo, menos.

—No coincide para nada con la Stella pelirroja de Zach —comentó Colin—. Al menos a simple vista.

—El color del pelo puede cambiarse y las pelucas se compran en cualquier sitio —Héctor volvía a la grabación y se fijaba en cada detalle—. ¡Joder! Hay algo que me resulta familiar…

—¿Te recuerda a otra rubia? —Colin se rió.

—No, no… nada de eso. Es su forma de caminar, eso es; elegante y pausada.

—¿Elegante y pausada? —Martin se unió a los coros de risas.

—Reíros lo que queráis, pero os digo que esa es Stella Dean, disfrazada —las risas cesaron—. Vamos a buscar las grabaciones que teníamos de Stella y a compararlas. Tampoco se le veía bien la cara, pero veréis que sus movimientos son idénticos. Las cotejaremos. Mirad, entró cinco minutos después de Ron. Casi seguro que habían quedado en el interior del acuario.

—La policía la interrogó antes de que llegáramos nosotros —recordó Martin—. Hay que leer la transcripción y buscar a esa mujer, ya.

La lectura del interrogatorio de los policías que llegaron en primer lugar al acuario, era bastante escueta. Sencillamente la mujer se había encontrado con un muerto y había avisado a los agentes de la ley, pero aseguraba no había oído ni visto nada. Como entregó su documentación sin problemas y quedaron registrados sus datos, por si se la requería durante la investigación, no se entretuvieron más con ella y la dejaron ir.

Al menos tenían información sobre Lily Parris, ese era su nombre.

La fotografía del carnet era la de una mujer joven con el pelo largo y rubio y unas gafas grandes con los cristales ahumados, la misma mujer que había registrado la cámara.

—Bueno, pues vamos a localizar a Lily Parris —comentó Héctor a Norma, que se había acercado para echarles una mano con las búsquedas.

—¿Tienes la dirección? —preguntó Norma— así será más rápido.

—Su dirección es de Seattle, ya se lo dijo a la policía —Héctor le leyó los datos, la calle, el número y también se fijó en que estaba

su número de móvil—. Vive en la ciudad y está acabando allí su carrera.

—Aquí la tenemos —Norma se quedó en silencio y frunció el ceño—. Creo que lo que tenemos es un problemilla.

—¿Qué pasa? —intervino Colin, que los estaba escuchando.

—Que la Lily Parris que vive en la dirección que me acabas de dar —respondió Norma alzando las cejas— tiene ochenta y dos años, es una maestra jubilada y vive sola.

—¡No me jodas! —exclamó Martin—. Es una identificación falsa.

—¡Y tan falsa! —Norma los miró de hito en hito—. La señora denunció que le habían robado el bolso con su documentación hace tres semanas, mientras estaba tomando una infusión en una cafetería. Su carnet debía estar modificado por algún experto que le cambió la foto.

—O sea que nuestra bióloga marina no es más que una impostora —Héctor notaba que se estaba cabreando por momentos — y, muy probablemente, la asesina de Ron Parks.

—Ahora nos toca encontrarla —Colin lo miró con una mueca—. No creo que sea fácil, esa tía sabe esconderse.

—Y apostaría a que Lily Parris y Stella Dean son la misma persona —advirtió Héctor y sus compañeros asintieron.

Era muy posible que tuviera razón.

17

2023 – 2024 Kara Landon

Nueva York

Su avión privado estaba a punto de aterrizar en Nueva York. Kara estaba nerviosa. Su encuentro con su tía Johanna iba a ser impactante para ella. Tendría que darle los detalles de lo que habían sido aquellos años en el centro de salud, relatarle sus operaciones y esfuerzos durante tantos meses.

Por supuesto, obviaría sus intenciones para el futuro. Se ocuparía de sus negocios desde la distancia, como siempre había hecho, ya que no quería convertirse en una persona pública. Normalizaría su vida en lo posible, sin llamar la atención. Sus dos empleados más cercanos, ejecutivos de la empresa, y su abogado, eran los únicos que sabían dónde había estado ingresada y sus acuerdos de confidencialidad le daban a Kara la tranquilidad que necesitaba. Por algo recibían a cambio incentivos millonarios que no iban a poner en peligro por irse de la lengua. Para el resto de accionistas era una cara oculta tras el apellido de su padre y poco más, una inexistente hermana de Kara Landon que había tomado el mando. Para el resto del mundo estaba muerta.

Kara había tejido una capa de protección a su alrededor por muchas razones; para no dejar que nadie se le acercara lo suficiente como para volver a hacerle daño; para esconder y enterrar a la niña asustada sin dejar rastro de ella, para planificar sus próximos pasos sin interferencias.

Ahora tendría cerca a su tía Johanna, pero en parte la necesitaba. Ella había sido su muleta cuando su mundo se desmoronaba, la única que la había querido desinteresadamente. Su alma bohemia era pura, no tenía maldad. Jamás había conocido a

nadie tan altruista y generosa con su cariño. Justo por eso no quería hacerle daño alguno, por lo que debería mantenerla en la inopia sobre sus intenciones. Era lo mejor para ella.

De ninguna manera Johanna entendería los propósitos futuros de Kara, por lo que debería ocultarlos muy bien. Lo primero sería contratar a un detective que investigara a fondo a algunas personas, las que estaban en su punto de mira desde hacía años, las que se habían convertido en la diana en la que volcaría todo el odio acumulado.

No la avisó de su hora de llegada, prefería sorprenderla y lo consiguió. Eran casi las diez de la noche cuando llamaba a su puerta. Escuchó sus pasos y percibió el movimiento de la mirilla de la puerta.

—Soy yo, tía Johanna —el pomo no se movió—. ¡Soy Kara!

—¿Kara? —su voz mostraba la enorme sorpresa que se dibujó en su rostro al observarla de cerca—. ¿De verdad eres tú?

—Creo que soy mi otra yo —Kara se lanzó a darle un abrazo a su tía—. Ya sé que he cambiado mucho, pero espero que me aceptes igual.

—Deja que te mire —ambas se adentraron en el interior de la casa y Johanna cogió a su sobrina por los hombros, fijando la mirada en su rostro y negando con la cabeza—. Si no reconociera tu voz y tus ojos, juraría que eres otra persona. Este inmenso cambio tiene que haber dolido. Aunque reconozco que estás preciosa.

—No imaginas cuánto ha dolido —a Kara se le humedecieron los ojos—. He perdido la cuenta del número de operaciones que he soportado, pero necesitaba esto para sobrevivir. Sabía que sufrirías si hubieras estado al tanto, por eso te lo oculté.

—Creo entenderlo… en parte —Kara notó vacilación de su tía—. No sé si en tu lugar hubiera sido capaz de pasar por tanto.

—Es difícil ponerse en mi lugar si no has estado en mi piel —las dos se sentaron y se cogieron las manos— sólo espero que me

aceptes como soy ahora. Que sepas que soy la misma persona, sólo que mucho más segura de sí misma.

Kara notó un pinchazo en el pecho con su mentira piadosa, así la veía ella. No era la misma y lo tenía muy claro, pero no iba a dejarle ver a su tía el rencor y la rabia que albergaba en su interior. Eso era suyo, casi algo íntimo que se había concebido a fuego lento, que otros habían sembrado en su interior para que ella lo hiciera crecer. De momento estaba encapsulado y escondido, pero en algún momento estallaría. No tenía la culpa si sus agresores y bravucones «amigos» habían creado a un monstruo.

—Por supuesto, cielo —Johanna la abrazó de nuevo— no sabes lo feliz que me hace que hayas vuelto a casa.

—Pasaré mucho tiempo a tu lado, te he echado de menos —admitió Kara— aunque voy a instalarme en la casa de mi padre, la que ahora es mía. Ya he ordenado que la limpien, he renovado algunas habitaciones antes de llegar y he incluido un gimnasio. Necesito mi independencia. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto, pero me consuela que vayas a estar cerca —Johanna sonrió— y espero que no empieces tu nueva vida antes de que llegue el lunes. Este fin de semana es para tu tía, me lo debes. Quiero que me expliques todo lo ocurrido con detalle, ha sido mucho tiempo el que has estado fuera.

—Eso me parece perfecto.

*****

Habían pasado algunas semanas desde su regreso a Nueva York, cuando Kara se puso en contacto con su abogado para que le encontrara un buen detective privado.

Buscaba a alguien que, principalmente, fuera de confianza. Le pagaría el triple de lo que cobrara por sus servicios al resto de sus clientes, pero le urgía una persona que fuera de fiar, que no abriera la boca y que se mostrara muy discreto en sus averiguaciones. La lealtad era cara y ella era muy rica.

Su abogado tardó casi dos semanas más en ponerse en contacto con ella. Tenía al detective: Cam Roberts. Un tipo con mucha experiencia. En su historial constaba que había pertenecido al FBI, pero que lo dejó por voluntad propia debido a las estrictas reglas de los federales, que no lo dejaban trabajar a su aire. La manera encorsetada de proceder de los cuerpos de seguridad no iba con él, por lo que hacía años que trabajaba por su cuenta con muy buenos resultados. No era barato, pero eso no tenía importancia alguna para ella, le habían asegurado que era el mejor. Le pagaría lo que pidiera y más.

Kara tenía confianza casi ciega en su abogado, por lo que se avino a tener una entrevista con Cam Roberts para decirle lo que esperaba de él.

Esa misma tarde, el detective privado acudió a su casa y Kara lo recibió en la puerta. Se sorprendió gratamente al observar a ese hombre de cara agradable, pelo abundante y oscuro, labios carnosos y cuerpo trabajado en el gimnasio.

—Supongo que es usted la señorita Landon —las saludó Cam y se estrecharon las manos—. Encantado de conocerla.

El repaso visual que el detective no pudo ocultar, provocó un amago de sonrisa en Kara. Le sería fácil meterse en su cama si encajaba en lo que buscaba para el trabajo que quería encomendarle.

Aún no se había acostumbrado a esas miradas apreciativas cargadas de deseo que le dedicaban la mayoría de hombres y un buen número de mujeres. Era algo que no dejaba de sorprenderla, el físico lo era todo en aquel mundo rebosante de falacias.

—Sí, soy Reena Landon —era la identidad fingida de su supuesta hermana inexistente, que utilizaba ante los desconocidos —. Pase y siéntese, por favor.

En cuanto estuvieron acomodados en el larguísimo y curvo sofá, con una mesilla baja entre ellos, Kara inició la conversación.

—Supongo que mi abogado ya le habrá informado sobre sus emolumentos. Eso no será ningún problema y espero que esté usted de acuerdo —quiso dejar claros algunos puntos.

—Por supuesto, es usted muy generosa —Cam asintió apartando los ojos con esfuerzo de esas piernas tan bien formadas —. Aunque no me ha aclarado cuál es el objetivo de mi trabajo.

—No se lo he dicho porque prefería hablar directamente con usted —Kara lo miró a los ojos y le gustó lo que vio; era una mirada franca y directa de ojos castaños—. Quiero que investigue a tres personas que hace años vivían en Port Angeles, en el estado de Washington. Lo cierto es que no sé si siguen allí o están en Alaska, en Europa o en Australia; no tengo ni idea. Mi deseo es que los encuentre, indague sobre sus vidas, les siga los pasos y me traslade lo que ocurre en su día a día: de qué trabajan y dónde, si tienen familia, parejas, hijos; quiero conocer sus costumbres, cuándo entran y salen, quiénes son sus amigos, conocer su entorno… toda su vida. Quiero saberlo todo sobre ellos. Y no me refiero sólo a lo que encuentre en las redes o en internet, eso es demasiado fácil. Necesito que los observe de cerca, los controle, los siga y me traslade su realidad con todo detalle. ¿Cree que podrá hacerlo? Incluyendo grabaciones y fotografías.

—Podré hacerlo, por supuesto —Cam se la quedó mirando con mucha curiosidad y entrecerró los ojos—. ¿Va a decirme cuáles son sus intenciones con esas personas? ¿Son delincuentes, o algo similar?

—Eso es cosa mía, quiero al mejor detective y me han dicho que es usted —Kara contestó alzando la barbilla, nada dispuesta a dar más explicaciones, y fijando la vista en su boca.

—Está claro, no es de mi incumbencia —Cam dejó escapar una sonrisa, le gustaba mucho esa mujer—. No hay problema. ¿Va a darme esos nombres?

—De momento serán tres, aunque no descarto ofrecerle algunos más cuando compruebe los resultados —Kara inclinó la

cabeza con un gesto de coquetería y le pasó un papel y un bolígrafo por encima de la mesa—. Grábelos en su memoria, Cam: Zach Warren, Ron Parks y Sandy Mayer. Y recuerde que ha firmado un acuerdo de confidencialidad.

—Por supuesto.

*****

El detective fue concienzudo. Localizó enseguida a sus objetivos, dado que seguían viviendo en Port Angeles; fue fácil. Enviaba información a Kara semanalmente; videos, imágenes y ficheros con largas y detalladas explicaciones. Kara pudo meterse en la vida de aquellas tres personas desde la distancia. Los casi tres mil kilómetros que los separaban no parecían más que unos metros cuando observaba sus rostros en la pantalla gigante de su ordenador.

Zach Warren seguía siendo alto y guapo, los años lo habían tratado bien, aunque su vida seguía siendo igual de mediocre que tiempo atrás. Trabajaba en una conocida empresa de muebles de la ciudad, se las daba de directivo ocupado, pero no dejaba de ser un vendedor con ínfulas. Se había casado con una tal Sarah McNee y tenía un crío de un año. Kara observaba su vida y se imaginaba a sí misma destrozándola, exactamente como él le había despedazado la suya una vez. Rompiéndola, haciendo jirones para que resultara irrecuperable.

Ron Parks seguía con su novia de la adolescencia, la Sandy Mayer cuya cara oculta llegó a conocer tan bien. Eran tal para cual. Vasallos del gran Zach, adulando siempre a su líder, haciéndole la pelota y obedeciendo sus dictados, como lacayos bien adiestrados. Ella se ocuparía de tomar el mando. Ron la seguiría como un perrito faldero y ella le iría dejando migajas para que no se perdiera y se dirigiera justo dónde ella quería.

¿Qué sería lo mejor para hacer sufrir a Sandy? Seguramente ocuparse de Ron primero, por supuesto. Lo haría babear y lo

apartaría de su mujer, de la que seguro ya estaría muy aburrido tras tantos años de convivencia.

Y después se ocuparía de ella, de la estúpida Sandy Mayer. Su risa estruendosa y aguda aún aparecía a veces en sus pesadillas. Ellos la insultaban y ella reía sin parar, como una hiena apestosa. Sería un placer ver como rogaba por su vida, la quería de rodillas ante ella, implorando piedad.

Pero aún no era el momento… ahora debía planificar bien cada paso.

*****

Cam Roberts había cumplido y su trabajo era inmejorable. Conocía la vida de sus «mejores amigos» mejor que ellos mismos. Le pagó lo acordado más una buena propina de varios miles de dólares, con el pacto de que la confidencialidad era lo prioritario, a lo que Cam se avino. No conocía sus intenciones y prefería no saberlas; él había cumplido con su cometido.

La atracción que había surgido entre ambos no había dejado de crecer, por lo que Kara decidió que quería tener una nueva experiencia, Quinn ya era pasado.

Se sedujeron mutuamente; unas cuantas frases con segundas intenciones, algunas miradas calientes cargadas de deseo y acabaron en la cama de Kara dando rienda suelta a una necesidad que no había parado de crecer.

Kara sentía una contradicción en su interior al ver que ahora todo era tan fácil. Se recordaba en su adolescencia, con su cuerpo de entonces y le entraban ganas de mostrarle una imagen a Cam y decirle que en realidad se estaba acostando con aquella chica. Pero cuando captaba esas miradas anhelantes, se olvidaba de ello y se dejaba llevar.

Kara, en el fondo, estaba disfrutando del proceso, ahora que podía mirarse al espejo y saber que nadie vería más allá de su físico.

Un físico que le había costado sangre, sudor y lágrimas. Tampoco nunca nadie había hecho el esfuerzo de mirar más allá, ni antes ni ahora.

Era algo que le resultaba deprimente; las apariencias dominaban la percepción del mundo, donde lo visible y lo inmediato parecían haber sustituido a lo auténtico. Nadie se había interesado jamás por conocer a la auténtica Kara.

Siempre había sabido que la apariencia física a menudo desencadenaba juicios rápidos y erróneos sobre su carácter, su inteligencia o su personalidad. Ahora iban a enterarse de en qué la habían convertido con sus pullas y su acoso. Sabía que había cambiado mucho con el tiempo, pero ahora no había marcha atrás.

Exceptuando a su tía y a la amable Nora, el resto del mundo sólo era capaz de quedarse en la superficie.

Pero nadie imaginaba cuánto había cambiado por dentro, incluso más que por fuera.

Pronto tendría la pala imaginaria en las manos para empezar a cavar las tumbas; si una debía ser para ella, lo aceptaría. Nada ni nadie la detendría.

18

2025 – Port Angeles

Las indagaciones sobre Lily Parris, la falsa bióloga marina, dieron como resultado lo que ya imaginaban. La supuesta asesina había suplantado la identidad de una anciana profesora jubilada a la que habían robado el bolso hacía unas semanas.

El hecho de que supusieran que la tal Lily era en realidad Stella Dean, les hacía adivinar que ese nombre también era falso.

Al buscar información sobre Kara Landon, ya que Héctor no dejaba de relacionar esa desaparición con las recientes víctimas, sólo encontraba las noticias de hacía doce años en distintos medios: televisión, radio y prensa; poca cosa en redes sociales. Los archivos policiales eran un reflejo de las intensas búsquedas efectuadas en su momento, sin que dieran resultado alguno. El caso se cerró al cabo de dos años, debido a la falta de avances. Kara Landon, o había desaparecido voluntariamente o estaba muerta en algún recóndito lugar entre las montañas dónde se perdió.

Al buscar información sobre su herencia, constató que la empresa farmacéutica de su padre, el difunto Adam Landon, seguía en funcionamiento, dirigida por una cúpula formada por empresarios, socios y accionistas (entre ellas Johanna Landon). Y por Reena Landon, la hermana de Kara.

Héctor pensó que si hubiera visto antes ese nombre en la investigación, lo recordaría. Pero no aparecía por ningún lado.

¿Cómo era posible que desapareciera una joven y no se interrogara a su hermana? Tomó nota mental de intentar hablar con esa mujer y hacerle unas cuantas preguntas.

Aunque, en ese momento, se estaba preparando para asistir al sepelio de Ron Parks. Habían pasado un par de días y, aunque no le

apeteciera en absoluto, sería mejor que acudiera para echar un vistazo a los asistentes. Por si acaso.

Martin y Colin se desmarcaron con la excusa de que tenían otros temas pendientes. Al salir del departamento de policía, Héctor se topó con Pam, que entraba en ese momento.

Su rostro estaba ceniciento, tenía unas marcadas ojeras y Héctor la detuvo para mirarla con detenimiento.

—¡Eh! ¡Frena un momento! —La cogió por los hombros—. ¿Te ha ocurrido algo? Tienes muy mala cara.

—¡Tú sí que sabes halagar a una mujer! —Pam le dedicó una forzada sonrisa—. Me encuentro fatal, creo que he pillado algún virus estomacal, o algo parecido; vómitos, mareos y escalofríos. Un buen surtido de síntomas alarmantes. Eso sin tener en cuenta que quiero morirme.

—¡Vaya, lo siento! —Héctor le besó la frente—. ¿Qué haces aquí entonces? Vete a casa a descansar.

—No puedo, me esperan para un interrogatorio —Pam se encogió de hombros, iban cortos de personal—. Tengo a un par de detenidos ahí dentro que esperan a que alguien los defienda y esa soy yo. En las últimas semanas ha habido un repunte de detenciones y estamos todos muy ocupados, no damos a basto.

—Si no estás bien no deberías trabajar, aunque ya sé que no me harás ningún caso —Héctor negaba con la cabeza—. Al menos, déjame cuidarte esta noche.

—No necesito que me cuiden, detective Laska, ya deberías saberlo —Pam le puso el dedo índice en medio del pecho—. Aunque, si no temes que te ataquen mis virus, puedes pasar la noche conmigo. Pero ya te aviso que no voy a salir a cenar, solo pensar en comida me entran náuseas.

—Hecho. —Héctor le acarició la melena oscura; estaba deseando besarla, pero al estar justo en la puerta de entrada del trabajo no parecía lo más correcto—. Ahora me voy al sepelio de Ron Parks. Avísame antes de irte a casa y me iré contigo.

—Ya me he enterado de lo de Parks, mucha casualidad tras la muerte de su amigo Zach, ¿no?

—Elemental, querida Sanders —rió Héctor— algo huele a podrido. Nos vemos luego.

*****

Héctor volvía a encontrarse en el *Mount Angeles Memorial Park*, el cementerio cercano a las transparentes aguas del Estrecho de Juan de Fuca. Habían pasado algunas semanas desde el entierro de Zach Warren y, esta vez, el aire era muy frío. El día estaba nublado y el follaje denso y alto de los cipreses creaba un movimiento ondulante sobre las cabezas de los escasos asistentes.

Esperaba encontrar más afluencia despidiendo a un hombre joven que había muerto asesinado, pero le sorprendió la poca concurrencia, casi nula. Algunos familiares, su viuda, Sandy Mayer, que mecía el cochecito donde dormía su bebé y unos cuantos amigos, muy pocos en realidad.

Había investigado un poco a Ron Parks y descubrió su protagonismo en unas cuantas trifulcas debido a su alcoholismo. Por lo visto, de vez en cuando se liaba a puñetazos con quién osara molestarlo cuando estaba bebiendo, o con algunos clientes descontentos de su taller mecánico.

No era un tipo de relaciones fáciles, aunque a parte de alguna noche en el calabozo, no había dado problemas más graves.

El detective dedujo que su forma de ser no tenía nada que ver con su asesinato, y tampoco encontró a nadie en el funeral que le resultara sospechoso. Se fijó especialmente en las mujeres, pero ninguna de las escasas asistentes le recordó para nada ni a Stella Dean, ni a Lily Parris.

Conversó con los familiares sin sacar nada en claro. Con Sandy desistió, la pobre chica estaba destrozada y tenía la cara abotargada de tanto llorar.

*****

Al volver a las oficinas comentó con Colin y Martin lo que opinaba sobra la supuesta hermana de Kara Landon.

—¿No os parece extraño que en los interrogatorios de la desaparición de la chica nadie hablara con su hermana? —les preguntó.

—He repasado los informes y en ninguno consta que tuviera una hermana, eso es aún más raro —comentó Colin—. Solo aparecen su padre y su tía y algún otro familiar lejano. Y su abuela, la que vivía a aquí y que acabó en una residencia de ancianos con alzhéimer. Murió al cabo de unos meses.

—Norma ha hecho una intensa búsqueda de Reena Landon en internet y solo ha hallado su nombre relacionado con la farmacéutica y ni una sola imagen —añadió Martin.

—Entonces toca intentar contactar con ella a través de los números de teléfono de la farmacéutica —dedujo Héctor haciendo una mueca.

—Buena suerte con eso… —Colin y Martin se echaron a reír. Llamar a una gran empresa y esperar hablar con una persona de carne y hueso era como una quimera.

No les faltaba razón. Héctor localizó un par de teléfonos de la empresa y marcó los números.

Tras tres tonos apareció un contestador automático.

«*Bienvenido a PharmaTech. Si desea hablar con el departamento de ventas, pulse 1. Para atención al cliente, pulse 2. Para consultas administrativas, pulse 3*.»

A Héctor no le pareció muy prometedora la propuesta. Quizá lo mejor fuera la atención al cliente. Pulsó el dos y esperó.

«*Lo sentimos, nuestros gestores no están disponibles. Para dejar un mensaje, pulse 1. Para volver al menú anterior, pulse 2.*»

Héctor suspiró y pulsó 2. Tuvo que hacer tres intentos antes de que le contestara un gestor de atención al cliente.

—Atención al cliente de *PharmaTech*, ¿en qué puedo ayudarle? —por fin escuchó una voz humana.

—Buenos días, llamo del departamento de policía de Port Angeles, en el estado de Washington. Soy el detective Héctor Laska y deseo hablar con la señorita Reena Landon debido a una investigación en curso.

—La señorita Reena Landon no se encuentra en las oficinas, lo siento pero no puedo ayudarle —la voz monocorde del operador se quedó a la espera.

—¿La señorita Landon tiene un asistente personal con quien pueda comunicarme? —Héctor hizo el intento de hablar con alguien cercano a ella.

—Por supuesto, le paso —Héctor se quedó a la espera de nuevo, hasta que escuchó otro contestador.

«*Ha seleccionado la opción para hablar con la asistente de la señora Landon. Para asistencia en proyectos, pulse 1. Para consultas personales con la señora Landon, pulse 2. Para volver al menú anterior, pulse 0*.»

Héctor, bastante harto, pulsó el 2.

«*Lo sentimos, la asistente de la señora Landon no está disponible para atender su llamada. Para dejar un mensaje, pulse 1. Para más opciones, pulse 2.*»

Aquello parecía una broma de mal gusto. Volvió a repetir el proceso desde el principio. Cuando consiguió hablar de nuevo con otro operador, lo amenazó con una visita de la policía de Nueva York, con quién iba a ponerse en contacto si no conseguía hablar con Reena Landon o, como poco, con su asistente personal. Intentar hablar con esa mujer parecía un imposible, como si cada camino que probara lo llevara de nuevo al punto de partida.

Habló con dos personas más hasta que el último le dijo que le pasaría con su abogado, un tal Derek Ellroy.

—La habla Derek Ellroy, abogado personal de la señorita Reena Landon, dígame —Héctor inspiró con fuerza, al fin estaba cerca.

—Señor Ellroy, soy Héctor Laska, detective de la policía de Port Angeles —se presentó Héctor de nuevo—. Necesito hablar con Reena Landon, algo que parece harto difícil.

—Lo entiendo, detective —la voz grave del abogado y su tono, lo alertaban de que estaba a punto de escuchar una nueva excusa—. Pero la señorita Landon es una persona extremadamente ocupada y somos muchos los que trabajamos para ella, por lo que yo mismo atenderé sus demandas.

—No sé si ha entendido que la policía necesita hablar directamente con ella —Héctor andaba en busca de su agotada paciencia, pero le costaba encontrarla.

—¿Puede indicarme la razón, si no le importa? —estaba claro que el abogado no iba a ponérselo fácil.

—Quiero que me responda algunas preguntas relacionadas con la desaparición de su hermana, Kara Landon, hace doce años en Port Angeles —explicó Héctor—. Si está usted al tanto del caso, sabrá que no se interrogó entonces a su hermana. Hemos tenido un par de asesinatos las pasadas semanas, que podrían estar relacionados.

—¡¿Unos asesinatos actuales relacionados con la desaparición de Kara Landon?! —la exclamación de Ellroy fue algo exagerada—. Esa chica debió morir entonces, era la heredera principal de una gran fortuna y jamás reapareció. No sé que puede tener que ver su hermana.

—Reena Landon es, en teoría, un par de años menor que Kara, debe tener unos veintiséis ahora —comentó Héctor con paciencia— y no tenemos ni una simple transcripción de un interrogatorio.

—Bueno, tampoco es tan extraño, en aquel momento la señorita Reena debía tener solo catorce años, era menor. ¿Quiénes son las víctimas? —quiso saber el abogado.

—Zach Warren y Ron Parks, los dos hombres que en su día le hicieron la vida imposible a Kara Landon —remarcó Héctor—. ¿Casualidad? Como comprenderá, si solo hubiera sido uno podía ser cosa del azar, pero… ¿los dos? No parece admisible.

—Bueno, detective Laska —Héctor escuchó el bufido de Derek Ellroy—. Me pondré en contacto con la señorita Reena Landon y la

instaré a que lo llame a su número.

—Por favor, insista en que es importante que hable con ella y que sepa que mi deseo no es enviarle a la policía de Nueva York a seguir su rastro, pero lo haré si no me queda otro remedio —el aviso estaba claro—. Como presumo que es una persona muy ocupada, puede llamar a cualquier hora a mi móvil.

—Le pasaré su recado, no se preocupe —el abogado se despidió con esas palabras y colgó.

*****

El abogado Derek Ellroy se quedó pensativo. Reena le había contado lo de la desaparición de su hermana, pero sabía muy poco del tema. Él se había incorporado a la empresa como abogado personal de Reena hacía unos años y solo la había visto en persona un par de veces, de hecho, hacía muy poco tiempo. Siempre habían mantenido el contacto a través de teléfono y correo electrónico y, poco a poco, se había ganado su confianza.

Cuando la vio en persona le pareció una mujer bellísima, de las de caerse de espaldas, aunque mantuvo la compostura. Ella marcó las distancias desde el minuto uno y jamás le dio pie a acercarse en otro sentido que no fuera el laboral; pero el continuo contacto había conseguido que surgiera la confianza. Ella le consultaba todos los temas legales, a pesar de tener a un buen equipo de letrados a su servicio en varios departamentos de la empresa; en propiedad intelectual, en cumplimiento normativo, asuntos regulatorios, litigios y asuntos corporativos. Pero él se había convertido en su hombre de confianza.

La siguiente llamada iba a ser incómoda, lo adivinaba.

No quiso posponerlo y marcó su número personal.

—Derek —escuchó su voz potente, a la vez que calmada—. ¿Ocurre algo?

—Hola, Reena —con el tiempo había llegado a tutearla—. He recibido una llamada muy extraña. Por lo visto un detective de la

policía de Port Angeles, en el estado de Washington, quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? —si la noticia la había alterado, casi no se le notó —. Y, ¿qué quiere? ¿Te lo ha dicho?

—Parece que han asesinado a un par de tíos que tu hermana Kara conocía, un tal Zach «no se qué» y Ron Larks o Parks. ¿Te suenan de algo esos nombres?

Se hizo un momento de silencio, en el que Derek solo escuchó la respiración algo agitada de Reena.

—No me suenan de nada, la verdad, de aquello hace mucho tiempo y fue muy duro para mí —explicó Kara poniendo énfasis en su voz afectada—. Creo que en cuanto todo pasó y dimos a Kara por desaparecida, mi mente bloqueó los recuerdos de aquellos días.

—Pues vas a tener que hacer un esfuerzo, el tipo que me ha llamado parecía muy insistente —Derek resopló—. Quiere hablar contigo sí o sí, y me ha dejado su número para que lo hagas. Ha amenazado con enviar a tu casa a la policía de aquí. Por cierto, ¿estás en Nueva York?

—Ya sabes que no suelo ir informando a nadie de dónde estoy —fue la escueta respuesta de Kara, que iba maquinando sus siguientes pasos—. Gracias por el aviso, Derek. Pásame el número del policía y su nombre. Yo me ocupo. Tú puedes olvidarte del tema. Solo querrá que le aclare alguna tontería.

—Como quieras, ya sabes que estoy a tu disposición para lo que necesites —Derek le dio los datos y colgó tras despedirse.

19

2025 – Port Angeles

Kara se encontraba en las afueras de Port Angeles, haciéndose pasar por una turista. Se había convertido en una experta en disfraces y la antigua casa alquilada le daba una protección extra, ya que su ubicación estaba aislada y casi nadie se acercaba por allí.

Solo un camino de tierra daba acceso a la casa; desde los ventanales del piso superior podía otear a cualquiera que se acercara hasta los alrededores, fuera caminando o en un vehículo.

Había pactado el alquiler a través de correos electrónicos desde un móvil que después destruyó. Cuando recogió las llaves de la inmobiliaria, lo hizo disfrazada de mujer embarazada y comentó que su marido y su hijo mayor la esperaban en el coche. La mujer que le entregó las llaves casi ni la miró a la cara, ya que estaba enfrascada atendiendo una llamada sobre unos okupas que se habían instalado en un piso de los que tenían a la venta, algo que le resultó muy conveniente para que no se fijara en ella.

La llamada de Derek la había alertado, aunque era algo que podía suceder; era uno de los factores que había tenido en cuenta: que la policía atara cabos. Lo cierto era que le daba igual. En parte se sentía temeraria, pero no la iban a pillar tan pronto. El dinero le daba innumerables ventajas, le resultaba fácil desaparecer sin dejar rastro. Era casi un juego para ella.

Decidió hacer la llamada al detective Héctor Laska, no perdía nada con ello. Por supuesto, utilizaría para ello un móvil de prepago del que se desharía en cuanto colgara. Siempre tenía unos cuantos preparados para eventualidades. Convertirse en alguien casi invisible no era tan difícil siendo minuciosa.

Héctor miró la pantalla de su móvil y frunció el ceño al leer las palabras «número oculto». Pocas personas tenían su número privado

de móvil y todas estaban grabadas en sus contactos. Contestó al instante.

—Héctor Laska, ¿quién es? —preguntó amablemente.

—Buenas tardes, detective —le llegó una voz femenina melodiosa y firme a la vez—. Soy Reena Landon, mi abogado me ha comunicado que necesita hablar conmigo.

—Buenas tardes, señorita Landon —Héctor hizo señales a Colin para que intentaran localizar la llamada, aunque sabía que necesitaban una orden judicial—. Gracias por llamar, no es nada fácil contactar con usted. Mi interés se centra en la necesidad de saber por qué no tengo ninguna transcripción de sus declaraciones cuando su hermana Kara desapareció. Me ha resultado muy extraño. Estamos revisando el caso, que resultó no resuelto.

—¿Cómo me pregunta eso cuándo han pasado doce años desde su desaparición? —el tono de ofensa era evidente—. No sé si la policía hizo todo lo posible por encontrar a mi hermana entonces, pero que me llame ahora para hablar de la mayor desgracia ocurrida en mi familia es muy insultante, se lo aseguro. Yo no era más que una niña, pero los recuerdos son muy amargos.

—No es mi intención, pero existen razones para hacerlo. Han aparecido muertos dos hombres que su hermana conocía muy bien y las investigaciones al respecto nos han llevado hacia el pasado, debido a esa conexión —explicó Héctor de buenas maneras—. Sin embargo, aparte de los interrogatorios a su padre y su tía, algunos familiares lejanos y otros conocidos, como vecinos o personal relacionado, la primera noticia de que Kara tenía una hermana la he tenido esta misma semana. ¿Puede explicarlo, por favor?

—¡Por supuesto que puedo! —la mujer aumentó el volumen de su indignada voz—. La policía de Port Angeles habló conmigo, incluso recuerdo el nombre del detective que lo hizo, se llamaba Norman Johnson. Fue muy amable conmigo, pero no pude decirle nada, yo ni siquiera estaba allí. Si ustedes no guardan bien su documentación, sus informes o lo que sea que archiven, no es mi problema. Pero recuerdo muy bien aquella conversación, ya que no

fue un interrogatorio formal, en un momento tan lacerante para mí. Recuerde que era menor.

—No quería molestarla, pero con los recientes acontecimientos llegamos a pensar en la posibilidad de que su hermana estuviera viva… —Héctor notó que Colin le hacía señas con el ceño fruncido y negaba con la cabeza. Igual se había pasado—. ¿Puede darme un número dónde pueda localizarla? Por si vuelvo a necesitar hablar con usted.

—No será necesario, detective —ahora el tono de la mujer era de cabreo total—. Mi hermana desapareció hace doce años y estoy segura de que está muerta. De no ser así, estoy convencida de que se hubiera puesto en contacto conmigo; yo era importante para ella, ¿entiende? Es un caso cerrado y no quiero que me llamen para reabrir las heridas que tanto costaron de curar.

—La entiendo, pero… —Héctor dejó la frase a medias, Reena Landon acababa de colgar. Miró a Colin—. ¿Ha habido suerte?

—Nada de nada, móvil oculto de prepago, se lo he comentado a Norma, pero no tenemos orden judicial y nos puede caer una buena bronca —Colin se encogió de hombros—. ¿Ya sabemos por qué nadie contactó con ella?

—Dice que habló con un detective de aquí, un tal Norman Johnson. ¿Te suena el nombre? —quiso saber Héctor, mientras observaba como, tanto Colin como Martin, lo miraban sorprendidos.

—Norman Johnson era detective, eso es cierto —dijo Martin—. Murió en un tiroteo hace unos cuatro años. Y te aseguro que era un tipo muy legal, que no se dejaba ni una coma en sus informes. Si le hizo un interrogatorio a esa Reena Landon, estaría archivado en su lugar, aunque solo hubiera sido una simple conversación. Y no hay nada de nada.

—Podemos saber en qué caso estaba metido Norman cuando ocurrió lo de Kara Landon, tenemos las fechas exactas —comentó Colin y se puso a buscar.

—Todo esto es muy extraño —Héctor negaba con la cabeza—. Algo no encaja, pero no podemos volver al pasado, hay que trabajar con lo que tenemos.

—¡Aquí está! —Colin miraba su pantalla y sus compañeros se acercaron a mirar los antecedentes de los archivos históricos—. En esas mismas fechas, Norman estaba colaborando con la DEA, que preparaba una operación para decomisar un cargamento de droga en el puerto. Estaba infiltrado en el grupo de narcos. Recuerdo que fue bastante sonado, incluso salieron en los informativos. Pero no pudo participar en la desaparición de Kara Landon mientras hacía ese trabajo; es imposible. Cuando estás infiltrado no puedes ocuparte de ningún otro caso, eso te pondría en peligro.

—Entonces Reena Landon acaba de mentirme con todo el descaro —Héctor se llevó las manos a la cabeza— y no tengo manera de ponerme en contacto con ella. ¿Por qué miente?

—Podemos intentar volver a hablar con su abogado —propuso Martin—. O conseguir una orden para localizar esa llamada.

—Creo que ahora tenemos más motivos para ello, nos ha mentido descaradamente: Norman no pudo interrogarla y ella conocía su nombre… ¿por qué?

*****

Kara se quedó pensativa tras hablar con el detective. Tenía que planificar bien sus próximos pasos. Conseguir el nombre de un policía que estuviera trabajando en el departamento de policía de Port Angeles había sido fácil. En cuanto dio con el nombre de Norman Johnson y confirmó que estaba muerto y enterrado, decidió usarlo como coartada. Los muertos no hablaban.

El tal Héctor Laska no imaginaba lo cerca que se encontraba de todos ellos. Estaban alerta, de eso estaba segura; pero no por ello iba a desviarse de su objetivo. No tenía prisa, pero centraría sus esfuerzos en su próxima víctima: Sandy Mayer, la estúpida que alentaba a sus dos amigos a burlarse de ella, la exitosa chica por la que muchos babeaban iba a llevarse su parte, por supuesto. Durante un bonito sueño, Kara llegó a pensar que había encontrado a su mejor amiga, esa que jamás había tenido. Todo había formado parte de su orquestado plan. Sandy no le dijo más que mentiras y

patrañas. Ahora se las iba a tragar de vuelta y con propina. Le devolvería los agravios con los intereses acumulados de doce años.

La enviaría con su amado Ron y su querido Zach, para que criaran malvas todos juntos. Después abriría una botella del *champagne* más caro del mundo y brindaría por todos ellos.

*****

Tras bastantes explicaciones y razonamientos, Héctor consiguió la orden pertinente para intentar localizar la llamada de Reena Landon.

Pusieron a trabajar a los más avezados en esas lides con Norma al mando. Fue complicado y poco exacto, aunque algo obtuvieron. Solo pudieron actuar a través del registro de llamadas con el móvil de Héctor y la conclusión fue que Reena Landon no se encontraba en Nueva York cuando estuvo en contacto, sino en el estado de Washington.

Para dar con la ubicación exacta sería necesario utilizar la geolocalización, pero para ello necesitaban que estuviera en línea, lo que complicaba las cosas.

—¿Cómo ves lo de volver a conectar con ella? —Norma miraba a Héctor con las cejas alzadas.

—Como un calvario, aunque ahora puedo devolver la llamada desde mi móvil —tal como lo dijo se puso a ello. La respuesta al otro lado fue clara: apagado o fuera de cobertura. No se lo iba a poner tan fácil—. Nada; no sé porqué pero tengo la intuición de que ese móvil va a desaparecer ya mismo.

—Pues habrá que volver a intentarlo a través de su abogado —propuso Colin.

—Pondré mi empeño en ello.

*****

Todo el empeño no sirvió de nada, esta vez no llegó siquiera a poder contactar con el abogado Ellroy y se hartó de hablar con contestadores automáticos.

Ya era tarde cuando Pam asomó la cabeza en el despacho de Héctor, que justo apagaba su ordenador.

—¿Ya estás lista? —la miró a la cara y sonrió—. Parece que te encuentras mejor.

—La verdad es que sí —confirmó Pamela a la vez que se acercaba al mural donde Héctor había ido colocando las pistas de los casos de Zach y Ron—. ¡Vaya! Cuantas relaciones.

—Eso es privado, abogada, y forma parte de un caso en curso.

—Lo sé —a pesar de ello se acercó más, para ver de cerca las imágenes de los variados rostros—. ¿Quién es ésta?

—¿Quién? —Héctor se acercó a ella para colocarse a su lado y observó el rostro de la que suponían era Stella Dean—. Por los datos que tenemos, esa es Stella Dean, aunque aparte de la melena pelirroja, poco más se ve. La gorra y las gafas cumplen con su cometido.

—Yo he visto antes a esa mujer —aseguró Pam— pero no logro recordar dónde.

—¿Lo dices en serio o me estás tomando el pelo? —Héctor la miró con la boca abierta y le puso las manos en los hombros.

—Muy en serio, no bromearía con algo así —Pam volvió a fijar la vista en la imagen y después cerró los ojos con fuerza y levantó una mano—. Déjame pensar, no digas nada.

Su mente se paseó por sus recuerdos, intentando respirar hondo para no forzar la memoria, como si estuviera meditando. Una imagen se hizo nítida entre sus pensamientos.

—¡En el banco de alimentos! Era una de las voluntarias el día que me colé allí como si fuera una periodista —exclamó Pam abriendo los ojos y sonriendo—. Estoy segura de que era ella.

—Pues es muy posible que sea la mujer que ha matado a Zach y quién sabe si a Ron —Héctor miró a Pam a los ojos—. Tengo que hacer una llamada antes de que nos vayamos. ¿Me esperas?

—Claro —Pam se sentó, nada dispuesta a perderse esa conversación—. Ya puedes llamar, no voy a moverme de aquí.

—Lo imaginaba —Héctor contactó con el banco de alimentos y tuvo suerte, una voz le contestó.

—Banco de alimentos, dígame —era un hombre con voz cansada.

—Soy el detective Héctor Laska…

—Les he explicado varias veces que no tenía idea de lo que contenían esas latas de tomate —lo interrumpió el hombre—. No sabe lo mal que me sabe que estuviera pasando eso en una entidad sin ánimo de lucro como la nuestra.

—No le llamo por eso, señor…

—Mi nombre es Owen.

—No es por eso, Owen —repitió Héctor— es para preguntar por una mujer que colabora con ustedes como voluntaria, o eso creo. Se llama Stella Dean.

—Tenemos una lista, espere un segundo a que eche un vistazo —ambos se quedaron en silencio mientras Owen hacía una búsqueda en su portátil, tanto por el nombre como por el apellido—. Lo siento, ese nombre no lo tenemos registrado. Aunque no es algo inusual, a veces vienen personas acompañando a otras para ayudar y no quedan registradas. Al fin y al cabo lo hacen gratuitamente. No llevamos un control, solo tenemos la lista por si necesitamos ayuda extra cuando nos llega más material, casi siempre en Navidad.

—¿Recuerda usted a una voluntaria pelirroja? Stella es joven y llamativa —insistió Héctor, reacio a rendirse.

—¿Pelirroja? —Owen se quedó en silencio y al final contestó—. Podría ser, pero bastante trabajo tengo como para recordar a todo el personal que pasa por aquí. Mire, lo siento, pero no puedo ayudarle.

—Es posible que me pase por ahí pronto —decidió Héctor.

—No será nada extraño, ahora tenemos a la policía por aquí día sí y día también —Owen resopló antes de despedirse— haga usted lo que le parezca.

Cuando Héctor colgó, Pam seguía observando todas las imágenes del mural. Señaló la foto de Kara.

—Creo que no te lo he comentado hasta ahora, pero la conocí brevemente —inclinó la cabeza recordando.

—¿Conociste a Kara Landon? —exclamó Héctor completamente sorprendido.

—Yo no diría tanto como conocer, solo coincidimos un par de veces, si no recuerdo mal, en los festivales de música que se hacen en verano —Pam lo miró con una sonrisa— creo que teníamos la misma edad y Kara vino acompañada de una de mis amigas; me parece recordar que se habían conocido en la piscina, o algo así. No sé decirte con exactitud si estuvimos charlando diez o quince minutos, no más. Pero recuerdo que cuando desapareció y el boom informativo hizo explosión, la recordé. Incluso hablé con la policía, que iba interrogando a todos los jóvenes aquel verano.

—¿Qué impresión te causó? —preguntó Héctor, interesado en sus impresiones.

—Hablé muy poco con ella, pero era una chica muy triste.

20

2025 Kara Landon

Nueva York – Port Angeles

Todo estaba a punto. Iba a trasladarse a Port Angeles. La casa estaba alquilada con un nombre ficticio, todo a través de su abogado que entendía su necesidad de privacidad, aunque no conociera las circunstancias.

Johanna no acababa de entender que su sobrina volviera a marcharse sin tener una fecha prevista para su vuelta. Tras haber estado durante años apartada de Nueva York, pensaba que la había recuperado, pero no podía dejar de advertir que había cambiado mucho, y no sólo físicamente. Estaba distinta; quizá más segura de sí misma, eso era cierto. Pero también había endurecido su carácter y eso no le gustaba demasiado.

—Sólo serán unos meses, tía Johanna, —Kara le sonreía con algo de condescendencia— te lo prometo.

—¿Tanto te necesitan en Seattle? —Johanna se encogió de hombros—. Tienes a un montón de gente a tu servicio en *Pharma Tech*, no te hace falta desplazarte durante tanto tiempo a la delegación del noroeste.

—A veces me va bien cambiar de aires. —Kara se armó de paciencia, no quería preocupar a su tía—. Y te prometo que te llamaré con frecuencia.

—Eso espero. —Johanna suspiró con teatralidad—. No te libras de venir aquí por Navidad, eso sí que no te lo perdonaría. ¿De acuerdo? Ya has estado desaparecida demasiado tiempo.

—Te lo prometo. —Kara la abrazó mientras caminaba hacia la puerta.

—Tampoco entiendo que no me dejes acompañarte al aeropuerto —se quejó su tía.

—Odio las despedidas, ya lo sabes —se justificó Kara y se echó a reír—, y en los aeropuertos aún me parecen mucho más dramáticas. Te llamaré en cuanto me acomode en Seattle.

El vuelo lo hizo en su avión privado y su destino fue Port Angeles, por supuesto.

Instalarse fue algo rápido. La casa, aunque bastante aislada, estaba en buenas condiciones y era cómoda. Tenía buenas vistas, pero eso era lo de menos. Lo bueno de esas vistas es que podía detectar a cualquiera que se acercara. El terreno exterior estaba delimitado por una valla y un portón metálico que se abría desde la casa. La seguridad era importante y se ocupó de que le pusieran alarmas y cámaras para cubrir cualquier ángulo. Las instalaciones las realizó una empresa de seguridad de Seattle antes de que ella llegara.

Lo siguiente sería localizar a Zach Warren. Toda la información que le había proporcionado Cam Roberts, el detective privado, era fundamental para preparar el terreno. Sabía dónde trabajaba Zach, tenía un cargo directivo en la empresa de muebles «El Trébol», ubicada en las afueras de la ciudad, en la carretera que se dirigía hacia el pueblo de *Crane*.

No iba a encontrarlo en las tiendas de cara al público, pero sabía dónde tenía su despacho, por lo que decidió que la manera de acercarse a él sería en las inmediaciones de su lugar de trabajo.

En los informes de Cam se hacía constar que, la mayoría de los días, al salir del trabajo, hacía una parada en un bar cercano. Solía beberse una cerveza y después cogía su coche y se dirigía a la casa que compartía con su mujer y su hijo. Los fines de semana solían pasarlos juntos, en familia. Todo bastante predecible en su día a día.

Ella iba a encargarse de que la familia feliz de Zach dejara de serlo. Sabía cómo era Zach hacía doce años y estaba casi segura de que no habría cambiado demasiado. Los tipos sobrados, creídos y prepotentes como él, no solían hacerlo. Ella lo pondría de rodillas,

tenías armas suficientes en su poder; solo le hacía falta mirarse en el espejo para saberlo.

*****

El día escogido para un primer contacto, quizá solo visual, fue un miércoles soleado de primeros de septiembre. Se había acicalado convenientemente para llamar su atención. Su pelo y su maquillaje estaban perfectos, su ropa ajustada marcaba sus curvas y un halo de perfume envolvía su recién estrenada autoestima. Por suerte, el bar estaba en una calle poco transitada, Kara no quería llamar la atención más que lo indispensable.

Lo observó caminar mirando su móvil. Zach Warren había madurado bien. Ahora debía tener treinta y uno y se mantenía muy en forma. Ella sabía que acudía al gimnasio muchos días al anochecer o salía a correr a primera hora.

Entrecerró los ojos, siguiendo sus pasos con la vista y dejando escapar una sonrisa, preparando su actuación.

Zach entró en el bar y Kara lo vio sentarse en un taburete ante la barra, en una de las esquinas.

Esperó unos minutos y entró al local. Se sentó en la misma barra, pero en la otra punta, desde dónde podían observarse mutuamente.

No tardó en captar la descarada inspección de la mirada de Zach sobre lo que dejaba ver de su cuerpo, mientras pedía una copa de vino. En uno de esos instantes de contacto visual, Kara se quedó observándolo con descaro, alzó la barbilla y le dedicó un amago de sonrisa. Después centró la mirada en su móvil, sabiendo que él la observaba. Enderezó su talle, estirando su espalda y marcando sus pechos.

Volvió a mirarlo con disimulo y él levantó su botellín de cerveza, brindando en silencio. Kara no iba a moverse de allí, pero sabía que él lo haría. No se equivocó. Tardó menos de un minuto en estar sentado a su lado.

—¿Te importa que me siente a tu lado? —No esperó a que ella le contestara—. No te había visto antes por aquí.

—Estoy de paso —Kara lo miró recelosa—. ¿Eso es ilegal?

—Por supuesto que no —Zach señaló su copa de vino—. ¿Puedo invitarte a otra copa?

—¿Porqué ibas a hacer eso? —Kara hizo un mohín ensayado con sus labios.

—Porque me gustaría charlar contigo y saber tu nombre —Zach sabía el éxito que generaba entre el género femenino, se le notaba.

—Stella Dean —Kara lo miró pasando la punta de la lengua por su labio superior—. ¿Y tú eres…?

—Zach Warren —extendió su mano y Kara se la estrechó con fuerza.

—¿No te espera nadie en casa, Zach? —preguntó Kara, muy interesada en la respuesta.

—Soltero y sin compromiso —a Kara le dieron ganas de vomitar, el tío seguía igual que siempre, era un completo gilipollas—. A tu entera disposición, preciosa.

Aquella respuesta le quitó los pocos reparos que pudiera tener para cumplir lo que había planeado. Se merecería todo lo malo que le pasara.

*****

Unas cuantas copas más tarde y una conversación llena de indirectas y proposiciones no demasiado disimuladas, los hizo salir del bar con el brazo de Zach rodeando la cintura de Kara.

—¿Te alojas en un hotel? —preguntó Zach y Kara asintió, percibiendo sus ansias por desnudarla.

—Sí, pero no vas a acompañarme —Kara lo cogió de la pechera de la camisa y acercó sus labios hasta rozar los de él y hacerle gemir.

—No me digas que no estás interesada —Zach en entrecerró los ojos y la miró rozando su nariz—. Llevas toda la tarde coqueteando conmigo.

—Una cosa es el coqueteo y otra que vayas a desnudarme, cielo —Kara le pasó la mano por el torso llegando a la cinturilla de sus pantalones, de la que tiró para acercarlo a su cuerpo—. No hoy, al menos. ¿Quieres que nos veamos mañana?

—Dime que valdrá la pena —susurró Zach.

—¿Acaso lo dudas? —estaban muy cerca y Kara decidió dejarlo jadeando antes de marcharse—. Te daré una muestra para que pases una noche inquieta.

Sus labios se acercaron hasta rozar los de Zach y, al instante siguiente, sus lenguas estaban enredadas en un beso lujurioso, mientras la mano de Kara descendía por su cuerpo hasta acunar su erección y apretar lo justo para endurecerlo aún más.

Las manos de Zach se posaron sobre sus pechos y Kara las apartó cómo si le costara un esfuerzo hacerlo.

—Mañana en el mismo bar a la misma hora —Kara dio un paso atrás y, al ver la expresión de Zach, supo que lo tenía en el bote.

—¿Por qué no me das tu número? —imploró Zach.

—No, ni hablar. Así será más interesante —Kara le sonrió y le guiñó un ojo—. Si no aparezco mañana, vendré pasado. Tú espérame.

*****

Durante los siguientes días, Zach y Stella se vieron a diario. En un par de semanas, tras mucho sexo y una puesta en escena de matrícula de honor por parte de Kara, Zach estaba completamente colgado por ella, fascinado por esa mujer deslumbrante. Sabía lo que él buscaba y se lo daba. Un par de veces, Zach hizo algún comentario que a Kara le aceleraba el corazón. Era imposible que la reconociera, Stella no se parecía en nada a Kara.

Un día se la quedó mirando embelesado, observando su iris verde, y se quedó paralizado.

—Es como si te conociera —Kara notó que le faltaba el aire—. Son tus ojos… es como si los hubiera visto antes, aunque estoy

seguro de que te recordaría.

—Son unos ojos verdes normales y corrientes —Kara desvió la vista, era como si estuviera examinando su alma—. Seguro que tuviste alguna novia de ojos verdes.

—Es posible —el momento pasó y Kara respiró hondo, todo eran imaginaciones suyas.

Kara hizo todo lo que se le ocurrió para que Zach se obsesionara con ella; lo atraía y lo retaba, jugaba con él, con sus deseos, con su cuerpo. Las miradas, las caricias y las palabras, todo estaba dedicado a que se rindiera ante ella.

Empezaron a pasar algunas noches en un hostal de un pueblo cercano, Zach decía que allí lo conocía mucha gente. Kara sabía que era por su esposa, hasta que le hizo confesar que estaba casado.

—Lo siento, Stella, de verdad —lo acababa de admitir y parecía sentirse avergonzado—. No pensé que esto llegaría tan lejos. Pensé que solo sería un rollo pasajero, pero me he enamorado de ti. Mi situación no es la mejor, ahora mismo.

—Si me hubieras dicho que estabas casado esto no hubiera ocurrido jamás —Kara puso su expresión más cándida y arrepentida —. Yo también te quiero, pero no voy a compartirte con otra mujer.

—Pero… es que tengo un hijo muy pequeño —Zach parecía debatirse entre su familia y ella, pero Kara supo que ganaría.

—Lo mejor será que desaparezca y que te olvides de mí.

—¡No! ¡No te vayas, por favor! —Realmente parecía desesperado—. Me divorciaré y conseguiré la custodia compartida de mi hijo.

—No puedo pedirte eso, cielo —Kara sonó realmente compungida.

—No me lo estás pidiendo, mi amor —Zach respiró hondo—. Pronto me iré de casa y podremos tener un futuro.

Al cabo de unos días más, Zach había alquilado un apartamento y se había trasladado. Había abandonado a su llorosa mujer, que no entendía lo que estaba ocurriendo.

Kara tenía planeado su final. Se había acostado con él para cobrarse todo lo que no pudo conseguir cuando era una adolescente enamorada que suspiraba por el que creía que era sólo el chico guapo, popular y deportista.

Habían pasado un par de semanas más, cuando Kara se coló en el coche de Zach, en el parking del edificio dónde ocupaba un apartamento, en el Distrito Costero.

Una inyección, cargada con el futuro inmediato de su objetivo, descansaba en su bolsillo derecho. Había hecho una copia de las llaves de su coche un día en que tuvo la oportunidad mientras Zach dormía. Se sentó en el asiento trasero y esperó con los sentidos alerta. No tardaría en aparecer, habían quedado en el bar en que solían hacerlo.

Cuando escuchó unos pasos y constató que era él, se encogió en el asiento para que no la viera.

Zach entró en el coche y se puso el cinturón de seguridad. Puso las llaves en el contacto y antes de que arrancara, Kara se incorporó de golpe.

—¡¡Sorpresa!! —gritó alborozada.

—¡Joder! —Zach, sobresaltado, giró la cabeza—. ¿Quieres matarme de un susto, cariño?

—Sólo era una broma —Kara ronroneó posando los labios sobre su cuello a la vez que la jeringuilla se cercaba a su destino, desde el asiento posterior.

—¡¡Auch!! —Zach intentó llevarse la mano al cuello al notar el pinchazo.

Sólo pudo girar la cabeza para mirar a los ojos entrecerrados de Kara, antes de que se le emborronara la vista y perdiera el habla. Llegó a escuchar unas palabras que no tenían sentido alguno: «Hola, Zach… soy Kara Landon».

La fuerte carga de midazolam, un paralizante muy rápido, hizo su efecto y Zach pronto no pudo mover ni un músculo.

Kara se ocupó de que el monóxido de carbono cumpliera con su cometido mientras ella abandonaba el coche en marcha y cerraba bien las puertas sin quitarse los guantes. Se acercó al cristal, acercó su rostro y le dijo adiós con la mano.

Zach ni siquiera pudo parpadear una última vez antes de dejar de respirar.

Kara disfrutó de unos minutos de silencio en soledad para paladear lo que acababa de ocurrir. No podía quedarse allí observando su obra, si no quería que la pillaran. Salió del parking sin dejar rastro de su presencia. Sabía que la opción del suicidio no duraría más que unas horas, pero no le importaba. Estaba encantada de captar la atención de los policías y volverlos un poco locos. En su momento no dieron con ella y abandonaron su búsqueda. Ahora era posible que lo hicieran, pero estaría preparada si llegaba el momento.

21

2025 – Port Angeles

Había llegado el fin de semana y Héctor decidió desconectar de todo aquel lío. No era fácil cuando se estaba inmerso en plena investigación y existían víctimas, pero todo parecía un poco estancado y hacer un paréntesis era necesario. A veces, incluso ayudaba a reorganizar los hechos para volver a concentrarse en ellos en busca de la solución.

El sábado por la mañana se despertó con la agradable sensación de un cuerpo que conocía muy bien, pegado al suyo. Antes de abrir los ojos inspiró su aroma, hundió su rostro en el hueco de su cuello y paseó la palma de su mano abierta sobre su vientre. Pam dormía como un tronco, lo notaba en su respiración pausada, casi imperceptible. Abrió un ojo y sus labios entreabiertos fueron una tentación demasiado grande.

Ya se detectaba el sol en el exterior, por lo que decidió que despertarla entraba dentro de lo aceptable. Su mano bajó lentamente y se deslizó entre sus piernas, a la vez que sus besos serpenteaban hacia el hombro y el brazo para volver a subir hasta su boca. Notó el momento exacto en el que Pam se hizo consciente de sus avances; se movió, parpadeó, sonrió y gimió, todo al unísono.

—Mmmm… —fue todo su vocabulario, antes de incorporarse y abalanzarse sobre Héctor.

Pam había soñado que una mariposa se posaba en su cuello y le hacía cosquillas. Que se excitaba pensando en Héctor y quería tenerlo cerca. En el instante en que emergió de su ensoñación, su libido se disparó como un cohete en plena propulsión espacial.

Abrió los ojos cuando su cuerpo ya estaba sobre el de Héctor, su melena lacia y larga cubriendo sus besos, las manos de él sobre sus caderas, las pieles de ambos buscándose como un adicto busca su droga; así se sentía. Necesitada. Deseosa de dar y tomar.

Héctor reconoció el deseo acuciante de ella que igualaba el suyo, la necesidad primigenia que crecía a cada segundo. Le latía el pulso con fuerza y el anhelo se había desbocado.

Pam cerró los ojos, se dejó llevar cuando él la penetró y se incorporó para llegar a su boca. La embargó una necesidad imperiosa y tórrida que casi resultaba dolorosa. El deseo era hondo y desesperado y el calor recorría sus cuerpos en oleadas.

—Me estás volviendo loca —musitó Pam— más deprisa.

—No… más despacio —Héctor ralentizó el ritmo, frenó las caderas de Pam con sus manos y Pam gimió de frustración.

—No puedo…

—Sí puedes —Héctor besó su cuello y sus pechos— no quiero que acabe tan pronto.

Héctor lo intentó, pero acabó sucumbiendo a los deseos de Pam, no era posible alargar más el momento. No podía apartar las manos y la boca de ese cuerpo perfecto, de esa piel caliente y suave. El orgasmo la sacudió nublando su visión. Pam estaba sumergida en un torrente de placer y se dejó caer sobre el cuerpo de Héctor, que aceleró el ritmo hasta llegar al final.

Se dejaron caer sobre las sábanas, con una debilidad que les robó el aliento.

—Buenos días —susurró Pam.

—Mmm… cierto —Héctor rió y le palmeó el trasero— muy, muy buenos días.

*****

—¿De verdad no te importa que vayamos a comer a casa de mi madre?

Héctor prefería pasar el fin de semana con Pam a solas, pero su madre había llamado y él cometió el error de poner el «manos libres» mientras desayunaban en la cocina. Sus hermanas iban a comer a su casa. Lila, su hermana mayor, llevaría su famoso pollo relleno al horno y su sobrino, el pequeño Tyler, lo echaba de menos. Argucias de su madre, su sobrino solo tenía nueve meses y seguro que con la compañía de sus padres tenía más que suficiente. Y su hermana pequeña, Alina, dudaba de que tuviera de verdad un hermano mayor… ¡Hacía tanto que no lo veía! A Mark, por supuesto, le hacía ilusión ver a su cuñado… como si no lo viera en el bar. Tras aquella retahíla de razones y las risas de Pam, tuvo que ceder.

—De verdad que no me importa —Pam le guiñó un ojo— me gusta tu familia, en serio. Siempre que hemos coincidido me han tratado como a una más de la familia.

—Bueno, debería avisarte de que han estado al tanto de nuestra pequeña separación —Héctor miró a Pam con el ceño fruncido— y seguro que quieren constatar que no me he quedado sin novia. No tengo ni idea de la razón, pero parece que eso les preocupa.

—¡Oh! ¡Qué tiernos! Por cierto, ¿ahora soy tu novia? —Pam se acabó su taza de café—. Ese término no me convence, no creo que me case nunca.

—¿Por qué no? —Héctor alzó las cejas, sorprendido.

—¡Oh! No tengo una razón muy concreta —Pam se encogió de hombros—. Nunca me han gustado las bodas, creo que les tengo alergia.

—Avísame si cambias de opinión, no estoy dispuesto a hacerte una pregunta tan importante y recibir un no como respuesta —propuso Héctor y Pam se echó a reír—. Eso sería muy humillante para mí.

—De momento, olvídate del tema —Pam se levantó para lavar las tazas del desayuno—. Y piensa en lo que podemos hacer hasta la hora de comer. Excluye volver a la cama, eso lo haremos esta noche.

—Si esa opción no va a ser posible, ¿te apetece un paseo en bicicleta? —propuso Héctor—. Podemos alquilarlas cerca del puerto y

rodar algunos kilómetros por el sendero del *Discovery Trail*.

—¡Perfecto! —Héctor la miró, sorprendido por su entusiasmo—. Cada verano hacíamos rutas por allí en bicicleta cuando era adolescente. Las vistas son preciosas.

No fueron los únicos que tuvieron la misma idea y encontraron muchos ciclistas que habían escogido la misma ruta. Pedalearon, uno al lado del otro, charlando y riendo, hasta la hora de comer.

Cuando estaban devolviendo las bicicletas, Pam se fijó en una chica que pasó cerca de ellos. Le recordó a la pelirroja que había visto en el banco de alimentos, pero no debía ser ella. Ésta tenía el pelo rubio, aunque no pudo distinguir bien su rostro, cubierto por una gorra con visera y gafas de sol.

Negó con la cabeza, empezaba a ver visiones y no le dijo nada a Héctor.

*****

—¡Dichosos los ojos! —lo primero que escucharon al salir del coche, fue la exclamación de Lila—. Mira Ty, ha llegado el tío Héctor.

Su hermana se acercó a abrazarlo y a plantarle a su sobrino en los brazos, justo después de darle un beso y achucharlo.

—Hola, Lila —la saludó Pam, a la vez que el resto de la familia salía al jardín—. Parece que somos los últimos en llegar.

—No te preocupes —Lila se acercó al oído de Pam— y prepárate para las preguntas de mi madre. Le caes muy bien y sabe que has tenido algún problemilla con Héctor. Creo que quiere mediar a favor de su hijo para que no lo abandones.

—¡Ja, ja! —Pam se echó a reír, mientras Héctor le lanzaba a su hermana una mirada torcida—. Te aseguro que no hará falta. Sólo fue un malentendido y está todo aclarado.

—Sois unas «metomentodo» —Héctor negaba con la cabeza mirando a su hermana.

—A mí no me mires, eso díselo a tu madre.

Al cabo de un momento, estaban todos en el salón. Hacía demasiado aire para comer fuera y la temperatura había bajado mucho.

Mike se unió al grupo y tras una charla trivial, Margaret, la madre de Héctor, intervino, tal como Lila les había advertido.

—Pamela, me alegro muchísimo de que hayáis arreglado lo vuestro —miró de reojo a su hijo—. Porque lo habéis arreglado ¿verdad? Eso de que la tal Eve se presentara en su casa…

—No te preocupes, Margaret —Pam no dejó que siguiera explicando lo que todos sabían—. Lo hemos hablado y sólo fue un equívoco provocado por su antigua «amiguita», que quería recuperarlo. Ahora volvemos a estar juntos y nos estamos conociendo.

—Bueno, me alegro, a Héctor es fácil conocerlo, no tiene dobleces, o sea…

—¡Mamá! —intervino Héctor, mientras veía como sus hermanas se aguantaban la risa y su cuñado se tapaba la cara con las dos manos—. Deja de hablar como si no estuviera presente. Pam y yo estamos juntos y estamos bien. Punto. No hay nada más que debáis saber, panda de cotillas.

—Vale, vale —Margaret le dio una palmada en el brazo—. Es que no quiero volver a verte tan solo, hace unos meses parecías un alma en pena.

—Eso fue porque pase una mala racha en el trabajo, ahora todo va bien.

*****

El fin de semana fue perfecto, aunque el lunes por la mañana llegó demasiado pronto.

Héctor sentía la necesidad de resolver aquellos dos asesinatos que parecían estar tan relacionados. Demasiadas casualidades y pocas pruebas; excesivas dudas y escasas evidencias. Quería revertir el estado del caso y estaba pendiente de algunos resultados. Ojalá esa semana la suerte y los indicios los acompañaran. Sin olvidar que necesitaban un móvil creíble.

22

2025 Kara Landon – Port Angeles

Kara no dejó pasar demasiado tiempo antes de acercarse a Ron Parks. Cambió su aspecto de nuevo para pasar desapercibida ante ojos indiscretos. No podía fiarse de nadie, al fin y al cabo la muerte de Zach había despertado alarmas en la zona.

En seguida quedó claro que no había sido un suicidio. Ella, en ningún caso, quiso simularlo. Dejarlo en el coche respirando monóxido de carbono no fue más que un seguro para el caso de que la dosis inyectable no fuera suficiente.

Ahora se encontraba ante un gran espejo, observando sus cambios recientes: una melena larga, rubia y rizada, con un flequillo que le tapaba las cejas. Unas nuevas gafas de montura metálica y cristales ahumados en un tono verdoso. Sus ropas no eran tan sofisticadas como cuando estuvo saliendo con Zach. Ahora se había convertido en bióloga marina, vestía con vaqueros desgastados y calzaba botas cómodas y planas. Todo ello sin perder su atractivo, por supuesto. Uno de sus puntos de vanidad, tras las operaciones sufridas, eran sus pechos. Habían quedado perfectos y sabía que era la debilidad de Ron; siempre babeaba ante los escotes con aberturas en pico, de los que dejaban a la vista buena parte de los senos. Lo recordaba bien.

Las pecas tatuadas de pelirroja sobre sus mejillas se hallaban ocultas bajo un espeso y carísimo maquillaje que le daba a su piel un tono muy claro, como de alabastro.

El primer acercamiento a Ron Parks fue calculado. Observo durante unos días sus rutinas. No fue complicado, el hombre era bastante predecible. Era mecánico y se ocupaba de las motos en el taller en el que trabajaba. Salía puntual del trabajo, todos los días a

las cinco en punto. Y cada día, sin excepción, entraba en el bar de la esquina a tomarse un par de cervezas y unos chupitos de whisky.

Kara estaba casi segura de que sufría de algún grado de alcoholismo, aunque a las seis y media se dirigía a su casa para encontrarse con Sandy. Sabía que estaban casados, aunque a ella aún no la había investigado tan a fondo, ya le llegaría el turno. Según los informes del detective Cam Roberts, estaba embarazada.

De momento tenía preparado su papel para la próxima función. Se había convertido en Lily Parris, su falsa documentación así lo corroboraba. Estaba de paso en Port Angeles, investigando la fauna marina de la zona, para lo cual tenía un barco alquilado en el puerto, que utilizaba para alejarse de la costa cuando le apetecía desconectar de todo y respirar el salitre del mar.

El día en que chocó deliberadamente con Ron en la esquina dónde se encontraba el bar al que acudía cada día, ella llevaba algunos papeles en las manos, que cayeron al suelo esparciéndose sobre la acera.

—¡Oh, perdón! —escuchó su exclamación mientras ambos se agachaban a recoger los papeles—. Lo siento, no te había visto.

Aún en cuclillas y con el torso inclinado hacia adelante, Kara levantó la mirada hacia Ron, mostrando un generoso escote y una sonrisa azorada.

—Perdóname tú, iba leyendo y caminando y estaba concentrada en mis apuntes —le rozó su mano con la suya al coger los folios que le tendía—. Soy una despistada, discúlpame.

—Iba a entrar al bar y no te he visto —volvió a excusarse Ron, fijándose en la abertura de su blusa.

—Creo que me iría bien tomarme una copa —comentó de forma casual—. ¿Te importa que te acompañe?

—Claro que no, yo invito —fue la rápida respuesta de Ron, que no podía apartar la vista de aquel par de perfectos y generosos pechos.

—No hace falta, pero gracias —Kara colocó sus papeles, los dobló y los guardó en su bolso, antes de extender su mano—. Me llamo Lily Parris.

—Ron Parks —Ron la estrechó y correspondió a su sonrisa—. ¿Eres de aquí?

—La verdad es que estoy de paso —comentó ella mientras se sentaban en sendos taburetes ante la barra—. Soy bióloga marina y estoy investigando la fauna marina de la zona.

—¡Qué interesante! —exclamó Ron—. ¿Has descubierto algo nuevo?

—Más bien intentamos entender la complejidad de los ecosistemas marinos, conservar la biodiversidad y promover un uso sostenible de los recursos marinos… —Kara frunció el ceño y se colocó bien las gafas—. ¡Lo siento! Me dejo llevar y empiezo a hablar como una sabelotodo, no me hagas caso, es deformación profesional.

—Seguro que eso que haces es importante, Lily —contestó Ron y acercó más su taburete hacia ella.

Kara le dedicó una de sus sonrisas mejor ensayadas, de las que conocía bien su efecto. Sabía que había captado su interés y no era precisamente por su profesión. La mirada de Ron no paraba de pasearse de su rostro a su pecho, con un interés creciente.

En unos días lo tendría comiendo de su mano.

No se equivocó. El bar se convirtió en su lugar de encuentro los siguientes días, se intercambiaron sus números de móvil y empezaron a enviarse mensajes sugerentes. Los besos de Lily empezaron a volver loco a Ron, que hacía tiempo que no tenía sexo con Sandy, debido a su reciente maternidad. Su relación era ya de muchos años y la novedad de esa Lily tan explosiva no le dejó plantearse sus prioridades, solo se dejó llevar por lo que le pedía el cuerpo.

Se obsesionó hasta el punto de olvidarse de Sandy y de su hijo. Había pedido unos días de vacaciones en el taller por su nacimiento y los estaba utilizando para ver a Lily y para beber todo el alcohol que le apetecía.

Kara tenía suficiente con darle migajas, todo había funcionado a la perfección, ni siquiera se había acostado con él. Se estaba haciendo la estrecha a la vez que lo excitaba hasta el límite para después darle largas hasta el día siguiente.

—No puedes tenerme más así, Lily —llegó el día en el que Ron explotó—. Si no nos acostamos pronto voy quedar reducido a cenizas por combustión espontánea.

—De acuerdo, tú ganas —Kara cedió, no quería que se enfadara y se alejara. Lo atrajo hacia ella y lo besó en la boca—. Voy a planear el día de mañana para nosotros dos. Por la mañana quiero acercarme al acuario, me interesa observar algunos especímenes difíciles de localizar en la costa. Podemos ir juntos y después… ¡nos vamos a mi hotel! Te prometo que no te vas a arrepentir de haber esperado.

—Perfecto —Ron la cogió desde la nuca y acercó su boca a la de ella—. No imaginas las ganas que te tengo.

Quedaron en la sala de las medusas, era mejor que nadie los viera entrar juntos, no le fuera a llegar el cuento a Sandy. Un lunes por la mañana era un buen día para estar prácticamente solos, o con escasos visitantes.

El día anterior a última hora, Kara se había colado en el acuario para desviar el foco de la cámara en esa sala y orientarlo hacia el techo.

Ron debía llegar antes y ella al cabo de diez minutos. Tuvo suerte y lo encontró solo en la sala. El tanque iluminado de cuatro metros de diámetro contenía unas siete mil medusas, un escenario curioso para lo que tenía en mente. Pero ya que se había metido en el papel de bióloga marina, le pareció perfecto para que los cnidarios invertebrados fueran su público. Los colores azul verdosos y el decorado del interior del tanque ofrecían un entorno envolvente de agua y reflejos ondulantes.

Kara lanzó una mirada a la cámara para asegurarse de que no la enfocaba y besó a Ron efusivamente, cogiéndolo de la pechera de la camisa.

—¡Vaya! Creo que la visita va a durar poco —Ron la cogió por la cintura, pero ella se deshizo de su abrazo.

—No te adelantes, quiero observar bien a estos bichitos —se apartó unos pasos, llevando la mano al interior de su bolso.

Miró hacia la entrada para constatar que nadie podía verlos, cogió la pistola de nueve milímetros con silenciador y se giró hacia Ron con los brazos en posición isósceles.

La expresión de sorpresa de Ron, pasó en un segundo a la de horror e incomprensión.

—Hola, Ron… soy Kara Landon —fueron las últimas e incomprensibles palabras que llegaron a sus oídos.

El disparo en la frente fue silencioso y su objetivo cayó fulminado al suelo sin llegar a pronunciar ni una palabra.

Kara se largó tan silenciosamente como había llegado, dio la voz de alarma como si hubiera encontrado al hombre tendido en el suelo al entrar en la sala de las medusas y se mostró sumamente afectada y muy impresionada.

Tras un escueto interrogatorio por parte de los primeros policías que acudieron al acuario y la toma rápida de sus datos, la dejaron marchar.

Ella se apresuró a desaparecer de aquel escenario para adoptar su siguiente papel, el que la acercaría hasta Sandy en las próximas semanas.

23

2025 – Port Angeles

Norma Stone llevaba unos días cruzando todos los datos de los que disponía para encontrar relaciones que se les hubieran pasado por alto. Le gustaba su trabajo y se le daban muy bien los ordenadores, pero se estaba preparando para presentarse a las pruebas de acceso a detective, ya que también buscaba algo más de acción. Mientras tanto sacaba brillo a sus amplios conocimientos de informática y a sus prácticas como *White Hat.*

De momento su ordenador parecía echar humo: búsquedas de nombres y localizaciones, de huellas, de archivos históricos que había que rescatar y comparar, de rostros… seguimientos de las entradas y salidas de la población de Port Angeles, intentando dar con algo que llamara su atención. Incluso hizo incursiones en la *Dark Web* en busca de lo más oculto.

No tenía los mismos medios que en las grandes ciudades, pero justo ahí, en el internet más profundo, Norma localizó algo que le dio que pensar. Tanto Stella Dean como Lily Parris eran escurridizas; no utilizaban redes sociales, no aparecía nada de su pasado y quedaba claro que la identidad de la bióloga era más falsa que una moneda de dos caras. ¿Estaban relacionadas? ¿Era Lily en realidad Stella Dean con otra identidad? ¿Era Stella otra identidad falsa? No podían probarlo, pero los detectives cada vez estaban más próximos a esa teoría.

Norma descubrió algo al revisar las entradas y salidas del aeropuerto privado.

Uno de los aviones, que había realizado varios viajes recientemente, estaba a nombre de una empresa llamada *Axioma Corporation*.

Al intentar conseguir más información, Norma descubrió que no podía obtener ni un dato sobre su actividad ni una dirección física, parecía existir sólo en la red. No era raro; las empresas «fantasma» se creaban para evadir impuestos, lavar dinero o realizar otras actividades ilícitas.

Lo más curioso es que tenía, por fin, una coincidencia. Desde hacía un tiempo, una casa de las afueras de Port Angeles, se había alquilado a nombre de la misma empresa. ¿A quién pertenecía *Axioma Corporation*? Sin duda a alguien que visitaba regularmente la ciudad en un avión privado y que había alquilado una casa. Eso era raro.

—¡Héctor! —Norma lo llamó al verlo caminar por el pasillo—. ¿Tienes un minuto?

—Claro, dime —Héctor entró en la sala que Norma compartía con otros compañeros—. ¿Has encontrado algo?

—Creo que sí —señaló la pantalla.

—¿*Axioma Corporation*? ¿Debería sonarme? —Héctor frunció el ceño, buscando en su memoria.

—No creo —Norma cogió aire— tiene toda la pinta de ser una empresa fantasma. Posee un avión privado que ha aterrizado varias veces en la terminal del Aeropuerto Internacional *William R. Fairchild* para vuelos corporativos.

—¿Empresa fantasma? ¿Crees que tiene que ver con los casos que estamos investigando? —se extrañó Héctor.

—Dime si no te parece extraño que hayan alquilado una casa con el mismo nombre en las afueras —Norma se encogió de hombros— una casa muy solitaria por lo que he podido ver en internet. Sea quien sea el asesino, necesita un lugar dónde esconderse.

—A lo mejor no es nada, pero puedo acercarme a ver qué encuentro —confirmó Héctor—. ¿No tienes más información sobre la empresa?

—Ya te digo que esa sociedad no es más que una tapadera —explicó Norma—. He consultado el nombre de los propietarios y no existen en realidad. He localizado facturas claramente ficticias y

simulaciones de transacciones inexistentes. Si no tiene que ver con el caso, lo que está claro es que esconden algo, eso seguro. Creo que no es más que un disfraz.

—Intentaré interrogar a quién ocupe la casa, a ver si consigo algo que nos sirva —Héctor miró la hora—. Pásame la dirección exacta al móvil, voy a acercarme ahora.

*****

Héctor aparcaba ante la casa, a la vez que observaba todas las ventanas cerradas. Persianas bajadas, una valla de seguridad perimetral y mucho silencio. Daba la sensación de que en ese momento no había nadie.

Llamó por el intercomunicador del cercado repetidas veces sin resultado. Prefirió no saltar la valla, estaba seguro de que saltarían las alarmas que acababa de detectar. La casa estaba muy bien protegida.

Paseó por los alrededores buscando un resquicio por el que colarse, pero no había ninguno. Decidió llamar a Norma.

—Aquí no hay nadie —Héctor no dejaba de mirar a su alrededor, solo poblado de campos, arbustos y árboles—. ¿Puedes hacer una comprobación rápida?

—Claro, dime —Norma se mostró solícita.

—Comprueba si el avión de *Axioma Corporation* sigue en el aeropuerto, por favor.

—Un segundo…

Pasaron un par de minutos, hasta que Norma pudo responder.

—El avión privado despegó hace unos días —confirmó Norma— con destino a Nueva York. ¡Qué casualidad! Justo el mismo día en que se halló el cuerpo de Ron Parks en el acuario. Y que conste que me he metido donde no debería para averiguarlo.

—Vale, fingiré que no te he oído y tu finge que no me lo has dicho, ¡gracias, Norma! —exclamó Héctor—. Intenta seguirle la pista, a ver si hay suerte.

Acababan de despedirse y Héctor estaba entrando de nuevo en su coche para volver al departamento de policía, cuando su móvil volvió a sonar.

—Norma… ¿has olvidado algo? —preguntó Héctor.

—¡No te lo vas a creer! ¡Acabo de rastrear a quién pertenece la firma de *Axioma Corporation*! He conseguido una conexión —Norma estaba exultante e hizo una pausa para darle efecto—. ¡A *Pharma Tech*! La farmacéutica de la familia Landon, la desaparecida Kara y su hermana Reena. ¿Demasiadas coincidencias?

—¡Desde luego! Estamos estrechando el cerco y Reena Landon, esté donde esté, ya puede prepararse para contestar unas cuantas preguntas —Héctor dio un golpe al volante—. ¡Hay que localizarla, ya!

—No creo que vaya a ser fácil, pero ahora tenemos razones para pedir ayuda urgente y movilizar a quién sea necesario —comentó Norma—. Intentaré contactar con su abogado.

—Hazme un favor, explícales todo esto a Martin y Colin, yo voy a acercarme al aeropuerto para hacer unas cuantas preguntas. Y pedid una orden para acceder a esta casa tan misteriosa. Habla con Pam, suele conseguirlas más rápido que nosotros.

—Por supuesto.

*****

Kara, desde su casa de Nueva York, rumiaba sobre sus próximos pasos. Sabía que iban a acorralarla pronto, pero no sería antes de que se enfrentara a Sandy Mayer. Iba a volver a Port Angeles, esta vez en el papel de Stella Dean, de nuevo. Seguro que Sandy sospechó en su momento de que Zach tenía un lío; incluso es posible que la viera desde lejos en algún momento. Quería presentarse ante ella como la mujer que apartó a su amigo Zach de su lado y después lo mató. Quería que le doliera tanto como a ella le dolieron en su día sus agravios. No le daría tiempo a avisar a nadie, sencillamente acabaría con ella antes de que pudiera hacerlo. También le hablaría de Ron para acabar de hundirla.

Debía perfilar sus pasos, aunque empezaba a acusar el cansancio de su venganza.

Habían sido años de sufrimientos, de planificar, organizar y fraguar su *vendetta*. Lo cierto es que había creído que, a aquellas alturas, el peso que acarreaba en su pecho se habría aligerado, pero constataba, día tras día, que no era así. No se sentía más ligera. Quizá cuando terminara con Sandy se quitaría ese peso de encima… a veces intentaba engañarse a sí misma, pero sabía que solo era eso, una treta para auto convencerse de que no podía hacer otra cosa.

¿Jamás conseguiría sentirse bien consigo misma y con los demás?

Estaba claro que no. Sin embargo lo que sí necesitaba era acabar lo que había empezado. Se lo debía a sí misma.

Sabía que estaba cavando su propia tumba, que se acercaba su final; pero no se dejaría vencer sin luchar, eso ya lo había hecho en su adolescencia demasiadas veces.

Decidió hacer una llamada.

—Necesito el avión preparado para el próximo lunes —detalló a su piloto particular— viajaremos hasta Seattle y necesitaré un coche alquilado para conducir yo misma hasta Port Angeles.

—No hay problema, lo preparo todo y le envío los horarios —contestó el solícito piloto.

—Mejor no me llames, mi chófer me llevará al aeropuerto a las nueve de la mañana —Kara prefería poner ella los horarios— que el avión esté preparado para volar. Gracias, Ben.

*****

—¿Has conseguido localizar el avión de *Axioma Corporatio*n? —preguntó Héctor a Norma. Estaban reunidos con el resto de detectives en la sala común.

—Nada de nada —respondió Norma— como si fuera un fantasma.

—¿Qué te han dicho en el aeropuerto? —quiso saber Colin.

—Que los aterrizajes y despegues de ese avión habían sido todos preceptivos, la documentación estaba en regla y no habían tenido motivo alguno por el que dudar de él —Héctor repitió lo que había conseguido de las autoridades del aeropuerto, o sea nada.

—Al menos, espero que nos avisen si el avión vuelve a aparecer —especuló Martin.

—Se lo he pedido y me han dicho que lo harían —Héctor los miró a todos—. Creo que haré un intento con el aeropuerto de Nueva York.

—Buena suerte, no creo que nos vayan a hacer mucho caso —se mofó Colin.

—Si tengo tanta como con las llamadas que le he hecho al abogado de Reena Landon, ese tal Derek Ellroy, no voy a sacar nada en claro, el tipo no coge el teléfono —repuso Héctor bastante cabreado por encontrarse un muro tras otro—. Lo tiene apagado y no hay manera de localizarlo. Demasiados fantasmas. Esperemos que salten las alarmas en algún momento.

*****

Cam Roberts, el detective privado que Reena Landon había contratado y para la que había estado recabando información sobre tres personas, se hallaba en el salón de su casa, recostado en el sofá, con una cerveza en la mano y a punto de buscar una película que lo distrajera un rato.

Tenía el mando señalando a la pantalla, a punto de conectarse a la plataforma de *streaming*, cuando algo llamó su atención en las noticias de la CNN, en el aparatado de sucesos.

Los rostros de dos hombres que conocía muy bien, aparecían en primer plano. Leyó los subtítulos. ¿Asesinados? Subió el volumen y se quedó escuchando. No se había equivocado, eran Zach Warren y Ron Parks. Los estuvo siguiendo cuando estaban vivos y los recordaba perfectamente, tanto como el pastón que le había pagado la misteriosa Reena Landon por ese trabajo y del que había firmado un acuerdo de confidencialidad.

Se le revolvió el estómago y le entraron ganas de vomitar. Si estaban muertos, la confidencialidad se terminaba allí y ahora. Estaba seguro de que Reena Landon lo había utilizado y no sólo para investigar. Iba a dar aviso a las autoridades de Port Angeles, no podía hacer otra cosa. No iba a implicarse en un asesinato, ni hablar. Ni por ella ni por nadie.

24

2025 – Port Angeles

El nuevo disfraz de Kara no tenía desperdicio. En un primer momento había pensado en presentarse ante Sandy como Stella Dean, después como Lily Parris, la bióloga que le robó a su marido, pero se lo pensó mejor. Iba a ser una mujer muy embarazada, a punto de dar a luz. Eso generaría cercanía y complicidad con una mujer que acababa de ser madre. Nadie se fijaría en una embarazada.

La barriga postiza y los vestidos premamá daban el pego, tanto como su nuevo aspecto; una peluca de color café de corte cleopatra, con un flequillo recto y espeso, unas lentillas oscuras y unas ojeras marcadas por el cansancio. Había estado observando a Sandy. Tenía un aspecto bastante patético, parecía caminar arrastrando los pies y su bebé lloraba mucho, quizá contagiado por la tristeza de su madre.

Cada día, a la misma hora, salía con el cochecito a dar un paseo y acababa en el espacioso parque *Children's Dreams.* Ese sería un buen lugar de encuentro; solo necesitaba acercarse, sentarse a su lado y alabar al precioso bebé. Hacerle un poco la pelota a Sandy, que seguro enseguida le explicaría su reciente tragedia y ella, como una buena amiga, la consolaría. Se la ganaría muy rápido, estaba convencida.

El día había llegado. Una soleada mañana de noviembre, fría y sin nubes. Una rara avis entre los días lluviosos y nublados que predominaban en Port Angeles a finales de otoño.

Con su disfraz ocultando su identidad y su nuevo nombre recién expedido, Nora Banner se acercó paseando hasta el banco en el que se acababa de acomodar Sandy, que acunaba a su bebé meciendo el carrito.

—¿Le importa que me siente? —Sandy levantó la cabeza y la miró—. Es que en los otros bancos no da el sol y, ya que ha salido, apetece sentirlo en el rostro.

—¡Oh! Por supuesto —Sandy se hizo a un lado y enseguida notó el enorme vientre de embarazada de la mujer—. Parece que no le falta mucho.

—Cumplo dentro de unas semanas, mi pequeña puede presentarse en cualquier momento —Kara se acarició la barriga con la palma extendida y suspiró sonoramente—. Y tu precioso bebé es muy pequeñito todavía, ¿no?

—Pronto cumplirá un mes —a Sandy se le estranguló la voz con un gemido.

—Perdona, ¿he dicho algo que te haya molestado? —Nora le puso una mano sobre el brazo y la miró angustiada.

—No, no, nada de eso, es que… es que estoy muy sensible, eso es todo.

—Supongo que los cambios hormonales son así. ¿No tendrás depresión post parto? —Kara se encogió de hombros y decidió que era el momento de presentarse—. Perdona si he resultado un poco invasiva, no nos conocemos de nada. Me llamo Nora, por cierto. Nora Banner.

—Yo soy Sandy Meyer —le dedicó una triste sonrisa— y no tienes la culpa de nada, es que hace muy poco que he perdido a mi marido. Y es muy duro ser madre sin él a mi lado. Se suponía que esto no iba a ser así.

—¡Oh, no! —Kara se llevó una mano al pecho, con un gesto teatral, y abrió mucho la boca—. ¡No puedo creerlo! Eso es una horrible tragedia, ¡por Dios!

Sandy le explicó lo ocurrido sin entrar mucho en detalles y sin imaginar que la embarazada los conocía de primera mano. De hecho, mucho mejor que ella.

Kara la escuchó con paciencia, intentó consolarla y le pasó la mano por la espalda.

El bebé de Sandy se puso a llorar y su madre lo sacó del carrito, arrebujándolo con una manta con dibujos de ositos sonrientes.

—Mi pequeño Lennie —susurró a la vez que se secaba las lágrimas.

Algo ocurrió en el interior de Kara al ver al bebé de cerca. Fue impactante, como si se le hubiera metido dentro del alma, como si se hubiera mimetizado con él, con un ser inocente y puro. Sandy se apartó un poco el chaquetón, se subió el jersey y acomodó al pequeño ante su pecho hasta que empezó a succionar con ansia.

Kara se quedó hipnotizada y Sandy la miró, creyendo que entendía lo que pasaba por su interior.

—No te darás cuenta y estarás haciendo lo mismo que yo ahora, ya verás. Es algo precioso, aunque a mí me esté costando disfrutarlo, como puedes suponer.

Kara no contestó, solo miró al bebé con una sensación extraña. ¿Culpabilidad? Era un sentimiento nuevo en ella. Lo mejor sería apartarse para gestionar esas emociones y volver al día siguiente. Su plan debía completarse y Sandy era la tercera pieza del proceso. Sin excusas.

*****

Kara pasó caminando cerca del departamento de policía. No le gustaba acercarse demasiado, pero tenía una especie de curiosidad morbosa con eso. Era satisfactorio ver a los policías desde cerca sabiendo que no iban a identificarla. Su vista se detuvo en el detective Héctor Laska, estaba segura de que era él. Desde su insidiosa llamada a Reena Landon, buscó su cara hasta encontrarla. Prefería tenerlo controlado. Ahora salía del edificio y lo vio besarse con una morena de larga melena. Había investigado sobre todo lo relacionado con el policía y su entorno, por lo que esa debía ser Pamela Sanders, una abogada defensora de los más desfavorecidos. Siempre era bueno conocer los puntos flacos de las personas y tenía uno ante ella, por si lo necesitaba en algún momento.

Kara se encontró con Sandy los días siguientes en el parque. A la joven viuda le gustaba Nora, era agradable y conseguía que no se sintiera tan sola. No explicaba mucho sobre ella, pero era amable y le hacía compañía.

Notaba la distancia que Nora imponía con su bebé, pero imaginaba que era por miedo, un temor que seguro desaparecería en cuanto tuviera al suyo entre los brazos.

Kara había tomado una decisión que jamás había imaginado: iba a dejar en paz a Sandy. Cuándo miraba al pequeño Lennie, no se veía capaz de arrebatarle a su madre. A saber dónde acabaría el bebé si no la tenía a ella. Kara no tuvo madre y siempre la había añorado, siempre había pensado que tenerla hubiera supuesto la diferencia: otro tipo de vida para ella.

No iba a hacerle eso a Lennie, iba a dejarlo correr. No es que no deseara ver a Sandy muerta, pero prevalecía su hijo sobre ella y decidió ser magnánima; jamás sabría la suerte que había tenido.

Ya que la policía aún andaba un poco perdida en su búsqueda, decidió que pronto volaría de regreso a Nueva York y allí se quedaría.

En unos meses todo el mundo se habría olvidado de Zach y Ron y quedarían archivados como casos sin resolver.

Mantendría el disfraz hasta su regreso, nadie se fijaba demasiado en las mujeres embarazadas. Aunque estaba habitando la casa alquilada, se mantenía oculta en ella, con las persianas cerradas. Todo lo visible desde el exterior se conservaba como si nadie viviera allí.

Esa mañana estaba tomando un té verde en una cafetería del extrarradio, no muy lejos del parque. Casualmente, Sandy paseaba por esa calle y al verla, sentada a una mesa, la saludó y entró para acompañarla.

—Hola, Nora —la saludó—. ¿Te importa que me siente contigo? Creo que necesito un chocolate caliente.

—Claro, Sandy —le señaló la silla ante sí—. ¿Cómo estás?

Kara no llevaba las gafas puestas, ese día no tenía previsto ver a Sandy, aunque su enorme barriga seguía en su lugar.

Sandy la miró y el estómago le dio un vuelco. Había visto antes a Nora sin sus gafas y se había fijado en el color oscuro de sus ojos, de un castaño intenso, bordeado de largas pestañas. Los que la miraban ahora eran verdes. Un verde claro e intenso que le evocó otra imagen del pasado, un rostro que no había vuelto a ver desde hacía más de doce años. Pero no era posible, ¿verdad? No se parecía en nada a aquella chica.

No pudo evitarlo y sus labios pronunciaron su nombre, arrastrados por los recuerdos. Ellos, Zach y Ron, solo veían su cuerpo. Ella estaba captando su interior, su esencia, sin saber si eso era posible.

—Kara Landon —lo dijo como un susurro y Kara se levantó como un resorte.

No contestó, no la miró, solo se marchó a toda prisa, en silencio. Era urgente desaparecer. Sandy había pronunciado el nombre que no podía ser nombrado.

*****

—El avión de *Axioma Corporation* sigue en el aeropuerto de Seattle —comunicó Norma a los detectives tras hacer una llamada—. La policía de la ciudad lo tiene vigilado, nos avisarán si pide permiso para una próxima salida.

—Si Reena Landon está por aquí y va a conducir hasta Seattle, hay controles en las carreteras de salida —contestó Héctor— aunque dudo que sea así. Esa mujer es como un espectro.

Se escucharon pasos rápidos de tacones que se acercaban hasta la sala y Héctor supo que se trataba de Pam antes de que llegara hasta ellos. No se equivocó.

—Os traigo buenas noticias —les mostró un papel, levantándolo sobre su cabeza—. Tengo la orden del juez que os da permiso para entrar en la propiedad que os interesa.

—No dudo de tu competencia, pero no tenía la seguridad de que la consiguieras —soltó Colin y Pam lo miró frunciendo el ceño.

—¿Cuándo os he fallado? —Pam le entregó la orden de registro a Héctor—. Aunque el juez me ha dicho que la próximo vez sigáis los cauces normativos para estas peticiones. Creo que se ha dado cuenta de que me utilizáis y no le hace mucha gracia.

—Voy a pasarme esta tarde —Héctor cogió a Pam de la mano y la acercó hacia él—. ¿Nos vemos cuando vuelva?

—Te esperaré en mi casa, creo que hoy acabaré pronto —contestó Pamela y le plantó un rápido beso en los labios—. Nos vemos luego, detective.

Héctor había intentado hablar con Reena Landon por teléfono sin conseguirlo. Decidió hacer un último intento antes de entrar en la casa, aunque no imaginaba que esa vez sería tan fácil y contestaría antes del tercer tono; como si hubiera estado esperando su llamada.

—Reena Landon —escuchó su voz profunda y melodiosa.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —exclamó Héctor—. Es usted muy difícil de contactar. Soy el detective Héctor Laska.

—Sé quién es usted.

—Entonces espero que me diga dónde se encuentra, ya que voy a informarla de que tengo una orden judicial que me autoriza a entrar en la casa que tiene alquilada en Port Angeles —la informó Héctor.

—¿Una casa alquilada? —Reena quiso jugar al despiste—. ¿De qué está hablando?

—De *Axioma Corporation*, o lo que parece ser una empresa creada por *Pharma Tech*, su famosa firma farmacéutica —Héctor carraspeó—. No me haga perder el tiempo, señorita Landon. ¿Conoce a Stella Dean y Lily Parris? ¿Va a decirme dónde se encuentra ahora mismo?

—Ha hecho usted los deberes, pero si es usted tan listo, puede averiguarlo —Reena colgó sin más, de golpe y muy cabreada.

—¿Se ha podido localizar? —Héctor sabía que Norma lo había intentado, pero negó con la cabeza.

—No ha dado tiempo, lo siento.

Kara se sentó y decidió que no iba a dejarse vencer tan pronto. Los nombres de sus identidades usurpadas le habían sentado mal; estaban más cerca de lo que creía.

Se había pasado la vida luchando contra los ataques recibidos, bien podía hacer lo mismo ahora: morir matando.

Una idea empezó a gestarse en su cabeza, pero no podía perder tiempo. Debía apresurarse si quería defenderse. No iba a cruzarse de brazos.

Se metió en su coche, de nuevo con la barriga postiza, y condujo por las calles de Port Angeles, en busca de alguien que podía ser su pasaporte para un intercambio. Sabía por dónde se movía y también tenía su dirección. Por suerte siempre había sido precavida.

*****

Antes de salir hacia la casa con la orden judicial para entrar e inspeccionarla, Héctor hizo un nuevo intento de contactar con Johanna Landon, la tía de la desaparecida Kara y su antipática hermana Reena. Había llamado innumerables veces desde que intuyó que los casos estaban relacionados con esa familia, pero no obtuvo respuesta. Esta vez se dio cuenta de que lo habían bloqueado, ni siquiera daba tono de llamada.

25

2025 – Port Angeles

Ryan Lambert, el teniente al mando del departamento de policía y superior de Laska, estaba preocupado por los últimos casos ocurridos en su ciudad. Tenía una reputación que mantener y Port Angeles solía ser una ciudad costera muy tranquila. Sus índices de criminalidad eran muy inferiores a los de las grandes ciudades y él quería seguir manteniendo esos estándares.

Estaba revisando los pequeños avances conseguidos, ya que exigía a sus detectives que lo mantuvieran al día de cada pequeña conquista, cuando le entró una llamada desde la centralita.

—Teniente, tengo en línea a un detective privado que insiste en hablar con usted, un tal Cam Roberts —le comunicó el operador—, dice que tiene información relativa a los recientes asesinatos que han aparecido en los medios.

—Pásamelo —no solía atender llamadas de desconocidos, pero podía ser importante. Escuchó un click—. ¿Con quién hablo?

—Buenos días y perdone que le moleste —una voz grave y algo áspera se escuchó al otro lado—. Me llamo Cam Roberts y soy detective privado en Nueva York. Tengo una información que tal vez les interese.

—¿Nueva York? —se extrañó Lambert—. Usted dirá…

—Mire, cuando he visto las imágenes de los dos hombres asesinados en Port Angeles, los he reconocido enseguida —Cam hizo una pausa—. Estuve investigando a esos hombres y a una mujer hace unos meses. Se trataba de un encargo.

—¿Un encargo? ¿Quién era la mujer investigada? —Lambert se incorporó en su asiento, aquello podía ser importante.

—La mujer era la esposa de Ron Parks, Sandy Mayer —explicó Cam—. Los estuve siguiendo y comprobando sus rutinas en Port

Angeles durante unas semanas, casi un mes y medio. Hice mis informes, los entregué y ahí acabó mi trabajo. Me pagaron muy bien, por cierto.

—¿Quién le pidió que lo hiciera? —Lambert carraspeó—. Podría ser el asesino, como comprenderá.

—Me hizo firmar un acuerdo de confidencialidad y lo hice, aunque en ese momento pensé que no era más que el capricho de una tía muy rica que quería información de gente de su pasado —Cam hablaba rápido y estaba nervioso.

—Mire, lo de la confidencialidad…

—Lo sé, lo sé —lo cortó Cam—. No sirve de nada ahora. Ha muerto gente. Y se trata de una mujer. Me dijo que se llamaba Stella Dean, una pelirroja muy llamativa.

—Me suena mucho ese nombre —Lambert se llevó una mano a la cabeza—. Es posible que necesite una declaración formal de lo que me está contando.

—Estoy en Nueva York, yo vivo aquí, si le sirve puedo enviarles una declaración firmada y mi documentación —se avino Cam.

—Se lo agradezco, aunque si llegamos a una detención y un juicio es posible que solicitemos su presencia como testigo.

—Si es necesario que viaje, lo haré.

—Gracias, detective Roberts —Lambert se dispuso a colgar—. Estaremos en contacto.

*****

Pam acababa de salir del departamento de policía, tras una entrevista con un detenido por vender unos gramos de cocaína. El chaval llevaba tres detenciones y no sabía si esta vez iba a poder librarlo de la acusación de tráfico a causa de su reincidencia.

Estaba dando vueltas a sus opciones y caminaba hacia su coche, aparcado en un callejón algo alejado.

En cuanto giró por él y dio unos pasos, se fijó en una mujer, muy embarazada, que se encogía sobre su inexistente cintura y gemía llevándose las manos a su bajo vientre. Pam se acercó corriendo hacia ella.

—¡Hola! ¿Necesitas ayuda? —Apoyó una mano sobre su espalda —. ¿Te encuentras mal?

—Creo… —otro gemido lastimero—, creo que estoy de parto. ¡Ay! ¡Y duele mucho!

—¿Aviso a alguien? —Preguntó Pam—. ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—¡No, no! Mi marido está en París, por un viaje de trabajo, y no llegará para el nacimiento, visto que se ha adelantado un poco… ¡Auch! —la embarazada empezó a jadear—. ¿Tienes coche? ¿Te importaría acercarme al *Olympic Medical Center*? Allí está mi médico.

—No, claro que no —Pam desbloqueó las puertas con el mando —. Vamos, yo te llevo.

Pam la ayudó a sentarse en el asiento del acompañante y se puso al volante. El Hospital no estaba demasiado lejos, esperaba llegar a tiempo.

Pam la iba mirando de reojo, mientras la embarazada se quejaba y le pedía que se diera prisa.

En cuanto se alejaron unas cuantas calles y se internaron en otras menos concurridas, un arma se incrustó en el costado de Pam, que no entendía que estaba ocurriendo.

La voz de quejosa mujer cambió de repente, ahora era autoritaria y altiva; despectiva y rabiosa a la vez.

—Lo que notas en tu costado es un arma, o sea que espero que no me hagas utilizarla porque te aseguró que, si no haces lo que te pido, no dudaré en apretar el gatillo.

—¿Quién eres? —Pam no quería derrumbarse, pero estaba a punto de hacerlo. Inspiró con fuerza y volvió a preguntar con voz temblorosa—. ¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres?

—¡Demasiadas preguntas! De momento vamos a mi casa, sigue mis indicaciones —respondió Kara y Pam solo asintió con la cabeza.

Kara le iba guiando durante el trayecto, sin apartar el arma de su costado, mientras Pamela tenía mil ideas dando vueltas en su cabeza. ¿Por qué ella? Hasta que se acercaron a la casa y la vio de

lejos. ¡Era la dirección de la que había pedido la orden de registro al juez! Aquello estaba relacionado con los casos de los asesinatos de Zach Warren y Ron Parks. ¿Por qué ella? Esa mujer ¿era Reena Landon, la hermana de la desaparecida Kara? No se parecían en nada a su hermana.

Lo único que se le ocurría es que la mujer la hubiera visto con Héctor, que supiera de su relación con la policía y la estuviera reteniendo para utilizarla como intercambio.

Llegaron a las inmediaciones de la casa, Kara abrió la verja con su mando a distancia y, al llegar ante las puertas de la casa, hizo que aparcara el coche en el garaje.

Desde el interior accedieron a una escalera que conectaba con el vestíbulo y la planta baja.

Kara dirigió a Pam, a punta de pistola, hasta una de las habitaciones de la planta superior. Allí la esperaba una silla con una cadena y un candado. Kara hizo que se sentara y rodeó la cadena a la silla y a una tubería a la vista, típica de las casas antiguas, ahora utilizada como elemento decorativo.

Pam miró la tubería decorada con flores y hojas y cerró los ojos. Estaba temblando. Pensó en Héctor. En teoría no tardaría nada en llegar a esa casa para registrar su interior. Esperaba que no lo hiciera solo.

—Dame tu móvil —le ordenó Kara, al ver que no estaba en su bolso y Pam le señaló el bolsillo del pantalón— vamos a hacerte una foto, bonita.

*****

Héctor y Colin esperaron hasta que Martin acabó con lo que tenía entre manos. Iban a ir los tres a la casa para la cual habían conseguido la orden de registro. Los acompañarían un par de patrullas. Órdenes de Lambert, que les había informado de la llamada del detective Cam Roberts y de su trabajo para la enigmática Reena Landon. Parecía que por fin tenían algún hilo del

que tirar, por lo que la inspección debía ser concienzuda, estuviera ella en la casa o no.

Estaban ya muy cerca cuando Héctor notó la vibración del móvil en su bolsillo. Como conducía Colin lo sacó y leyó el nombre de Pam, lo cual le arrancó una sonrisa. Abrió el mensaje y se encontró con una fotografía.

Una imagen que lo dejó sin respiración, que le encogió el estómago y le borró la sonrisa de un plumazo. Pam estaba sentada en una silla, atada a ella con una cadena que a la vez rodeaba lo que parecía una tubería y una mano empuñando un arma apuntaba a su mejilla. La mano estaba enguantada y la pistola parecía una *Sig Sauer* de 9 mm.

Bajo la imagen una sola frase: «no entréis en la casa o me matará».

El corazón casi se le salió del pecho al leer lo que parecía una sentencia.

—¡Frena! Avisa a las patrullas de que no se acerquen más —gritó a Colin.

—¿Qué te pasa? —Colin dio un volantazo y frenó a un lado del camino—. ¿Qué estás mirando?

—Han secuestrado a Pam, me han enviado esta foto —les mostró la imagen y los detectives se miraron resoplando.

—¡Vaya mierda! Necesitamos preparar esto, no podemos entrar como si nada —comentó Martin.

—No quiero poner a Pam en peligro —Héctor sabía que ella era su prioridad, pero quizá sus compañeros no lo vieran igual.

—Oye, estás demasiado implicado —comentó Colin, poniendo una mano en su hombro— no deberías participar en esto.

—¡Intenta impedírmelo! —Héctor le apartó la mano de un manotazo—. ¡Ni lo sueñes! ¿Me oyes? Sólo digo que hay que hacer las cosas bien. Quiero tener cerca a un francotirador, por si hay posibilidades de tener a esa hija de puta a tiro.

—Voy a pedirlo —se avino Martin— y vamos a avisar a las patrullas de esto, nos siguen y deben estar intrigados con nuestra

parada.

Pasaron unos minutos dónde se sucedieron las llamadas y los avisos para informar de la fotografía que habían recibido. Lambert se alteró mucho con ello.

—¡Quiero a la abogada sana y salva! Os envío refuerzos y al francotirador —les informó— habéis tenido suerte y hemos localizado a uno que no estaba demasiado lejos, aunque no llegará hasta dentro de una hora, al menos. También tengo a una negociadora, ella estará con vosotros en un rato. Enviadme la ubicación exacta donde os encontráis.

Héctor intentó calmarse, no le haría ningún bien a Pam si no tomaba las decisiones con la cabeza; no podía dejarse llevar por las ganas de entrar en la casa a la fuerza para sacarla de allí. Si la retenía Reena Landon, y tenía todos los números de que así fuera, esa mujer era una asesina. Se había cargado a Zach y Ron, no era prudente provocarla.

—Creo que voy a llamar al móvil de Pam, ha enviado la foto desde ahí —miró a sus compañeros que asintieron en silencio.

Al tercer tono se escuchó una voz.

—Detective Laska, parece que no puede dejar de buscarme. Aquí me tiene —era ella, ahora estaba claro.

—Reena Landon —Héctor lo dijo con aplomo—. Ahora te has puesto en el punto de mira, te has sentido acorralada.

—Sois un poco insistentes, sólo me estoy defendiendo —Kara hablaba con calma, aunque un ramalazo de angustia le oprimía el cuello.

—Deja salir a Pamela Sanders y entonces podremos hablar —Héctor hizo un primer intento sabiendo que no serviría de nada.

—Eres muy predecible, detective. Imaginaba que dirías eso.

—No tienes escapatoria, Reena —Héctor inspiró con fuerza—. Deberías saber que esto no acabará bien para ti, pero si lo dejas ahora podemos llegar a algún acuerdo.

—¿Crees que con esas palabras vas a engatusarme? —una risa perversa y a la vez atribulada le llegó clara y cortante—. Vamos a poner el cronómetro para la cuenta atrás. Éstas son mis condiciones.

Héctor miró a sus compañeros y ambos asintieron dándole ánimos en silencio.

—Voy a salir con tu novia delante de mí —le dijo Kara, mientras buscaba una solución—. Tengo un arma, ya lo has visto, y no dudaré en utilizarla si no hacéis lo que os diga. Nos esperarás ante la valla en un coche. Solo ocupado por ti, por nadie más. No quiero a nadie más cerca. Tú conducirás y Pamela y yo subiremos al coche en los asientos traseros. Nos llevarás hasta el aeropuerto *William R. Fairchild,* donde mi avión privado nos estará esperando. Pam volará conmigo hasta mi primer destino, dónde la dejaré libre, si cumplís con lo pactado. Si no lo haces así, me capturarás o me matarás, pero me llevaré a Pamela conmigo al infierno.

—Te llamaré en quince minutos —contestó Héctor con los dientes apretados.

—El tiempo corre, detective —otra risa que le revolvió las tripas —. Tic, tac, tic, tac…

26

2025 – Port Angeles

Sandy Meyer decidió que la intuición que había tenido con la mujer embarazada que conoció en el parque, podía no ser nada; pero no se quedaría tranquila si no hablaba con la policía. Era muy probable que la tomaran por loca, pero se sentía tan exhausta que todo le daba un poco igual.

Llevaba a su bebé dormido sujeto a su cuerpo con un portabebés. Abrió la puerta principal y se acercó al mostrador de la recepción.

—Buenos días —lo cierto es que no sabía por dónde empezar—. ¿Está aquí alguno de los detectives? Soy la mujer de Ron Parks, el hombre que fue asesinado hace muy poco tiempo en el acuario. Es un caso abierto.

—¡Oh! Señora Parks —el joven novato que atendía la entrada frunció el ceño—. Lo siento pero estamos bajo mínimos, los detectives no están ahora mismo. Si quiere puede atenderla alguno de los policías que quedan ahora por las oficinas.

—Bueno, no sé… —Sandy estaba a punto de marcharse cuando una uniformada pasó muy cerca y se la quedó mirando.

—Hola, ¿No es usted Sandy Mayer? —Norma la reconoció por las fotografías y recordó haberla visto por allí en alguna ocasión, cuando mataron a su marido.

—Sí, necesito contarles algo, pero puedo volver en otro momento.

Norma sabía que el caso de los asesinatos estaba en un momento muy peliagudo y cualquier información sería bienvenida.

—Por favor, acompáñeme, los detectives no están, pero estoy al tanto del caso de su marido —Norma le señaló el pasillo y se

encaminaron hacia allí—. Puede contarme lo que sea, yo la escucharé.

Entraron en una pequeña sala y se sentaron a ambos lados de una mesilla cuadrada, cara a cara.

—Usted dirá —Norma la invitó a hablar.

—Ahora me parece una tontería —Sandy estaba segura de que todo eran imaginaciones suyas y empezó a sentirse avergonzada de su impulso—. Creí haber visto a una persona del pasado, pero me parece que me he equivocado.

—Hagamos algo —propuso Norma— usted me explica sus impresiones sobre esa persona, todo lo que se le ocurra o recuerde. Quizá exista una parte equivocada o errónea, pero cualquier detalle que pueda acercarnos a resolver el caso será un paso adelante.

—De acuerdo —Lennie se removió en el portabebés y Sandy le puso el chupete—. Hace unos días conocí a una mujer embarazada en el parque. Me dijo que se llamaba Nora Banner y que le faltaba poco para cumplir, creo que estaba de treinta y ocho semanas. Hicimos buenas migas y acabamos por explicarnos la vida. Fue muy amable conmigo. Me fijé varias veces en sus ojos de color castaño oscuro, bordeados de largas pestañas. Ayer… ayer me la encontré en una cafetería, por casualidad.

—Tranquila —Norma le cogió una mano, al notar su nerviosismo —. A su ritmo.

—El caso es que, cuando la miré a la cara, ya no tenía los ojos marrones, sino verdes —Sandy levantó la vista y miró a la policía, que seguía su relato con interés—. Un verde muy claro y muy especial, casi trasparente. Sabía que los había visto antes, ¡lo sabía! Su cara se me apareció como un flash: eran idénticos a los de Kara Landon, la chica que desapareció hace doce años. Ya sabe que yo la conocía. Esos ojos eran suyos.

—Bueno… —Norma entrecerró los ojos— la gente lleva lentillas, esa podría ser la explicación, Sandy.

—Mire, lo siento si le he hecho perder el tiempo, yo sólo…

—¡No, no! ¡Claro que no! —Norma hizo una pausa—. No creo que pueda ser Kara Landon, la verdad. Pero podría ser su hermana, Reena Landon.

—Hay algo que no me cuadra en todo esto —Sandy negaba con la cabeza—. Yo conocía a Kara, coincidimos varios veranos en Port Angeles, cuando venía a casa de su abuela. Y no tenía ninguna hermana, se lo aseguro. No es que fuéramos muy amigas, pero siempre fue una hija única que perdió a su madre cuando nació y nunca dijo que su padre se hubiera vuelto a casar. Aunque la verdad es que si la mujer es Kara ha cambiado tanto que está irreconocible.

—Se pueden tener hijos sin casarse, Sandy —Norma se frotó los ojos—. Pueden ser hemanastras. Y nadie cambia tanto en doce años, hasta el punto de no ser reconocible, creo yo.

—Vale, yo solo quería comentarlo, por si ayudaba en algo —el bebé empezó a llorar desconsolado—. Tengo que irme, gracias por escucharme.

Cuando Sandy se marchó, Norma envió un escueto mensaje a los detectives para explicarles la impresión de la mujer. No creyó que tuviera recorrido, pero no había que obviar ningún dato.

*****

Héctor leyó el mensaje de Norma, pero no le hizo mucho caso; en ese momento estaba pendiente de los minutos que le quedaban antes de hacer lo que Reena le había pedido.

El francotirador no había llegado y se les acababa el tiempo; de los quince minutos de plazo solo quedaban cinco. En Port Angeles tenían oficiales de patrulla, cabos y sargentos; un equipo canino y unos cuantos administrativos. Detectives, división de registros y de evidencias. Pero no francotiradores ni negociadores.

Héctor pensó en los recursos que hubiera tenido en Seattle, cuando trabajaba en la gran ciudad. Hubieran sido muchos más, pero ahora contaba con lo que tenía allí, mejor no ofuscarse y trabajar con lo que pudiera.

—No podemos dejar que escape —comentó Héctor con sus compañeros—. Pero tengo miedo por Pamela.

—Por suerte hemos podido colocar un localizador en el coche —comentó Colin— al menos sabremos en todo momento dónde os encontráis. Se la pasaremos al francotirador, llegará en helicóptero.

—Espero que eso sirva de algo —Héctor miró su reloj—. Ya es la hora.

*****

Durante el tiempo en que los detectives preparaban el operativo para liberar a Pamela y capturar a Reena, ambas se encontraban en el interior de la casa.

Pam había decidido que no iba a quedarse callada y llorosa, por muy mal que lo estuviera pasando.

Esa mujer era una asesina y ella estaba interesada en saber qué la había llevado hasta allí. No es que esperara una confesión, pero al menos intentaría distraerla y enterarse de algo.

—¿No vas a decirme por qué razón estás haciendo todo esto? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—No creo que te interese saber nada sobre mí —fue la respuesta escueta de Kara.

—Al contrario, siempre me he sentido fascinada por la forma de pensar y proceder de un asesino y eso es lo que eres, ¿no? —Pam no sabía hasta dónde podía presionar, pero iba a probar los límites de la mujer que la apuntaba con un arma. Era un gran riesgo, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Me estás llamando asesina? —Kara frunció los labios en una mueca y la miró con desprecio.

—Bueno, por lo que conozco del caso, todo apunta a que Reena Landon, o sea tú, eres sospechosa de estar relacionada con los asesinatos de Zach Warren y Ron Parks —Kara no contestó, era interesante saber lo que habían averiguado de ella.

—No es momento para que te explique mi vida —Kara negó con la cabeza, pero la abogada no cerraba la boca.

—Vamos a ponernos en el caso hipotético de que hayas asesinado, o pagado a alguien para que lo haga, a esos dos hombres —Kara la observaba sin abrir la boca y Pam se fijó en esos ojos verdes que parecían esconder muchos secretos—. ¿Sabes?, a veces creo que la verdadera prisión no es un lugar físico.

—¡Cállate, abogada! No estoy aquí para seguir tus jueguecitos mentales.

—Claro, lo que tú digas —contestó Pam sin perder la compostura—. Pero déjame decirte algo: si me dejas salir de aquí con vida y decides seguir con la tuya, aún podrías tener un largo tramo por recorrer, un futuro. Imagina…

—¿Qué? —la interrumpió Kara cruzando los brazos—¿Vas a asustarme con historias de posibles condenas?

—No, no se trata de contar cuentos inventados —Pam rió sin ganas—. Hablemos de realidades. Una vez que te atrapen, y que conste que lo harán, lo que te espera puede ser peor que cualquiera de tus asesinatos. Las celdas no son habitaciones confortables, ¿sabes? Y las compañeras de prisión... bueno, digamos que pueden ser muy agresivas.

—No voy a ir a la cárcel —Kara negó con la cabeza—. Tengo un plan.

—Un plan, dices —Pam inclinó la cabeza, interesada—. Pero el problema con los planes es que siempre hay demasiados imprevistos. ¿Te imaginas el juicio si te pillan? Tu rostro en todas las pantallas, en las redes, en todos los periódicos... "*Reena, la asesina de Port Angeles*".

—Te digo que no voy a ir a la cárcel —Kara insistió y la miró con desprecio—. Mi vida entera ha sido como estar en una cárcel. Y te aseguro que no creo que la prisión sea peor de lo que ya he vivido. Ya he estado ahí desde siempre; ni te imaginas lo que puede ser, no con tu cara.

—Una mujer rica y guapa como tú… —Pam la miró con desconfianza, igual se estaba pasando, pero no pudo frenarse—. ¿Fuiste una pobre niña rica a la que no hacían mucho caso? ¡Qué penita me das!

—Fui una niña rica y desgraciada y de todo menos guapa —Kara sintió la necesidad de dejar salir aquel secreto que había guardado durante tantos años.

Ni siquiera sabía la razón del porqué en ese momento. Pero le parecía injusto que la trataran como si lo que había hecho hubiera sido un capricho. Tuvo sus razones. Y pensó que si moría en aquel embrollo en el que se encontraba, al menos que alguien supiera la verdad. Iba a dejar constancia de su pasado. Pam la miró en silencio, seguramente sopesando si estaba mintiendo y Kara decidió continuar.

—Supongo que has oído hablar de Kara Landon.

—Tu hermana desaparecida, ¿no? —inquirió Pam—. Llegué a coincidir con ella aquel verano; la recuerdo.

—No tengo hermanas —hizo una pausa y los latidos de su corazón se aceleraron hasta conseguir que le faltara el aire—. Yo soy Kara Landon. Y también me acuerdo de ti. Fuiste amable conmigo.

—¿Cómo? ¿Me tomas el pelo? ¡Pero eso es imposible!

—¡¿Vas a escucharme, joder?! —la interrumpió Kara—. Reena Landon no es más que un invento. No puedes ni imaginar mi infancia, abogada. Sufrí acoso, maltrato y *bullying* desde que recuerdo. Siempre.

Kara sentía que era el momento de compartir su historia, la que había llevado a dos hombres a su tumba y a ella a esa oscura prisión emocional.

—¿Sabes…? —comenzó, su voz casi un susurro—. Siempre fui la niña fea y gorda de la escuela. En cada rincón, en cada pasillo, las risas me seguían como sombras. Gorda era el insulto más suave. Resonaban en mi cabeza, en mi alma —sus manos temblaban mientras jugaba con una hebra de su cabello, tratando de calmarse —. Nunca encajé, nunca fui parte de nada. Era como si llevara un cartel sobre mi cabeza que decía: «No te acerques». Los chicos me ignoraban o se mofaban a mis espaldas y las chicas se reían de mí ante mis narices. Eran muy crueles.

—Siento oír eso, pero tú no puedes ser Kara, eres preciosa —la interrumpió Pam.

—No conoces toda la historia, aunque recordarás que desaparecí en las montañas del Parque Olympic —Kara la miró a los ojos y Pam asintió con la boca abierta sin acabar de creer en sus palabras—. Zach, Ron y Sandy se habían hecho pasar por mis amigos ese verano debido a una apuesta con el resto del grupo. Aquel día empezaron a burlarse de mí y descubrí la cruda realidad. La decepción fue máxima y me alejé llorando de ellos, que me abandonaron a mi suerte. Me perdí. No solo escapaba de ellos, también de mi misma. Durante semanas, pensaron que había muerto.

—¿Sobreviviste sola? —Pam no acababa de entenderlo, pero esa mujer no estaba mintiendo, o era una actriz consumada.

—Me atacó un puma y me destrozó la cara de un zarpazo, me mordió en un brazo y una pierna —la expresión en el rostro de Pam mostró el horror que sentía— y una ermitaña que vive en las montañas me salvó y me curó. Nora. Si no hubiera sido por ella hubiera muerto.

—Eso es horrible.

—Ni te lo imaginas —Kara seguía con la pistola en la mano, pero ya no apuntaba a Pam—. Fue entonces cuando decidí que debía transformarme. Entonces, además, tenía unas cicatrices repulsivas. Comencé a planear mi regreso, y para hacerlo, necesitaba volver a nacer. Obtuve la ayuda que necesitaba en la mejor clínica de cirugía estética, en la que estuve ingresada durante larguísimos períodos. Han sido años de sufrimiento. Cada corte y cada sutura fueron pasos hacia mi venganza. Ya no era la niña débil y fea. Era alguien que podía hacerles daño y jugar con ellos de igual a igual. Los hombres que maté… ellos fueron parte de ese dolor. Ellos representaban todo el odio que he guardado en mi interior durante años.

Pam la miraba, comprendiendo que detrás de cada hecho atroz había una historia desgarradora. No la exculpaba de sus crímenes, por supuesto, pero entendía mejor lo ocurrido. Ese era el móvil, esas

eran sus razones, sus motivaciones, por erróneas que fueran.

—No quería que nadie volviera a hacerme sentir así —continuó Kara— y ahora estoy aquí, esperando que entiendas que esto no es locura, es simple supervivencia. Tú ahora sabes la verdad. Eres la única.

La habitación se quedó en silencio, un eco pesado de palabras que resonaban y que, aunque llenas de horror, encontraban su origen en el sufrimiento de una infancia rota y una adolescencia insoportable.

—Es la hora. —Kara miró su reloj—. Es tu turno. Hablarás con Laska y le pedirás que no haga ninguna tontería o serás tú quien pague las consecuencias. Lo sentiría por ti, pero no dejarías de ser un daño colateral y una carga más a mis espaldas. Algo que mi alma perdida podrá soportar.

Kara se quedó pensativa y miró a Pam a los ojos antes de decidirse a volver a hablar.

—Solo una de las dos sobrevivirá a esta locura —afirmó—. Si has de ser tú, quiero que expliques mi historia y las razones que me han llevado hasta este momento.

27

2025 – Port Angeles

Héctor se acercó en el coche hasta la valla, él solo, tal como le había indicado Reena Landon.

Estaba muy alterado, pero sabía que debía mantener la calma, eso era algo primordial. No paraban de llegarle recuerdos del tiroteo de Seattle en el que perdió a uno de sus compañeros y otros resultaron heridos. Ahora se trataba de Pam. Si entonces tuvo que soportar la terapia durante meses, ahora sabía que no podría recuperarse si perdía a la mujer que amaba. Haría lo que fuera por ella, pero la quería viva, sana y salva.

—«*No te perderemos de vista, tranquilo*» —escuchó a Colin a través del diminuto pinganillo que llevaba incrustado en el oído izquierdo.

—No actuéis si no os lo pido, no quiero poner a Pam en peligro —contestó Héctor, sin dejar de observar la puerta de la casa.

A la hora pactada se abrió la puerta principal y, por fin, pudo ver a Pam. Llevaba las manos sujetas a una cadena, el brazo izquierdo de Reena le rodeaba el cuello y con el derecho hundía el cañón de su pistola en la mejilla. Avanzaron lentamente, Pam sin despegar la vista del coche y Reena mirando hacia todos lados, intentando detectar cualquier peligro alrededor.

Al ver de cerca a Héctor, cuando estaban a punto de entrar en el coche, Pam le hizo un gesto de asentimiento intentando comunicarle que estaba bien.

Ambas se sentaron en la parte trasera del coche, sin que el arma se alejara ni un milímetro del rostro de Pam.

—Bien, detective —la mirada de ambos se cruzó a través del espejo retrovisor— arranca y no hagas ninguna tontería si quieres conservar a tu chica con vida.

—Estoy bien, Héctor —musitó Pam y Kara oprimió con fuerza el cañón del arma contra la mejilla.

—¡Tú a callar! —exclamó y volvió a mirar a Héctor, que ya estaba alejándose de los aledaños de la casa, para alcanzar la carretera que los llevaría fuera del pueblo, en dirección al aeropuerto.

—Si le haces daño a Pamela date por muerta, te aviso —Héctor no pudo contener sus palabras.

—«*Calma, Romeo, respira hondo*» —escuchó la voz de Colin en su oído—. «*El francotirador llegará al aeropuerto antes que vosotros, ya está cerca*».

Se hizo el silencio en el interior del coche, mientas Héctor conducía despacio y no dejaba de echar ojeadas por el espejo retrovisor, sobre todo calibrando el estado real de Pam. Estaba asustada, pero lo llevaba bien, entera. Esa pistola en la mejilla pondría a cualquiera al límite de su resistencia.

—Acelera, Laska —Kara iba controlando todo a su alrededor— si estás haciendo tiempo, te estás equivocando. Recuerda que Pamela se sube conmigo al avión.

Héctor no contestó y aceleró. Le entraban ganas de frenar, sacar a esa asesina del coche y meterla en la cárcel, pero la *Sig Sauer* que apuntaba a Pam era un obstáculo poderoso.

—«*El francotirador ya está en el aeropuerto. Se ha colocado en el tejado de una torre de control*» —las noticias de Colin en su oído le hicieron respirar hondo, aunque no pudiera contestar—. «*Se ha identificado el avión a nombre de Axioma Corporation y se ha detenido al piloto. En su lugar hay un policía y otro escondido en el baño, por si el francotirador no puede disparar antes. Tranquilo, todo está controlado*. *No creo que esa mujer crea que somos tan tontos,*

imagino que en realidad no quiere subir al avión, pero tenemos varios flancos controlados y todas las posibles salidas.»

Héctor pensó que por fin aquella locura tendría un buen final. Esperaba que nada se torciera y salieran ilesos de allí. Ahora estaba claro que esa mujer, Reena Landon, era la responsable de las muertes de Zach y Ron. Aún no conocían sus motivos, pero estaba seguro que estaban relacionados con la desaparición de su hermana hacía doce años. Tenía muchas ganas de interrogarla, pero sobre todo de que Pam estuviera a salvo y lejos de ella.

Cuando ya estaban cercanos al aeropuerto y a la entrada al hangar de vuelos corporativos, Kara le hizo frenar ante una hilera de taxis que iban recogiendo viajeros que acababan de aterrizar.

—Para aquí —Kara bajó la pistola hasta el costado de Pam, para no llamar la atención—. Como puedes imaginar, estoy segura de que mi avión está más que controlado. No vamos a subir. Un taxi nos servirá.

—Ya lo imaginaba, espero que no llegues muy lejos.

El francotirador, apostado en las alturas, tenía visibilidad sobre la zona de taxis, pero demasiada gente paseaba por allí. Era peligroso disparar desde aquella distancia, muchas cosas podían salir mal. Enfocó hacia el coche de Héctor y vio salir a las dos mujeres. Sus cuerpos estaban pegados y en movimiento. Tendría que esperar al momento justo en que entraran en el taxi.

Kara, con Pam pegada a ella a la fuerza, avanzó hacia el siguiente taxi libre y se asomó a la ventanilla del conductor con la pistola en la mano.

—Baje del taxi, yo conduzco —el hombre la miró asustado y asintió boquiabierto, levantando las manos.

La gente alrededor, ocupados con sus maletas y hablando entre ellos, no se fijaron en aquellas mujeres, pero Héctor no las perdía de vista. Miró a Pam, que lo observaba desde la distancia y le hizo una señal para que se tirara al suelo, justo en el momento en el que Kara

hablaba con el taxista. Acababa de recibir instrucciones del francotirador, para que le diera espacio y no fallara el tiro.

La primera bala se incrustó en el hombro de Kara; mientras el francotirador disparaba la segunda, pasaron varias cosas: Pam intentó levantarse del suelo al que se había tirado, uno de los agentes aéreos federales del aeropuerto que estaba cerca y había detectado el arma de Kara, disparó en su dirección, justo cuando Pam se levantaba. El segundo proyectil del francotirador se perdió entre el caos de gente que reaccionó a los disparos y la bala del agente aéreo atravesó el brazo izquierdo de Pam.

A partir de ese instante todo fueron gritos y carreras. Héctor corrió hacia Pam al verla caer y Colin y Martin, que esperaban en la zona, corrieron para apresar a Kara, que todavía tenía el arma en la mano.

Mientras Héctor abrazaba a Pam y comprobaba sus heridas, presionando el brazo para controlar la hemorragia, una ambulancia se acercaba, abriéndose paso entre la muchedumbre con la sirena a todo volumen. Pam y Kara volvieron a cruzar sus miradas.

Colin y Martin no llegaron a tiempo. Kara dirigió el cañón de su arma a su boca abierta y disparó sin vacilar, haciendo estallar su cabeza.

Pam chilló, al igual que la gente que vio lo mismo que ella.

—¡Oh! ¡Dios mío! —sollozó Pam al ver la sangre esparcida alrededor de la mujer.

—Ya está aquí la ambulancia —Héctor cogió en brazos y la apartó de aquella visión macabra—. Vamos, cariño, te pondrás bien. Reena ya está muerta, no puede hacerte nada.

—No es Reena —esa afirmación hizo que Héctor frunciera el ceño y mirara a Pam a los ojos—. Ella es Kara Landon.

*****

Pam se desmayó en la ambulancia. Informaron a Héctor de que sus constantes eran normales dentro de lo que se podía esperar en

un caso como ese. El desmayo era el resultado de un estrés muy elevado al que el cuerpo reaccionaba con la desconexión cuando no podía soportar más tensión. No era preocupante y la hemorragia estaba controlada. Por suerte no había tocado a ninguna arteria principal y en cuanto llegaran al hospital la esperaban en el quirófano.

Héctor pasó las siguientes dos horas en una sala de espera, volviéndose loco. Llamó a Oliver, sus compañeros de piso se preocuparían si no volvía a casa por la noche.

Le daba vueltas a las últimas palabras de Pam, aunque no sabía si eran resultado del mal trago que había pasado. En ese momento, lo que más le preocupaba era su salud. Por mucho que le hubieran asegurado que estaba bien y que tras la recuperación solo le quedaría una cicatriz, no podía evitar tener pensamientos oscuros. Su nivel de adrenalina estaba por las nubes.

Miró su reloj de pulsera por enésima vez. Antes de que apareciera el cirujano, escuchó pasos a su izquierda y vio llegar a Colin y a Oliver.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a su compañero.

—¿A ti que te parece? —Colin le dio una palmada en el brazo—. Me he escaqueado del papeleo y he dejado que Martin se ocupe.

—Oliver —saludó al amigo de Pam— gracias por venir, Pam sigue en quirófano, aunque me han asegurado…

—¿Familiares de Pamela Sanders? —en ese instante apareció el cirujano y los interrumpió.

—Soy su pareja —dijo Héctor acercándose.

—Soy su amigo —Oliver lo dijo a la vez que veía llegar a Ford, su pareja, al que había avisado enseguida.

Colin se quedó en un segundo plano, mientras el médico los miraba a ambos.

—¿Cómo está Pamela? —preguntó Héctor y, al instante, le tranquilizó ver la sonrisa del doctor.

—Todo ha ido bien —comentó mirando a ambos—. Por suerte es una mujer joven y fuerte y se recuperará sin problemas. Llevará el brazo en cabestrillo unos días y, en cuanto la herida cicatrice, empezará con la fisioterapia para recuperar totalmente la movilidad.

—¡Gracias, doctor! —Héctor le estrechó la mano—. Estaba muy preocupado.

—Pues esté tranquilo, el feto también está bien —fue la respuesta que dejó a los tres hombres sin palabras—. Hemos detectado el embarazo con las analíticas, antes de la operación, por lo que lo hemos controlado con una ecografía y todo está correcto y evoluciona a la perfección. En cuanto la señorita Sanders despierte de la anestesia le haremos saber que no tiene de qué preocuparse.

El cirujano se alejó y los tres hombres se miraron con expresiones de estupefacción, sobre todo Héctor, al que le temblaban las piernas.

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó a Oliver entrecerrando los ojos.

—Te juro que no tenía ni idea —Héctor detectó la verdad en Oliver, a la vez que Ford negaba con la cabeza con la misma expresión de asombro.

—Parece que tú tampoco —intervino Colin, sin poder contener una sonrisa—. ¿Verdad, Laska?

EPÍLOGO

2025 – Port Angeles

Héctor estaba sentado al lado de Pam en la habitación de hospital, a la espera de que despertara. Desde que se había enterado de su embarazo no podía sacárselo de la cabeza. Sus dudas oscilaban entre las opciones de que Pam tampoco lo supiera, o que se lo estuviera ocultando deliberadamente.

La segunda opción no le gustaba mucho, pero esperaría a que despertara para que pudiera explicarse. Por otro lado, estaba teniendo pensamientos absurdos en los que se veía a sí mismo con un bebé en brazos: una niña de ojos azules que solo existía en su desbocada imaginación.

Observó el rostro de Pam, que empezaba a dar señales de consciencia; entreabría los párpados y los volvía a cerrar; suspiraba y carraspeaba, a la vez que dejaba escapar algún gemido quejumbroso.

Héctor le cogió la mano y le acarició el dorso suavemente. Se acercó y le besó la frente, apartando su cabello. Se la quedo mirando desde muy cerca y susurró las palabras sin saber si ella lo escuchaba.

—Creo que ni yo mismo sabía cuánto te quiero. —Notó el apretón de la mano de Pam y vio su esfuerzo por abrir los ojos.

—Mmmm… —Pam parpadeó varias veces hasta conseguir mirar a Héctor y formar una sonrisa en sus labios—. Qué forma más bonita de despertarme.

—No era mi intención… bueno, un poco sí —concluyó Héctor—. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que no me encuentro —Pam se llevó la otra mano a la frente y un quejido salió de lo más hondo de su garganta—. ¿Me estoy muriendo?

—No, cariño —Héctor se acercó y rozó su nariz con la de ella—. Vas a ponerte bien. Una bala en el brazo no puede con Pamela Sanders. Mmm… las dos estáis bien.

—¿Las dos? —A Pam le llegaron los recuerdos del tiroteo de golpe—. ¿Kara no ha muerto? ¿O todo ha sido una pesadilla?

—¿Otra vez Kara? —Se extrañó Héctor—. La mujer era Reena Landon, su hermana.

—No es cierto, Kara me explicó su historia y no tiene hermanas. —Pam se llevó una mano a la cabeza—. ¡Joder! Me duele todo.

—Voy a avisar al médico de que te has despertado.

—¡Espera! —Pam lo frenó—. ¿A quién te referías con que las dos estamos bien? ¿A quién más han herido?

—No me refería a eso… —Héctor supo entonces que Pam iba a recibir una noticia que no esperaba—. El cirujano que ha hablado conmigo tras la operación, me ha dicho que el feto se encontraba en buen estado.

—¿El feto? ¿Qué feto? —la expresión de Pam lo decía todo, estaba completamente en babia.

—El que llevas en tu vientre.

Héctor lo dijo con la boca pequeña, sin saber cuál sería su reacción, pero lo que no esperaba era la negación, la falta de respuesta a un hecho constatado por los médicos.

—No puede ser, se han equivocado —Pam negaba con la cabeza, mientras buscaba en su memoria la fecha de su última regla, sin ser capaz de recordarla—. Dile al médico que ha traspapelado los informes de dos pacientes. Yo no soy la del feto. Y hazme el favor de escucharme sobre lo de Kara: voy a contarte su historia, tenéis mucho que comprobar.

*****

No hubo manera de que Pamela volviera al tema del embarazo y Héctor dedujo que necesitaba procesarlo primero, por lo que no insistió. Pam, tras ser visitada por el médico, que parecía tener prisa

y no hizo comentario alguno sobre ello, le explicó a Héctor, con todos los detalles que recordaba, la historia que Kara Landon le había contado.

—Nunca hubiera imaginado lo del ataque del puma, y no digamos ya lo de las operaciones en un centro de cirugía estética —Héctor estaba alucinando—. Por eso no era reconocible. Cariño, creo que tengo que informar de todo esto para ponernos a investigar, aunque la asesina haya muerto. Hay mucho material.

—No te preocupes por mí, estoy bien —en ese momento unos nudillos llamaron a la puerta y entraron Luke y Lisa—. ¡Hola, pareja!

—¡Hola, hermanita! —Luke se acercó a darle un cariñoso beso, igual que su amiga, que se abrazó a su cuello.

—No hay como que te disparen para que tu hermano el cafre se convierta en un hermanito amoroso —Pam se rió de él.

—Te agradecería que, aunque seas como un grano en el culo, no nos des estos sustos —contestó Luke con el ceño fruncido—. A papá y mamá casi les da un infarto, están de camino hacia aquí.

—Si os quedáis con ella, voy a comisaría, tengo mucho trabajo —tanto Luke como Lisa contestaron que podía marcharse tranquilo.

—Adiós, cielo. —Se acercó a Pam a darle un beso y puso una mano en su vientre, gesto que a ella no le pasó desapercibido—. Volveré en cuanto pueda.

—No te preocupes, no voy a moverme de aquí, detective.

*****

Durante los siguientes días, Héctor, junto con Colin y Martin, pudieron rehacer aquella historia que a todos les pareció espantosa. Kara Landon había dedicado su vida a preparar su venganza sobre aquellos que le habían causado tanto daño. Marcada por una infancia sin amor, por la falta de una madre y por un padre ausente y frío, por el *bullying* y por un día en que su vida dio un giro dantesco al ser atacada por un puma, tomo el camino equivocado: el de la venganza.

Mientras los detectives investigaban los hechos y hablaban con todos los implicados con los que consiguieron contactar, Pamela salió del hospital y se marchó con sus padres a Seattle para completar su recuperación. Héctor no consiguió que se quedara, por mucho que insistió. Recordó la conversación de aquel día.

—Voy a irme con mis padres a Seattle, hasta que me recupere —cuando Pam se lo anunció, todavía estaba en el hospital.

—¿No vamos a hablar del embarazo? ¿Se ha convertido en un tema tabú? —Héctor se estaba cansando de su negativa a hacerlo—. Doy por supuesto que es también mi hijo, por lo que creo que debemos hablarlo, ¿no te parece?

—Tienes razón, mi amor —Pamela lo besó y acarició su mejilla — y espero que me perdones por esto, pero no estoy segura de querer ser madre ahora mismo. Es todo muy precipitado, tengo un trabajo que me encanta y marcharme unas semanas a Seattle me dará un tiempo para pensar y decidir sin presiones.

—De acuerdo —Héctor lo entendía, pero no le gustaba que se alejara, aunque decidió darle espacio, sabía que Pam lo necesitaba —. Solo quiero que sepas que, decidas lo que decidas, estaré a tu lado. Si decides tenerlo, seré su padre, que te quede claro.

Pam solo asintió y, al cabo de un par de días, en cuanto salió del hospital, se marchó con sus padres a la ciudad.

Héctor volvió al presente. El caso de Kara Landon estaba casi completo. Hablaron con el cirujano que le realizó todas las operaciones de cirugía estética, Walter Winthrop, y les confirmó las fechas y los tratamientos. Al principio se mostró reticente debido al secreto profesional, pero dado que la interesada estaba muerta, le pareció que no pasaba nada si mostraba lo que era capaz de hacer; envió fotografías con los cambios y la evolución del físico de Kara. Era algo increíble constatar aquella transformación.

La conversación con el psicólogo que la trató entonces, Quinn Yates, también fue provechosa. Les confirmó que Kara sufría un Trastorno Dismórfico Corporal, una afección psicológica que causa

una preocupación obsesiva por los defectos físicos, que en su caso eran reales debido al ataque del puma. Aparte de eliminar las cicatrices, Kara estaba inmersa en un ciclo de insatisfacción crónica y buscaba soluciones estéticas para problemas profundos de autoestima y aceptación social. Para Kara se trataba de una necesidad de recuperar el control sobre su vida, aunque siempre decía que existía un objetivo final que no confesó a nadie. Los detectives notaron que Quinn había tenido algo especial con Kara, a pesar de su opinión médica. En varias ocasiones se le humedecieron los ojos al recordarla.

El detective privado, Cam Roberts, con quien ya habían hablado con anterioridad, les dio más detalles de las necesidades de Kara de conocer todos los detalles de las vidas de Zach Warren, Ron Parks y Sandy Mayer. Con la última también habían hablado y pudo saber que ella hubiera sido la siguiente víctima si no fuera porque tenía un bebé. Esa fue la deducción del psicólogo, estaba seguro de que matar a una madre no entraba en sus planes. No por la mujer, a la que odiaba, sino por el bebé.

Cuando consiguieron hablar con la tía, Johanna Landon, la familiar más cercana de Kara, la mujer no daba crédito. No podía creer que su sobrina hubiera matado a dos hombres. Les explicó todo lo que pudo de ella, y cómo había conseguido mantener oculta su identidad durante tanto tiempo, por un lado a base de dinero y por otro siendo escurridiza y dirigiendo la empresa a través de sus empleados más directos y de confianza: muy pocos y muy bien pagados. Era la única persona que realmente quería a Kara.

Descubrieron todas las falsas identidades de Kara: Reena Landon, la que se hacía pasar por su hermana; Stella Dean, la pelirroja que sedujo a Zach para matarlo; Lily Parris, la bióloga marina que mató a Ron en el acuario y Nora Banner, la embarazada que se acercó a Sandy y su bebé. Todas las caras de Kara Landon.

Existía, según el relato de Pam, otra Nora que era una ermitaña en las montañas del Parque Olympic; una anciana que le salvó la vida a Kara en su peor momento.

La policía hizo una batida durante unos días, pero no localizó a la mujer, por lo que dejaron de buscarla; la extensión de la zona era demasiado grande y la mujer podría haber muerto, debía ser muy mayor.

Tras documentar todo lo acaecido durante aquellos años y aclarar todas las dudas, volvieron a una normalidad que nunca sabían si duraría demasiado.

Para Héctor, a pesar de que hablaba cada día con Pam, el tema de su embarazo se había convertido en el elefante en la habitación, en el tema prohibido que planeaba sobre sus cabezas. Hasta que un día, Pam le anunció que volvía a Port Angeles y Héctor decidió que hablarían de ello, quisiera o no. También era probable que hubiera tomado una decisión y estaba deseando conocerla. De ello podían depender muchas cosas.

*****

Había llegado el día y Héctor estaba nervioso. Era sábado y había quedado con Pam en que se dirigiría directamente a su piso, para que pudieran hablar. Sus intenciones le gustaron, al menos iban a poner las cartas sobre la mesa.

Miró su reloj por enésima vez. Las dos horas de viaje desde Seattle en coche, se le hicieron eternas. Tenía muchas ganas de verla, pero aún más de aclarar su situación. Imaginó que también era posible que hubiera abortado y le diera la noticia en cuanto llegara.

Iba a desgastar las baldosas de la terraza, desde la que veía la carretera, a pesar del intenso frío que había llegado con el mes de diciembre.

Por fin detectó el coche, acercándose; el color amarillo llamaba la atención desde lejos. Como ella. Sonrió sin poder evitarlo. Y se dio cuenta de cuánto la había echado de menos.

Pam aparcó ante la puerta del edificio, salió mirando hacia el balcón y saludó con la mano, a la vez que le enviaba besos.

Héctor se dirigió hacia el ascensor y esperó paciente a que subiera. En cuanto las puertas se abrieron y tuvo a Pam ante sí abrió los brazos y ella se abalanzó sobre él de un salto, con los suyos abrazando su cuello y sus piernas rodeando su cintura.

No hicieron falta palabras, se besaron mientras Héctor entraba con ella en su piso y cerraba la puerta de una patada.

Pam echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a carcajadas.

—¡Esto ha quedado de novela, Laska! —Siguió riendo y él se contagió de su alegría—. Ahora dime que me quieres y lo dejas bordado.

—Te quiero, ya lo creo que te quiero —no la soltó—. Ni te imaginas cuánto, abogada. Te echaba mucho de menos.

—Y yo a ti —Pam volvió a besarlo y plantó los pies en el suelo —. Ya sé que tenemos mucho qué hablar, pero debo decirlo.

Ambos sabían a qué se refería y se quedaron mirando a los ojos, Héctor no quería perderse ni un detalle y asintió, a la espera.

—Voy a tenerlo —una sonrisa iluminó su cara—. Héctor, vamos a ser padres.

Héctor pensó que no existía mejor momento que aquel, para preguntarle algo que rondaba por su cabeza desde hacía un tiempo. No tenía claro que fuera lo mismo que quería Pam, pero iba a arriesgarse.

—Vamos a ser padres y estoy feliz por ello, de verdad, aunque no haya sido algo planeado y sí prematuro —la abrazó y la apartó un poco para mirarla a los ojos—. Pamela Sanders, ¿quieres casarte conmigo?

Estaba claro que Pam no esperaba esa pregunta, porque su rostro palideció, su boca se entreabrió por la sorpresa y la respuesta no logró salir al exterior, quedándose atascada en su garganta.

¿QUÉ TAL UNA RESEÑA?

Si has llegado hasta aquí, te agradecería muchísimo que dedicaras unos minutos para dejar tus comentarios sobre esta novela.

No es necesario un texto largo, puedes reseñar en **Amazon**, en **Goodreads** o en **Instagram,** con una frase sobre tus impresiones**.** No imaginas lo importantes que son las reseñas para dar visibilidad a nuestro trabajo.

AQUÍ TIENES EL CÓDIGO QR PARA CONECTAR CON MI PÁGINA DE AUTOR EN AMAZON.
ENCONTRARÁS TODAS MIS NOVELAS Y PUEDES DEJAR TU VALORACIÓN O TU RESEÑA.

O si lo prefieres puedes escribirme, prometo contestar:

—email: elenacruzm62@gmail.com
—Instagram—> @elenacruzmar

¡Anímate a comentar y valorar mis escritos!
¡Millones de gracias!
Es de gran ayuda para los escritores independientes.

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que llego a este apartado, me sorprendo a mí misma. Jamás hubiera imaginado poder llegar a decir que acabo de terminar mi novela número 29 y que sigo teniendo unas enormes ganas de contar historias.

Y, por supuesto, de agradecer. Sin los que estáis leyendo estas palabras nada de esta increíble aventura sería posible.

Todavía me resulta inconcebible que entre la enorme variedad de novelas autopublicadas en Amazon, hayáis llegado a ésta y la hayáis leído.

Escribo porque me encanta hacerlo, cierto. Pero nunca sería lo mismo sin los lectores. Vuestros comentarios, interacciones, opiniones, consejos y ayuda, lo hacen posible.

Infinitas GRACIAS por ello. Si puedes dejar tu valoración, te estaré eternamente agradecida.

GRACIAS enormes y eternas por la constancia, por preguntar para cuándo el próximo libro y por animarme a seguir.

Apartado especial para las lectoras (y el lector) cero, a los que agradezco enormemente sus consejos, su apoyo y sus correcciones. Gracias por todo y a todos.

Anna de la Cruz, como siempre dándome ánimos y leyéndome sin decaer. Buenos consejos y apoyo constante, esa es mi hermana.

Marga González Benavides, creo que voy a apodarla «la impaciente». En cuanto se huele una nueva historia ya me pide un adelanto para ponerse a leer. Rápida como el rayo y portadora siempre de muy buenas ideas. Millones de gracias.

MariaL Pardos, siempre dispuesta a mostrarme su constante apoyo y a valorar mis escritos. Leed sus novelas si no lo habéis

hecho ya, vais a descubrir unas historias apasionantes. Yo no me pierdo ni una.

Andreu Purroy, el autor de las mejores reseñas que tengo en mis últimas novelas y un lector empedernido que vuelve a apuntarse a revisar mis historias antes de publicarlas, a pesar de que sus predilecciones estén en la novela histórica. ¡Muchísimas gracias!

Verónica Sevilla, una autora a la que admiro y que siempre aporta un montón de mejoras a mi narrativa, pendiente de cualquier incongruencia, palabras repetidas o espacios dobles. Se fija en todo. ¡Mil gracias por tu ayuda y tus audios!

Sonia Muñoz, la que siempre encuentra lo que nadie ve, la que pule los detalles y localiza esos fallos que se nos pasan al resto. Un placer que siempre estés dispuesta a ayudar y a leerme.

Y a ti, **lector/lectora**, que has llegado hasta aquí:
¡¡GRACIAS infinitas!!
Espero no defraudarte y que me sigas leyendo.

Estos son mis 29 libros, autopublicados en Amazon:

Bilogía EN PAPEL

—1. EN UN TROZO DE PAPEL

—2. UNA CARTA EN MI BUZÓN

Trilogía GALWAY—SNOWSHILL

—1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS

—2. LA MAGIA DE TU MÚSICA

—3. LA MAGIA DE TU RISA

Trilogía Nuestras Vidas

—1. MI MEJOR ACTUACIÓN

—2. MI MEJOR BAILE

—3. MI MEJOR ELECCIÓN

Serie Intrépidos

—1.LA TRAMPA

—2.LA BÚSQUEDA

—3.LA VISIÓN

—4.LA SOSPECHA

—5.LA VENGANZA

—6.EL FALSIFICADOR

—7.GENES

—8.LA MALDAD

Libros Independientes

—OTOÑO 2016

—SUEÑOS CUMPLIDOS

—LAS CENIZAS DE LA MENTIRA

—UN JUEGO PELIGROSO

—A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN

—UN DÍA DE ESTOS…

—PERDIDA EN EL OLVIDO

—TRES MÁS TRES

—ABRAZA MIS TINIEBLAS

—NO HAY HOY SIN AYER

—¡QUÉ SUERTE LA MÍA!

Serie Héctor Laska

—1.LA SEDUCCIÓN DE LAS LLAMAS

—2. CAVARÉ DOS TUMBAS

Contenido

SINOPSIS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

EPÍLOGO

¿QUÉ TAL UNA RESEÑA?

AGRADECIMIENTOS